



**Marcos
Ana**

***VALE
LA PENA
LUCHAR***

Biblioteca Omegalfa 2021

Marcos Ana

Vale La Pena Luchar



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2021

Ω

ÍNDICE

Dedicatoria

QUERIDO LECTOR

1. PARA LA LUCHA HE NACIDO
2. LA JUVENTUD ESTABA DORMIDA, Y DESPERTÓ
3. CUANDO LA LIBERTAD NO VA DE LA MANO DE LA JUSTICIA
4. COMPAÑEROS DEL ALMA
5. LA PALABRA ENCARCELADA
6. LIBERTAD Y VIDA
7. MI CORAZÓN ES UNA PLAZA ROJA
8. EL ABRAZO DE AMÉRICA LATINA
9. ROJO
10. LA RESISTENCIA

SI TE DIJERA, AMOR MÍO...

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

A la juventud, en cuyos surcos hemos sembrado nuestra historia: una lucha incesante por alcanzar un mundo mejor y más justo en el que el sol salga y caliente para todos.

Querido lector:

Me alegra encontrarte aquí. En las páginas de un libro siempre hay tiempo para charlar tranquilos. Los libros me han salvado muchas veces de la soledad, del silencio y de la incomprensión. Me han acompañado. En ellos encontré hermosos mensajes que me tendieron la mano cuando la vida se tornaba oscura.

Me llamo Marcos Ana, aunque nací con otro nombre, Fernando Macarro. Pero Marcos era mi padre y Ana mi madre, y pensé que así los llevaría siempre conmigo. Los dos desaparecieron en circunstancias especiales. A mi padre lo mató la aviación durante la Guerra Civil y mi madre murió en el año 1943, cuando yo estaba aún en prisión, tras haberme seguido de cárcel en cárcel y sin haber podido abrazarme en libertad. Pero no adelantemos acontecimientos. Ya nadie me llama Fernando, ni siquiera en la familia.

Tal vez te sigas preguntando quién soy: lo único que puedo decirte es que soy un hombre sencillo, normal, como lo puedes ser tú, pero al que la vida puso en algunas situaciones difíciles. Durante varios años estuve condenado a muerte. Soy un hijo de la solidaridad. No es solo una palabra hermosa; es una actitud ante la injusticia, que sigue siendo necesaria. A ella le debo mi libertad y mi vida. Y es por eso que he pensado que podría dirigirme a ti y explicarte cómo sucedieron algunas cosas en mi vida, por qué tomé algunas decisiones y supe que tenía una labor que hacer al ser liberado: viajar con el mensaje de mis compañeros y llamar a las puertas del mundo, despertando a los que dormían ajenos a mí.

Cuando, después de veintitrés años, salí de la cárcel —soy el preso político que más tiempo permaneció cautivo durante el franquismo—, los compañeros que allí dejé me

pidieron algo: «No nos olvides». Y nunca lo he hecho. ¿Cómo olvidar, sobre todo, a los cientos y cientos de compañeros a quienes abracé, conteniendo las lágrimas, cuando iban a enfrentarse a la última madrugada de su vida? Para mí, la cárcel fue una universidad. No porque allí organizáramos nuestras clases y muchos aprendieran a leer y escribir —yo mismo creé, en una celda de castigo, mis primeros versos, aún sin dominar la «carpintería» del poema—, sino porque allí lo descubrí todo: valores como la fraternidad, el altruismo, la dignidad y el poder de la imaginación. Por eso, con la fuerza del motor que encendieron mis compañeros de prisión, decidí salir al mundo y explicar la razón de nuestra lucha.

Muchas veces, estando en la cárcel, enviábamos mensajes al exterior. La mente, en situaciones extremas, es muy poderosa y los métodos para comunicarnos se volvieron de lo más sofisticados. Ahora, sin embargo, la información está en todas partes. Pero me siento igual que entonces, enviándote un mensaje a ti, tal vez un joven, tal vez un adulto alejado de mi ideología, no importa. Confío en que estas palabras te lleguen y puedan ayudarte en algo.

Cuando ahora veo cómo algunas de aquellas libertades que tantas vidas y dolor nos costaron se están viendo recortadas, siento que ha llegado el momento de volver a hablar, de no dar más pasos en falso y ser consecuentes con nuestras ideas; se lo debemos a la memoria de todos aquellos que fueron encarcelados, torturados y que dieron sus vidas por conseguir que el hombre, que el ser humano, allá donde esté y sea quien sea, viva con dignidad.

Hay personas que, cuando se sienten en desacuerdo o se creen engañadas, estafadas, deciden dejar de lado la lucha; otras, más positivas, pasan a la acción y en la lucha común

superan los errores, caminando con decisión hacia el futuro. Esta es la hora de salir a la calle, de calentar las plazas y pedir el respeto por nuestros derechos, los tuyos, los del otro y los de todos aquellos que lucharon para conseguirlos. No se trata solo de ideas políticas, se trata de no caer, de no permitir que el sistema hunda sus garras en nuestras vidas y amenace nuestra libertad.

En las siguientes páginas te hablaré de cosas que sucedieron hace algunos años, aunque en realidad no ha pasado tanto tiempo. No escribo desde el rencor ni desde la venganza; creo que esos sentimientos no sirven para construir nada. Tan solo quiero que pienses y te sitúes bien, porque, antes de pasar una página, tienes que haberla leído detenidamente. Quiero bucear en mi memoria y contarte cómo fueron aquellos años para mí y para muchos otros. Somos pequeños en comparación con la evolución de los acontecimientos históricos, pero no podemos flaquear hoy, no debemos permitir que el sistema dé ni un paso más en contra de nuestra libertad.

Quiero que me acompañes durante las siguientes páginas y que juntos veamos cómo hacer frente a la explotación, a la injusticia, y que aprendamos a ser fuertes y a permanecer unidos y dignos, sin cambiar el corazón de sitio, en medio de esta crisis económica y social que asola el país.

Tengo ahora la friolera de noventa y tres años, aunque, como digo siempre, esos son años de edad. De vida tengo setenta, que son los que quedan al restar los que pasé en la cárcel. Además, siempre se tiene la edad que se ejerce, porque el arte de vivir jóvenes es el arte de mantener jóvenes las ideas.

Esta es mi historia, solamente una más dentro de la Historia. Muchas han quedado en la oscuridad. Hay multitud

de nombres que nunca saldrán a la luz, los que yo llamo los «héroes oscuros», una legión de luchadoras y luchadores anónimos, sin los cuales no hubiera funcionado el engranaje de nuestra lucha. No debemos olvidarlos. Hagamos memoria activa del pasado.

No te pierdas o te dejes arrebatar lo que otros ganaron.

MARCOS ANA

Madrid, julio de 2013

PARA LA LUCHA HE NACIDO

*Y no basta decir: «alma, no llores»,
si ves a un corazón que va dejando
la vida entre furiosos desgarrones.*

EN SEPTIEMBRE de 1963, poco después de quedar en libertad, en un viaje a Chile, fui a visitar a Pablo Neruda a su casa de Isla Negra, donde vivía con su compañera, Matilde Urrutia. Pablo era un gran anfitrión. Cuando nos vimos, nos dimos un intenso abrazo. Todavía guardo la fotografía de aquel instante. Pasamos unos días muy entrañables junto al mar y para mí fue una gran emoción estar junto a la persona que había escrito aquellos versos del *Canto general* que aprendí de memoria en una celda de la prisión de Burgos. Era un sueño que se hacía realidad. Una noche, cuando Matilde se retiró después de cenar, le conté, hasta altas horas de la madrugada, lo que había sido mi vida hasta entonces. Él se interesó mucho por mi cautiverio. Le narré los años de prisión, las torturas a las que me sometieron, cómo los compañeros presos nos organizábamos... Me pidió detalles sobre la muerte de Miguel Hernández quien, para Pablo, era «el fuego azul de la poesía». Su corazón se contrajo. Todavía llevaba consigo la tristeza de la guerra en España. Sinceramente conmovido, me «exigió» que escribiera todo aquello: «Marcos —me dijo con ese tono de voz y esa forma de hablar suya, lenta y profunda tan característica—, tienes que escribirlo ahora, la palabra es pasajera. Tienes que confiar en el poder del testimonio escrito. Se trata de dar vida y fijar en papel las historias que me has contado. Porque, a riesgo de repetirlas, puedes llegar a mecanizarlas y perderán la espontaneidad, la cercanía viva y el temblor que han tenido esta noche tus palabras. No tardes en escribirlas». Apenas pude dormir. Entonces yo no tenía tiempo para escribir, viajaba por el mundo y todo lo ocupaba mi labor como mensajero de mis compañeros;

debía contar lo que estaba sucediendo en España y promover la lucha y la solidaridad contra la injusticia. Muchos años después, y con aquel consejo de Neruda siempre presente, comencé a escribir mis memorias.

En este capítulo quiero recordar por qué me involucré en la lucha, qué cualidades tiene una persona que decide levantarse frente a la injusticia, por qué toma la opción de implicarse con y por los demás. Por eso lo he titulado «Para la lucha he nacido», en homenaje a Neruda y a su libro *Para nacer he nacido*. Porque yo no entendería mi vida, haber nacido, si no es a través de los demás, y solidarizándome con ellos, con las miles de personas que sufren en el mundo situaciones semejantes a las que yo padecí. Es decir, sin la que ha sido la gran vocación de mi vida. Mi misión fue llevar aquel mensaje de mis compañeros a todas partes y, de alguna forma, gracias a ellos, he sido feliz. Mi vida, desde el momento en que decidí implicarme políticamente, se ha forjado en la batalla, en la entrega total. Esta es la vida que decidí para mí; la vida dura pero noble de un revolucionario. Si pensamos en los años que pasamos aquí sin poder compartir las alegrías y el dolor con los demás, sin vernos reflejados en los rostros de otros hombres y mujeres, todo se vuelve más oscuro. Somos parte de un todo, de un nosotros, da igual de dónde vengas o quién seas; en la emancipación de los demás está la razón que dará sentido a tu tiempo.

Hace apenas unos meses visité, por primera vez desde que salí de allí, la pedanía de San Vicente de Alconada, una pequeña aldea cercana a Salamanca. Es el pueblo donde nací, el 20 de enero de 1920, y donde pasé los primeros años de mi niñez, junto a mis padres, jornaleros del campo, que cultivaban desde la madrugada al anochecer una tierra que no les pertenecía. Los vecinos y las autoridades or-

ganizaron un pequeño acto por mi regreso. Yo no asimilo bien los homenajes que me han ofrecido durante todos estos años, pero este, sin duda, fue uno de los actos más sencillos y entrañables en los que he participado, porque de aquella tierra surgió mi familia y yo mismo, y de allí partimos sin saber qué nos esperaba, cuál sería nuestro destino. Pienso que, si nos hubiéramos quedado allí, muchas cosas no habrían sucedido. Pero la vida no puede predecirse, no queda más remedio que vivir y sobreponerse a lo que llega. Fue emocionante el retorno fugaz a mi pequeño pueblo. Algunos recuerdos se abalanzaron sobre mí de forma inconexa bajo el fuerte sol del verano de Castilla: la miseria de la aldea, la espera a mi padre cada anochecer, su olor a fatiga después de la jornada de trabajo en el campo, el rayo que durante una tormenta partió en dos un árbol, abrasándolo como si fuera un presagio. Aquel día celebramos todos juntos el regreso a mi tierra de origen, descubrimos una placa en un pequeño jardín que lleva mi nombre y conmemoramos de forma fraternal el encuentro comiendo una gran paella bajo una acogedora arboleda. Después, entonamos *La Internacional*. Fue un momento hermoso, de comunidad y, sobre todo, de emoción y respeto compartido.

Mis padres, Marcos y Ana, eran gente muy sencilla, jornaleros del campo. Mi padre no sabía leer ni escribir; mi madre sí. Eran personas humildes, de una ternura natural. Vivíamos a pocos kilómetros de Alconada, en Ventosa de Río Almar. Yo era el pequeño de cuatro hermanos. La mayor, mi hermana Margarita, se fue a servir a Alcalá de Henares; luego fue arrastrando hacia allá al resto de la familia.

Mi hermana consiguió un trabajo a mi padre como hortelano en una finca de Alcalá. Después de sosegar el temor a

lo desconocido y de muchas cavilaciones, mis padres y yo tomamos un tren rumbo a Madrid. Yo no había salido nunca de la aldea, y aquella aventura despertó mi imaginación. Recuerdo que hicimos una parada en Medina del Campo, que entonces era un nudo ferroviario importante. Me fascinaba ver a tanta gente corriendo de acá para allá, las locomotoras que llegaban resoplando como gigantes de hierro, todo lo absorbía con mis ojos asombrados.

Llegamos a Alcalá de Henares, nos acomodaron en una pequeña casa de barro y piedra situada en una de las cuatro esquinas de la huerta. Así comenzamos de nuevo. La huerta era como una selva para mí, y yo era un pequeño salvaje de cabello rubio que no se cansaba de explorarla. Recuerdo el 14 de abril de 1931, cuando se proclamó la República. Fui con mi hermana al centro de Alcalá y allí, en unas mesas que habían instalado, me compró una banderita tricolor y un gorro frigio. Cuando volví a casa, mis padres, asustados, escondieron la bandera y el gorro. Entonces no podía ni imaginar lo que la defensa de aquella República iba a significar para mí.

Muchas veces, durante mi cautiverio, recordé aquellos años de niñez, mis juegos junto a un estanque donde se alzaba un majestuoso ciprés. Escribí un poema sobre mi infancia en el que aparecen algunos paisajes de mis primeros años:

*Pudo el ciprés más que nadie.
Puñal agudo invertido
clavó su aroma en mi sangre.
Las dalias tejen coronas
con luz morada en los ojos
mortecinos de la tarde.*

Yo jugaba en Alcalá con los gitanillos de mi edad que acampaban todos los años junto a la tapia exterior de la huerta, coincidiendo con la feria del ganado. Nos divertíamos y me aceptaron como uno más. Me enseñaron a montar en asno. Pero pronto se acabó aquella pequeña libertad. Me inscribieron en una escuela, donde aprendí a leer y a escribir. Por las noches, lleno de orgullo, me gustaba leerles en voz alta a mis padres una novela que cada semana comprábamos por entregas. Recuerdo, sobre todas, *Gorriones sin nido*, la historia de unos niños pobres que se veían obligados a pedir limosna. Aquel relato nos hacía llorar a todos.

Pero mis años de escolar duraron poco. Mi rebeldía y desobediencia ante los curas que dirigían el colegio, muy aficionados a los castigos por cualquier travesura infantil, dieron como resultado la expulsión. Era un chico inquieto y travieso; me llamaban «El Enreda». Así que a los doce o trece años me puse a trabajar en una tienda de alpargatas como dependiente. El dueño se llamaba Penalva, y me trataba como a un hijo. Mi etapa de escolar había terminado. Allí estuve hasta que estalló la Guerra Civil.

Fue entonces cuando comencé a involucrarme en algunos grupos de carácter social. Ahora sonrío cuando recuerdo que mi primer «cargo» fue el de secretario de una asociación juvenil de la parroquia. Incluso cantaba en el coro de la iglesia. En mi casa, la religión estaba siempre presente. Mis padres vivían el catolicismo impuesto por la sociedad y por sus señores sin cuestionamientos. Viví aquel periodo con gran inocencia y lleno de absurdas penitencias. A veces me miraba las rodillas y las tenía amoratadas de tanto rezar y no acababa de entender bien el porqué. Pasó algún tiempo hasta que, un día, reaccioné y me di cuenta de que la religión poco sabía o quería saber de la miseria y

de la injusticia que en aquellos años sufrían muchas familias. Desprenderme de aquellas creencias fue un proceso muy duro, tanto en lo personal como en lo referente a mi familia.

Cerca de mi casa vivía un fraile dominico que llegó a proponerles a mis padres mi ingreso en la Orden. Ellos se entusiasmaron, pero gracias a mi hermana Margarita, que se opuso, mi vida no transcurriría precisamente en el interior de una celda religiosa. Un día, cargado de dudas, me acerqué al fraile y empecé a hacerle algunas preguntas.

—¿Dios tiene un poder limitado o absoluto? —le dije.

—Dios sabe el principio y el fin de todas las cosas —me respondió.

—Pero, ¿por qué ha creado un mundo lleno de desigualdad, pudiendo crear una humanidad más justa y feliz? —insistí.

—Dios nos concedió la libertad de elegir por nosotros mismos.

Finalmente, tras densas conversaciones, le planteé:

—¿Dios conoce el futuro?

—Dios conoce el futuro de cada uno de nosotros y el destino del universo que ha creado —dijo.

Entonces lo tuve claro: Dios había estado jugando con nosotros como con soldaditos de plomo. ¿Por qué, entonces, si Dios sabía de las guerras, del hambre, de la explotación y de las injusticias, no hacía nada para erradicarlos, teniendo el poder para ello?

El escritor italiano Primo Levi, de origen judío sefardí, superviviente del Holocausto y conocido por haber contado en varios libros los diez meses que pasó como pri-

sionero en Auschwitz, dijo: «Existe Auschwitz; por tanto, no puede existir Dios». Yo mismo visité ese campo de concentración en una ocasión, junto a Pablo Neruda, cuando los dos formábamos parte del Congreso Mundial por la Paz. No pude evitar sentir empatía, hacer mío el sufrimiento y la memoria de los miles de prisioneros que habían perdido la vida tras aquellas alambradas, con los ojos quemados por la cal del espanto. Y lloré en silencio. Neruda me miró, estrechó su brazo sobre mi hombro con cariño y me dijo: «Marcos, es increíble que a un hombre que ha sufrido lo que tú todavía le queden lágrimas?».

Volé los puentes que me unían a mi pasado religioso muy poco a poco, lleno de interrogantes y contradicciones. Fue clave para mí asistir a un acto en Alcalá de Henares.

Nunca se sabe cuándo puede encenderse la llama de la solidaridad dentro de una persona. Recuerdo que, cuando tenía quince años, llegó a Alcalá un dirigente de las Juventudes Socialistas, Federico Melchor, para participar en un acto. Cuando aquel joven orador comenzó a hablar, sentí como si conociera de cerca mis problemas, las dificultades de mi familia, las de la gente que sufría como yo; me vi reflejado en su mensaje. A veces, en la vida, el cruce fortuito con alguien cambia tu camino para siempre. Para mí, Federico Melchor, un hombre excepcional, con quien después coincidí y trabajé en París, fue el punto de encuentro con las ideas emancipadoras y el compromiso; con él cambió el destino del resto de mi vida.

Fue así como empecé a involucrarme, primero en las Juventudes Socialistas y después en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Me acerqué mucho a aquel mensaje de lucha y esperanza para los desposeídos. Aquellas

palabras de justicia y rebeldía se hicieron hueco en mi interior y se quedaron para siempre. Y así, el día 20 de enero de 1936, cuando cumplí los dieciséis años, ingresé en las Juventudes Socialistas. Quería defender aquella causa porque me parecía noble. Empecé a vender el periódico *Renovación y juventud roja* y a militar con la profunda convicción de que podía hacer algo por los demás. Así comenzó a crecer algo en mí; sentía que mi vida anterior había sido pequeña, pero ahora era un hombre nuevo y completo, un Hombre con mayúsculas. Ahora tenía algo grande en mi interior, que era mi voluntad de contribuir a acabar con las injusticias. Un sentimiento que nunca me ha abandonado, ni siquiera en los momentos difíciles que vendrían después, y que conservo intacto a pesar de todo. El 1 de mayo de 1936 desfilé por la calle Mayor de Alcalá de Henares cantando *La joven guardia*.

La guerra me sorprendió en esa ciudad, donde también se sublevaron los militares. La resistencia del pueblo, ayudada por una columna de milicianos que llegó de Madrid, nos permitió recuperarla en veinticuatro horas. Fue entonces cuando me enrolé en el Batallón Libertad. Fui al frente de la sierra, casi como una mascota del grupo por mis pocos años, para detener la entrada de los fascistas en Madrid. Cuando se regularizó el ejército, los menores de edad tuvimos que volver a nuestras casas. Impresionaba ver a tantos adolescentes que apenas podíamos cargar con los fusiles. Era curioso ver cómo los padres de los chicos llegaban a los cuarteles y se llevaban a los menores de dieciocho de vuelta a casa cogidos de la oreja y dándoles pescozones.

Lejos del frente, seguí con mi trabajo en el partido. Era uno de los comisarios más jóvenes y mi compromiso era ya permanente. Me ocupaba del periódico y de un espacio

juvenil en la emisora EAJ-29 de Radio Alcalá. Así que empecé a ser algo conocido en Alcalá de Henares, a pesar de mi juventud.

En 1938, cuando ya estaban incorporados al ejército los jóvenes mayores de dieciocho años, la JSU formó dos divisiones de voluntarios con los que todavía no se habían movilizado por no tener la edad reglamentaria. Yo participé en esa iniciativa. Aunque reconozco que fue una locura movilizar a chicos de dieciséis y diecisiete años; éramos críos, pero el compromiso era muy fuerte. Se formaron las divisiones y nos incorporamos al frente en diferentes unidades del ejército. Me tocó el palacio de El Pardo, a las afueras de Madrid, en la 44ª Brigada Mixta. Cuando cayó herido el comisario político de la primera compañía, me llamaron para ocupar su puesto. Entonces me convertí en instructor político de los jóvenes en la base de la Octava División. Empecé a asumir algunas responsabilidades y, a pesar de mis pocos años, me vi envuelto en una guerra que nadie deseaba y que nos fue impuesta por los señores de la Banca y de la tierra, que vieron en peligro sus intereses de clase con el triunfo del Frente Popular. Esta guerra la perdimos. Si hubiéramos tenido en cuenta la relación de fuerzas dentro de España, habríamos vencido, pero la participación de la Italia fascista y de la Alemania nazi, y la indiferencia de los países llamados «democráticos», puso fin a nuestra resistencia, que terminó en 1939 con un golpe de Estado que encabezó un infame capitulador: el coronel Casado.

De la guerra guardo de forma viva un recuerdo terrible y doloroso. Una noche, la del 8 de enero de 1937, regresábamos mi hermano y yo del cine hacia nuestra casa, que estaba muy cerca de la estación, cuando comenzaron a sonar las sirenas de alarma ante el inminente ataque de la

aviación. Fue un bombardeo brutal de Junquers alemanes sobre Alcalá. Aunque no era aconsejable moverse, mi hermano salió corriendo, presa del pánico, sin que pudiera detenerle. Yo me escondí. Salí cuando parecía que todo estaba en calma y volvieron a sonar las alarmas. Entonces me metí en el sótano de una casa. La gente comentaba que por la zona de la estación habían caído varias bombas y que había heridos y muertos. Enseguida pensé en mi hermano; cuando cesó el ataque corrí hacia mi casa para ver si estaba bien. Por el camino escuchaba a la gente gritar: «¡Aquí hay muertos!, ¡hay muertos!». En el jardincillo de Atilano, que era de un rico del pueblo, había gente buscando cuerpos con linternas. Le quité la linterna a uno de ellos y, dentro del haz de luz en forma de círculo que iluminé en el suelo, distinguí unas botas de campesino: eran las de mi padre. Cuando enfoqué el resto del cuerpo vi su cabeza destrozada por la metralla. Es uno de los recuerdos más fuertes que conservo y que aún me conmueve: el tacto de su rostro frío y ensangrentado cuando le di el último beso.

Mi madre sufrió muchísimo con la muerte de mi padre. Esa noche, aunque él estaba cansado, ella le había mandado a por carbón, porque no quedaba. Él no quería ir, pero mi madre insistió. «Hace días que me dices lo mismo y no vas», le dijo. Mi padre cogió el capacho y salió de casa malhumorado. Ella nunca pudo arrancarse ese dolor del pecho, se sintió culpable durante el resto de su vida y muchas veces la sorprendí llorando en silencio.

Aquel golpe, la muerte de mi padre, fue muy duro para mí. Sentí rabia e impotencia. Ni siquiera podía llorar. La conmoción fue tan fuerte que me tuvieron que atender en la casa de socorro. Al día siguiente, cerca de casa, encontramos su gorra de campesino prendida en un árbol que-

mado, probablemente donde le alcanzó la metralla que terminó con su vida.

Años después mi madre me confesó algo que nunca me había contado. En las elecciones de febrero de 1936, sus «señores», los amos, y el cura les habían dado unas papeletas para que votaran a la derecha, a la CEDA. Como en aquella época yo ya formaba parte de la JSU, también les había insistido en que votaran a la izquierda, al Frente Popular. Yo llevaba a nuestra casa mis ideas de rebelión, de justicia e igualdad, pero sé que mis padres nunca llegaron a entenderlas del todo. Ellos asumían su condición de campesinos en tierras ajenas. En aquellas elecciones mis padres, angustiados, votaron cada uno a un partido, dividiendo su decisión salomónicamente y tratando de hacer lo mejor.

A partir de la muerte de mi padre nos quedamos muy angustiados. El marido de mi hermana, Nicolás, y sus hermanos, que eran albañiles, horadaron el vientre de una colina cercana a Alcalá de Henares, a unos veinte kilómetros, y construyeron una especie de búnker. Allí nos refugiábamos, al final de un profundo pasillo que solamente tenía un pequeño fuego en la entrada para poder cocinar. En aquel túnel pasaban sus días las mujeres y los niños. Los hombres solamente volvían al anochecer. Así se protegió la familia durante los años más duros de la guerra.

Alemania e Italia utilizaban nuestras ciudades para probar sus armas ante la inminente Segunda Guerra Mundial. Esa fue la mala suerte de la bombardeada Madrid.

La moral de la gente y la de mi familia estaban rotas.

Cuando ahora recuerdo aquellos años, los primeros de mi lucha, en los que decidí asumir la responsabilidad de pe-

lear por defender los derechos de todos, como han hecho tantos otros, no sé decir la causa definitiva que me llevó a implicarme. Fue algo que nació de dentro y una suma de todas las circunstancias que viví. Estoy seguro de que, en mi situación, cualquier otro habría optado por hacer lo mismo. Fuimos cientos de miles los que nos dejamos la libertad, y muchos incluso la vida, en la defensa de la democracia, de lo que creíamos con convicción absoluta que era la voluntad del pueblo, una democracia que había sido arrebatada por el fascismo y las armas. Yo era un joven más, como tantos otros de ahora, pero que se vio envuelto en unas circunstancias históricas intensas y duras, y que reaccionó de la única forma que concibió. Entonces, yo quise comprometerme. No pude eludirlo ni lavarme las manos. No sé si hay dentro de mí algo especial que me movió entonces y me mueve ahora, cuando la lucha continúa.

Si creemos que ahora no hay motivos para salir a la calle y exigir lo que es nuestro, de todos, basta con mirar los rostros de la gente. Si sabes escuchar y observar lo que transmiten algunos gestos de personas que ves cualquier día por la calle, en tu barrio, o un poco más allá, es posible que leas en ellos un aire de tristeza. Es increíble lo ajadas que encuentro muchas caras por una huella que reconozco bien porque es vieja: la de la pobreza.

Muchos sueños se están viendo interrumpidos. ¿Quién ha detenido su camino? Este en el que vivimos no es nuestro mundo. Es el mundo de otros, del capitalismo. Porque no es justo que la gente sufra y vea su vida estancada, partida en pedazos. El sistema que padecemos trata de individualizarnos. Se le ha dado un valor extraño al ser humano, algo que no es inherente a él; se nos insta para que miremos solo hacia dentro de nosotros mismos. Cada cual

trata de resolver sus propios problemas. Algunos lo consiguen, otros a medias, pero muchos no. Ese individualismo nos aleja, nos impide actuar como colectivo humano. Nos resta fuerza. Ese individualismo nos pierde. Ese no es el Hombre, no forma parte de nosotros la defensa de lo propio antes que la defensa de lo nuestro. Siempre he pensado que vivir para los demás ha sido la mejor manera de vivir para mí mismo. No es un sacrificio; es compartir la felicidad. La felicidad no consiste en que sobre la comida, tengas un coche, un buen estatus social, ganes dinero o compres cosas. La felicidad consiste en que no te falte un proyecto en la vida y puedas compartirlo con los demás.

En este país hay pobreza. No nos quedemos aislados dentro de nuestra pequeña comodidad. Estamos atravesando un momento muy delicado. Solamente hay que mirar el índice de suicidios, de personas desesperadas que no ven una salida. Personas que no encuentran soluciones, que no tienen trabajo; familias que no se pueden mantener. Hay mucha gente perdida, sin proyectos, en callejones sin luz. La vida sigue siendo injusta en muchos lugares. No conocemos hasta dónde puede llegar el dolor de los demás. Solo hay que salir a la calle.

Pienso entonces en cuánta gente dedicó años de su vida a la lucha por la libertad, y cuántos incluso llegaron a morir por ella. Muchos otros sufrieron más que yo. El pasado reciente está lleno de seres sin nombre, rostros anónimos y desconocidos a los que nadie rinde ningún homenaje. Yo los llamo los rostros oscuros. Yo he sido un privilegiado, pero en mi nombre está el nombre de todos los demás, y no puedo fallarles. Ni ahora ni nunca.

Los señores de la tierra son hoy los señores de la Banca.

Ellos juegan con lo que es de otros. Pero el fin es el mismo: obtener riqueza a costa de los demás. El sistema del máximo beneficio explota a los seres humanos. Todo tiene que ser lo más rentable posible y, en nombre de esa rentabilidad, nuestra libertad se está viendo cercenada. Estamos persiguiendo el sueño que otros instalaron dentro de nosotros, y hay que recapacitar sobre las verdaderas necesidades que tenemos como sociedad. El sistema capitalista genera los males. En este país, donde estamos alcanzando unas cotas insostenibles de paro, donde nos están arrebatando los derechos sociales, donde nadie responde ante los ciudadanos, hay mucho que pelear. Desde lo más concreto, desde el cierre de una fábrica, desde las bajadas injustificadas de salarios, hasta lo general. La lucha tiene multitud de variantes. No concibo que alguien permanezca impasible ante esto. ¿Por qué poner puertas a tu vida y conformarte con tu pequeña estabilidad? Hay una necesidad urgente y estratégica, y es hacer frente al sistema que nos oprime cada vez más.

El poder está recortando nuestra libertad. Vivimos en una democracia que venden como perfecta, pero que es incompleta. Hay gente que discrimina a los demás. Ha regresado el clasismo. Los recortes son injustos. La lucha entre la privatización y el servicio público responde a los intereses privados. Yo, que a los doce años ya trabajaba en una tienda de alpargatas, digo que no podemos dejar que suceda lo mismo con nuestros jóvenes, que deben formarse, que tienen que aprender a responsabilizarse, conocer el pasado para desear un futuro y comprometerse. Las herramientas con las que nos manejan van a permitir que solamente los que tienen dinero puedan formarse. Las batallas parciales, porque conseguir todo es muy difícil, tienen que convertirse en pequeñas victorias. Aunque no

formulemos una lucha común contra el sistema, hay que decirle a la gente que es necesario erradicar todo aquello que solo busca cumplir con la ley del máximo beneficio. Es la misma lucha, ha existido siempre, entre lo público y lo privado. Alegan que las privatizaciones persiguen la creación de empleo y se escudan en falsedades para tomar unas decisiones que solo benefician a un pequeño grupo privilegiado.

No podemos retroceder de esta manera. Me rompe el corazón ver cómo no se atiende por ejemplo a un inmigrante a las puertas de un hospital. Cuando nosotros hemos sido un país de emigrantes y volvemos a serlo. Ahora todo se está agudizando. Por eso hay que seguir. Hay que seguir peleando para borrar la desigualdad y la injusticia. Aunque cada cual tenga sus propios problemas, hay que dar la batalla por lo común, por la igualdad social y por erradicar la explotación.

Es un juego de fuerzas. Pero parece que aún no tenemos la fuerza suficiente para cambiar las cosas. A veces queremos ver cómo en el transcurso de una vida se dan todas las revoluciones, pero las medidas humanas son diferentes a las medidas de la Historia. Por eso debemos ser constantes, aportar cada uno de nosotros nuestra parte en la lucha y en el tiempo que nos ha tocado vivir.

No se puede decir que este mensaje esté anticuado, pues no es otro que el de la rebeldía frente al poder de los mercados; el de la libertad frente a los explotadores, que son los que te han impuesto sus normas para entrar en su juego y luego te han abandonado.

Me duele ver cómo la democracia se tambalea y pierde sus esencias. Por eso me siento identificado con todos aquellos que salen a la calle y a los que el Gobierno no duda en

señalar como «terroristas». Ese sí que es un atentado contra la democracia. Y no podemos permitirlo.

*No debes permitirlo.
Pienses como pienses.
Creas en lo que creas.*

LA JUVENTUD ESTABA DORMIDA, Y DESPERTÓ

*Si la juventud quisiera
mi pena se acabaría,
y mis cadenas.*

Hace un par de años me encontraba en un acto conmemorativo cuando, al finalizar, se formó una fila de personas que querían que les firmara mi libro de memorias, *Decidme cómo es un árbol*. Allí había una mujer esperando. Me fijé en ella porque parecía muy triste. Cuando llegó su turno, me pidió que le dedicara el libro a un joven. Me dijo, conmovida: «Por favor, fírmeme este libro a un muchacho de veinticuatro años que no tiene ganas de vivir; creo que podría ayudarle». A mí, a mis noventa y tantos, me sorprendió mucho que alguien tan joven, con todo el futuro por delante y la vida por hacer, se estuviera rindiendo, que no encontrara motivos suficientes para hacer frente a los maravillosos años que estaban esperándole. No recuerdo exactamente qué le escribí, una dedicatoria de ánimo, para que tomara fuerzas. Me quedé intranquilo, pero unos días después recibí una llamada. Era él. Me agradecía las palabras que le había escrito y, sobre todo, quería comunicarme que había decidido seguir adelante, que quería vivir. «Si alguien como usted, que ha sufrido tantas di-

ficultades, se ha sobrepuesto a ellas y sigue en pie, con ánimo, haciendo cosas por los demás, yo me sentiría una basura si no siguiera su ejemplo. No solamente he decidido vivir, sino dar a mi vida un contenido, un sentido para mí y para los demás».

La historia era dura. Este joven me contó tiempo después que había contraído el sida. Y no veía ante sí un futuro claro, estaba asustado, no tenía perspectivas. No se atrevía a confesarle a la novia su enfermedad porque no quería hacer frente a un posible rechazo. Le dije: «Tienes que hablar con ella, venid a verme los dos y, delante de mí, le contarás lo que te sucede». Aquel día, encontró una respuesta que no esperaba de ella. La confesión tuvo lugar en mi casa. Al saber el problema, la chica se levantó, fue hacia él y le abrazó. «¿Por qué no me lo has dicho? Pensaba que ya no me querías». Luego nos abrazamos los tres. Lloramos juntos durante un largo rato. Los dos decidieron plantar cara al futuro.

Esta es una de las muchas anécdotas que he vivido junto a la gente joven. Me gusta estar con ellos, charlar con ellos, escucharles. Me aterra ver situaciones como la que he narrado, donde alguien que debería tener la fuerza y el empuje que da la juventud no ve con claridad el camino a seguir. No sé qué nos acerca, qué pude decirle a este joven para que tomara las riendas de su vida en una situación que en absoluto era fácil. Pero en esta casa siempre hay espacio y tiempo para ellos. Así he querido que sea, y así lo escribí en un poema:

*Si salgo un día a la vida
mi casa no tendrá llaves:
siempre abierta, como el mar,
el sol y el aire.*

*Que entren la noche y el día.
Y la lluvia azul. La tarde.
El rojo pan de la aurora.
La luna, mi dulce amante.
Que la amistad no detenga
sus pasos en mis umbrales.
Ni la golondrina, el vuelo.
Ni el amor, sus labios. Nadie.*

*Mi casa y mi corazón
nunca cerrados: que pasen
los pájaros, los amigos,
el sol y el aire.*

Son muchos los jóvenes que vienen a visitarme y a contarme sus dudas, sus incertidumbres. Supongo que les doy confianza.

A esta puerta llaman muchos nietos de víctimas del franquismo. Mantengo encuentros con ellos. Siempre les recibo. Hace poco, una colaboradora mía se enteró de que su abuelo había sido fusilado. Antes, en las familias, había miedo a contar ciertas cosas. Cuarenta años de dictadura marcan a la gente y enseñan a guardar silencio. Eso no puede suceder. Los jóvenes tienen derecho a conocer sus raíces, deben saber por qué no han tenido un abuelo, dónde se segó su vida, en qué creía con tanta convicción como para luchar hasta la muerte. Ahora, se saben muchas cosas y hay menos temor a hablar de ellas. Y, desde luego,

siempre hay que hacerlo con la frente alta por nuestro pasado.

A veces, cuando estos jóvenes llegan, quieren saber y me preguntan por sus abuelos. Me enseñan fotos o me dan sus nombres. Como yo he estado en tantas cárceles y durante mucho tiempo, esperan que tal vez los haya conocido. Desgraciadamente, no he conocido a todos los abuelos de este país que pasaron por las cárceles de Franco, pero sí se ha dado algún caso en que he podido contarles algo. Me ha pasado varias veces y siempre he visto cómo se llenan de esperanza. Necesitan conocer su pasado y quieren seguir la senda que dejaron sus abuelos. Algunos de ellos fueron fusilados. Intento explicarles que deben sentirse orgullosos de sus vidas y de sus muertes, porque sus familiares nunca perdieron la dignidad.

Muchos de ellos se han echado a llorar en mi casa. Me preguntan cómo eran sus abuelos, qué sentían, qué pensaban, cualquier cosa para poder tener un recuerdo. Es un golpe emocional fuerte. Yo les pido que no solamente se dejen llevar por el sentimiento. Es bueno llorar por ellos, pero, sobre todo, les pido que adquieran el compromiso de seguir peleando por los ideales por los que lucharon y perdieron la vida. Ellos tienen que continuar la lucha que sus abuelos comenzaron. Pienso que ese es su deber.

Desde luego, este es un país muy diferente al que yo viví en mis primeros años y en mi juventud. Pero los jóvenes deben rebelarse, igual que lo hicimos entonces, contra lo injusto. Mucha gente de mi edad, incluso de generaciones posteriores, se siente alejada de los jóvenes y los trata de forma despectiva. Yo confío plenamente en ellos. En ellos hemos sembrado nuestra historia y seguiremos haciéndolo. Ellos están respondiendo ante su época. Cada generación

tiene la razón de su tiempo.

Es lamentable que los mayores no hayamos encontrado el lenguaje o los medios adecuados para dirigirnos a los jóvenes. Por eso quise escribir mi historia y quiero explicar ahora, en este libro, algunas cosas. Lo hago por ellos, por los jóvenes, para que conozcan su pasado más reciente antes de que quede en el olvido para siempre.

A pesar de que entré en prisión con tan solo diecinueve años y salí con cuarenta y dos, virgen y mártir, como suelo contar, es decir, que pasé allí toda mi juventud, no me gusta pensar que aquel fue un tiempo perdido. No guardo resentimiento. Sin embargo, me angustio al constatar que me robaron algunos de los mejores años de mi vida. No ha sido hasta estos días, ahora que siento que mi tiempo es más pasado que futuro, cuando me conmuevo al recordar mis veintitrés años de cautiverio. Afortunadamente, yo no cuento mi vida por años, solo sé que siempre la he vivido con intensidad, por supuesto, también mi juventud.

Al terminar la guerra, miles de hombres y mujeres que habíamos tenido algún cargo en el ejército republicano nos reunimos en el puerto de Alicante. Nos habían prometido que barcos ingleses y franceses vendrían a sacarnos de España para alejarnos del nuevo gobierno franquista. Llegamos a Alicante con pocas cosas materiales y muchas esperanzas. Todos los días, con ansia, mirábamos el horizonte del mar, esperando ver aparecer los navíos prometidos que nos alejarían de un país tomado por el fascismo. Una mañana, en lontananza, aparecieron algunos barcos. Empezamos a dar tiros al aire, felices, ya que casi todos llevábamos armas cortas. Algunos, desesperados, se tiraban al agua para recibir los buques. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, al acercarse, descubrimos que no

eran los barcos extranjeros que esperábamos: eran buques franquistas. Cundió el terror. Esa misma noche una larga caravana de furgones había llegado también por carretera hasta Alicante. Era la división italiana Littorio, enviada por Mussolini para apoyar al ejército de Franco. Entonces se vieron algunas escenas tremendas. Fue un momento muy dramático y de alta tensión. Algunos se suicidaron, se quitaron la vida antes de rendirse a las tropas fascistas en una ciudad tomada. Se tiraban al mar, porque no había otra salida. Estábamos acorralados. Nos pidieron que entregáramos las armas. Yo desmonté la que llevaba y tiré las piezas en lugares distintos, al menos así no iría a parar a manos enemigas. La tarde del 30 de marzo de 1939 fuimos trasladados a un campo de almendros, a las afueras de Alicante, que había sido habilitado como campo de concentración. Al pasar en fila por la ciudad, la gente salía y, espontáneamente, nos daban algo de comer, nos regalaban naranjas. Eso fue algo hermoso y solidario.

En el campo de los almendros, como lo llamamos entonces, no había alambradas, pero estábamos siempre vigilados. Apenas teníamos agua ni comida. Tirábamos de las ramas para comer las flores de los árboles. Pero nunca perdimos la dignidad. Recuerdo que en una ocasión llegó un equipo de la televisión italiana para grabar la vida en el campo de concentración y hacer un reportaje. Querían recoger escenas desesperadas. Buscaban el sensacionalismo. Todos nos acercamos a ellos con curiosidad. Un capitán italiano ordenó volcar dos sacos de panecillos para ver cómo nos tirábamos a cogerlos, pues estábamos muertos de hambre. Entonces, un compañero dijo: «¡Alto! No, camaradas, no os humilléis, quieren vernos comer como animales». Fue impresionante ver cómo nadie se movió para coger el pan. Los que ya se habían adelantado

y estaban a punto de dar el primer mordisco, tiraron su panecillo al suelo. Y los italianos se marcharon sin su reportaje. Aquel fue un ejemplo de dignidad absoluta.

En trenes de mercancías, sin ventilación, como ganado hacinado, dos semanas después nos trasladaron a Albatera, a un nuevo campo. El recinto, pensado para 3 000 prisioneros, llegó a albergar, más o menos, y según los historiadores, a 15 000 presos. Yo calculo que habría más de 12 000. Cada uno se ubicó donde pudo; no había literas ni techo bajo el que cobijarse. Mi hermano y yo encontramos un bidón vacío. Con la espalda apoyada en él, porque ni siquiera había sitio para estirar el cuerpo entero, dormimos. Todos los días llegaban falangistas con listados de republicanos y nos llamaban. Nos formaban y, si decían tu nombre, tenías que ir con ellos. La mayoría fueron fusilados al salir de allí. En Albatera sí estábamos encerrados, rodeados de alambrada y vigilados desde garitas. Mi hermano y yo dormíamos cerca del límite del campo. Mi joven imaginación trazó un plan: le propuse a mi hermano escapar cuando se llevasen a alguien para fusilarlo, pues me parecía natural que el guardián que nos vigilaba desde la garita dejase de mirar cuando fuesen a matar a un hombre, una reacción previsiblemente humana. Pero mi hermano tenía miedo; era mucho más prudente que yo y también más adulto, así que nunca lo hicimos. Ahora reconozco que mi hermano, nueve años mayor que yo, tenía razón al pensar que aquel era un plan demencial.

Al otro lado de las alambradas había un campo de alfalfa. Gracias a un soldado conseguimos cambiar mi chaqueta de cuero por un puñado de ese cereal. La cocimos varias veces, hasta que perdió su rigidez y amargura.

En mitad de mi juventud, aquellos días pasaron muy

despacio. Pero al fin conseguí fugarme. Puedo decir que casi legalmente. Empezaron a sacar del campo a los menores de dieciocho años y, aunque yo ya los había cumplido, siempre he parecido más joven de lo que soy. Mi hermano me peinó con raya al medio para parecer aún más niño. Me acerqué a la fila de menores y, cuando me tocó el turno, mentí lo mejor que pude.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó el sargento.

—Dieciséis —dije.

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián Ramos. Señor, yo estaba en el puerto viendo pasar a los detenidos y fui a entregarle una naranja a uno de ellos. Entonces un soldado me cogió del pescuezo y me metió en la fila. Me dijo: «¿Les has ayudado? Pues verás qué bien te lo pasas con ellos». Y así he llegado aquí.

Le conté, con temor de que siguiera preguntándome, que era de San Vicente de Raspeig, pero que estaba en Alicante pasando unos días con la familia de un amigo del colegio. El guardia dudó, pero tenían prisa por sacar a los menores y me dijo que fuera a recoger mis cosas y que me largara rápido. Se trataba de una trampa, pero no piqué.

—No tengo nada que recoger. Estaba en el puerto con lo puesto.

—Espero que nunca más vuelvas a ayudar a un rojo.

Me fui lo más tranquilamente que pude, pero me temblaban las piernas. Una vez cruzada aquella tenebrosa puerta, la primera persona que vi en el campo fue a un campesino que iba comiéndose una naranja. Por un camino fui como un perrillo, detrás de él, a una distancia prudencial, para recoger y comerme las mondas de la fruta

que iba tirando. Atrás dejaba a mi hermano y a miles de prisioneros que no sabían cuál sería su destino.

Tardé veinte días en llegar a Madrid en un tren de mercancías. Llegué a casa de mi hermano, donde vivía mi cuñada. Allí me escondí durante varios días. No era prudente moverme ni llamar la atención; en aquel tiempo eran frecuentes los registros inesperados, y más en familias como la nuestra, claramente implicada con el bando republicano. Trazamos unas líneas en el techo, como si fueran las vigas. Una de ellas se podía levantar. Allí, en lo alto, estaba mi escondite. Amontonamos cosas viejas, muebles, de todo, como si aquel cuarto fuera simplemente un almacén. Así, yo podía trepar al altillo con facilidad cuando sonaban las alarmas.

Pero la intrepidez de la juventud que me ayudó a salir del campo de Albatera esta vez no jugó a mi favor. Aquel escondite y aquella vida en la sombra se me hicieron pequeñas enseguida. Quería ponerme en contacto con los compañeros, quería saber qué había pasado, dónde estaban y, sobre todo, cómo podía movilizarme ahora, salir de España lo antes posible y ayudar. Así que llamé a uno de ellos. Él acudió a mi casa. Era mayo de 1939. Me contó el plan: unos compañeros podían ayudarme a salir de la península y viajar hasta Canarias. Yo seguí sus indicaciones. Una mañana vino a buscarme y me condujo hasta la calle Embajadores, a un bar donde nos estaría esperando nuestro enlace. En cuanto entré en el bar vi a un tipo de aspecto siniestro esperándome sentado. Inmediatamente sospeché. Se levantó y me dijo: «¡Salud, camarada!». No sé por qué, pero sentí que aquellas palabras eran fingidas, sobreactuadas. Desde allí me llevaron a un hotel, en la calle General Pardiñas, para esperar, supuestamente, a que se desarrollaran los planes para mi huida a las islas. Me re-

tuvieron allí un tiempo. No llamé a nadie del partido, que era lo que ellos esperaban. Solamente veía a la hija del dueño del hotel, que me subía la comida diariamente. Un día, llamaron a la puerta y, cuando abrí, vi que no era la joven Violeta —creo recordar que así se llamaba—; dos policías me encañonaron y me detuvieron. Mi compañero me había traicionado. Mi vida daría un vuelco a partir de entonces.

Nunca he dicho el nombre, aunque lo recuerdo, del que me entregó. No me parece bien juzgar a aquellos que en un momento de debilidad se rindieron y se entregaron. Probablemente, ese compañero habría sufrido terribles torturas, le habrían dado palizas para que colaborara. Por respeto a su familia, no me parece bien dar su nombre ahora.

Desde allí me llevaron a una comisaría de la calle Castelló y, después, a la calle Almagro, un verdadero centro de tortura. Sufrí palizas inhumanas. En ese oscuro lugar conocí a un personaje al que luego, en mis memorias, he llamado El Sádico.

Varios días por semana un tipo bien vestido y acicalado llegaba a la comisaría. Tendría unos cuarenta años. Los policías le saludaban como a un viejo conocido. Aquel día, al llegar, preguntó por «el hijo de puta de turno». Desgraciadamente, ese era yo. Los policías me llevaron hasta él y, sin más, se aflojó la corbata, se quitó la chaqueta y comenzó a darme patadas en mis partes. Yo me retorcí de dolor. Me pegaba con el pie en el costado, en la cara. Me pisaba el rostro y todo el cuerpo. Cuando terminó conmigo, más de media hora después, cogió su chaqueta, se secó el sudor y se marchó. Sin más. Yo no entendía nada. Les preguntaba a los guardias:

—¿Por qué me pega, si no le conozco de nada?

—Él tampoco te conoce a ti. Es una buena persona, pero estuvo preso con los rojos y se salvó de milagro de Paracuellos. Es su forma de descargar la rabia.

Nunca he logrado comprender cómo este hombre podía haberse convertido en semejante bestia y ensañarse de ese modo con un crío. Yo mismo y muchos otros, a pesar de las torturas y de privarnos durante tantos años de la libertad, no hemos caído en esa deshumanización. Después, y sin que los guardias consiguieran de mí un solo nombre ni una confesión, me trasladaron a la cárcel de Porlier, en la calle General Díaz Porlier, número 58, que hoy es un colegio de curas, donde tuve que pasar tres meses en la enfermería para recuperarme de las torturas que sufrí en aquella siniestra comisaría de la calle Almagro.

En muchas ocasiones me pidieron que firmara un documento para renegar de mis ideas, alegando que había sido engañado por mi corta edad por los republicanos.

Nunca lo hice.

He querido narrar estos acontecimientos de mi vida porque creo que fueron los últimos de mi juventud en libertad. Y estoy orgulloso de ellos. No fue la inconsciencia de mi corta edad la que me llevó al frente: asumí una responsabilidad y un compromiso, y lo hice de tal forma que jamás los he abandonado. La juventud es como la tierra, en ella se siembran los árboles que crecerán en el futuro. A mí, después de aquello, solamente me esperaba un largo cautiverio: prisiones y celdas, patios de cárceles y mucho dolor.

Una de las lagunas que tiene la juventud de hoy es su pasado más reciente. Han transcurrido setenta años desde

estos episodios que estoy recordando. Muchas veces me pregunto por qué no se les ha querido enseñar la historia a nuestros jóvenes. Por qué hay miedo a que las generaciones nuevas conozcan lo que sucedió, lo que sufrieron sus antepasados, fueran de la ideología que fueran. Me parece muy importante conocer la historia de tu propia familia para poder situarte en este mundo y en esta sociedad y, en un sentido más amplio, para que jamás vuelvan a repetirse esas barbaridades y no se vuelvan a cometer los mismos errores.

Me apena que muchos jóvenes no sepan quién fue Franco, cuando este personaje marcó la vida de sus abuelos de una forma u otra y, bajo su dictadura, probablemente, crecieron sus padres.

Tengo un hijo, Marcos, que conoce toda mi vida y todo lo que me ha sucedido. Su madre, Vida, y yo siempre hemos querido educarle en la solidaridad y el respeto hacia los demás. Él, a partir de esos principios, ha tomado su propio camino. Es cámara de televisión y a veces se marcha muy lejos —para mi preocupación como padre, sobre todo cuando era más joven— para adentrarse en los pueblos más desconocidos de África o América: es un viajero incansable y solitario. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas, está en la selva amazónica, grabando, conociendo otros mundos. Así tiene que ser la juventud: inquieta, ávida de conocer lugares, libre y solidaria.

Hace un par de años sentí que esa misma energía que yo tuve para involucrarme en el partido y en la defensa de los derechos de los que no tienen nada renacía. En Madrid, después de la manifestación del 15 de mayo de 2011, cuando tanta gente salió a la calle pidiendo nuevas políticas económicas y sociales, reflejo de su deseo de cam-

bios profundos en el modelo democrático y económico vigente, tuve la sensación de que la juventud, que hasta entonces había estado escondida o dormida —como muchos decían—, despertaba. Su grito, surgido de una marcha, se fue extendiendo por España, y después por el mundo. La acampada de la Puerta del Sol era solamente la base de una revolución que llegó, nada menos, que al corazón del capital en el mundo: Wall Street.

Todas las tardes me paseaba por la acampada, charlaba con ellos, les pedía que me contasen sus planes. A muchos les conté mi historia, que es la de tantos otros. Nunca quise relacionarme de forma visible con el movimiento, ni poner mi nombre, pues creo que esa era su voluntad. No querían escudarse detrás de ninguna consigna reconocible, y me pareció que llevaban razón. Este era su momento, no el nuestro. Creo que fueron muchos los jóvenes que gritaron «no» a este sistema en aquellos días. Yo no podía sino estar de acuerdo con ellos. ¿Cómo va a aprobar la juventud este sistema bipartidista, regido por una Banca que descaradamente les está arrebatando su futuro? «Juventud sin futuro», gritaban. Creo que otros muchos jóvenes que no participaron porque no estuvieron físicamente allí lo hicieron desde fuera, desde sus casas. Esa es la maravilla de las causas justas, que nos suman a todos. Y creo que ese fue el principal logro de aquella asamblea popular: caló en la conciencia de jóvenes, pero también en la de otros no tan jóvenes. Allí discutían sobre el futuro personas de todo tipo y de cualquier edad. Nos hicieron sentir que, como pueblo, no estaba todo perdido, que no había que rendirse y que, de alguna forma, unidos, teníamos poder para ganar algunas batallas.

Han detenido desahucios y han perseguido la dación en pago llevando al Congreso su voz, han defendido a pre-

ferentistas, han planteado un mayor control a los bancos y han puesto en tela de juicio sus mecanismos, han exigido una ley de transparencia, han puesto en la lupa social la corrupción y los privilegios de la clase política. Son los logros del 15-M: pusieron de acuerdo a mucha gente que quería participar y no sabía cómo. Dos años después de su nacimiento, y cuando muchos dicen que es un movimiento muerto, estos son solo algunos de sus resultados.

¿Quién se atreve a decir que no se puede? Sí se puede: ellos salieron a la calle con sus preguntas y exigieron respuestas.

Creo que todo aquello fue muy positivo. El problema es que la fuerza del movimiento no se mantuvo en el tiempo y la progresión no ha sido la que muchos deseábamos. Los poderes se han ocupado muy bien de deslegitimizar aquella iniciativa, de restarle importancia, de acusar a los que participaron en ella de «antisistema». Pero será un ejemplo de que las cosas se pueden hacer, de que el diálogo siempre es constructivo.

Me entusiasmó el espíritu del 15-M, la rebeldía pacífica frente a los grandes partidos que se disputan la alternancia en el poder a espaldas de los intereses reales de los ciudadanos. Durante los días y las noches que caminé por Sol, sentí admiración por todos aquellos muchachos y muchachas de gran madurez y sentido político que debatían las transformaciones que necesita nuestra sociedad.

Yo reconozco el espíritu de estos jóvenes, porque es el mismo de aquellos que desfilaron conmigo con la JSU, los que, en los años sesenta, expresaron su solidaridad en la plaza Dam de Amsterdam. De aquel lugar guardo un cariñoso recuerdo. Estuve en Holanda en 1962. Allí me habían organizado una reunión con un grupo de jóvenes,

los «provos», como se denominó a los miembros de aquel movimiento contracultural de la década de los sesenta. Previamente se les había entregado una breve biografía sobre mi vida y un libro con mis poemas en holandés publicado por el Comité del Partido Comunista. Les esperé cerca de la estación central de la ciudad. Una joven en bicicleta se acercó a mí y me entregó un enorme ramo de tulipanes a modo de bienvenida. Me llevó en su bicicleta, ramo de flores en mano, a través de calles y puentes, hasta llegar a una iglesia abandonada. Uno a uno fui repartiendo los tulipanes entre las muchachas que allí había. Sinceramente, sus extraños atuendos me hicieron pensar que estos jóvenes estaban más preocupados por la marihuana que por los problemas del resto de la humanidad. ¿Les suena este prejuicio?

Sin embargo, estaba completamente equivocado... Escucharon con mucha atención todo lo que les conté. Me demostraron una sensibilidad excepcional y que estaban muy bien informados de todo lo que sucedía en España. Sus símbolos y consignas de rebeldía eran los mismos que puedes ver ahora: el Che, hojas de marihuana, la paz, el amor, etc. Allí se redactó una nota para el Gobierno holandés exigiendo que llevara a las Naciones Unidas la defensa de los derechos humanos en España y otra pidiendo la amnistía de los presos de la dictadura.

Aquellos jóvenes me hicieron un gran regalo: editaron mis poemas, *Canto absoluto a la libertad*, y años después, algunos fueron a visitarme al CISE (Comité de Información y Solidaridad con España). Muchas veces me he preguntado cuál habrá sido su futuro. ¿Formarán parte del sistema o seguirán en la lucha? He podido saber que aquella muchacha que me llevó en bicicleta es profesora de Historia en una universidad holandesa.

Los jóvenes son nuestro futuro y deben constituir nuestra tarea principal. Hay que comprenderlos, no se puede pensar que son hijos políticos, lejanos, extraños; hay que hablar de tú a tú con ellos. A veces la experiencia es conservadora y contrarrevolucionaria y puede llegar a convertirse en un obstáculo. Yo quiero conocer cómo son, qué quieren, cuáles son sus deseos y qué esperan del futuro. Hay que partir de saber cómo son para animarles a que lleguen a ser lo que desean. Si renunciamos a comprender a la juventud, renunciamos a comprender nuestro futuro.

Muchos de ellos, ante la falta de expectativas, han decidido emigrar. Son jóvenes formados aquí, con potencial, inteligencia y ganas de trabajar, que nuestro país expulsa porque no tiene nada que ofrecerles. Volvemos a ser un país emigrante. Entre los que se quedan, algunos plantan cara y pelean por todo aquello que quieren, que no es tan diferente de aquello por lo que peleábamos entonces. Comprendo la actitud de los primeros, admiro la resistencia de los segundos.

Fue maravilloso el lema que los jóvenes gritaron cuando les desalojaron de Sol: «No nos vamos, nos trasladamos a tu conciencia». Y así ha sido.

Si yo tuviera unos cuantos años menos, ahora sería cualquiera de esos jóvenes indignados.

De hecho, de alguna forma lo soy.

CUANDO LA LIBERTAD NO VA DE LA MANO DE LA JUSTICIA

*Su herida golpead de vez en cuando;
no dejadla jamás que cicatrice.*

En los últimos años he visitado varios colegios e institutos para explicar a los alumnos mi historia. A veces me resulta muy difícil contarle a un pequeño de menos de diez años el porqué de aquella guerra y qué fue el franquismo. Hace poco se lo expliqué de este modo a una clase llena de alumnos de seis o siete años:

«Había una vez una niña muy linda que se llamaba Capercucita e iba por el bosque cogiendo flores. Pues Capercucita era como la República y la libertad. Entonces vino un lobo y se la llevó durante cuarenta años; el lobo fue la dictadura».

Con esta historia ingenua enseguida me comprenden. Sin embargo, disfruto cuando voy a escuelas con chicos mayores a los que previamente les han contado algo de mi vida. Me hacen preguntas muy maduras y yo siento que tienen necesidad de conocer y comprender el pasado. De hecho, les gusta saber.

Me preguntan a menudo si no siento rencor, y no, no co-

nozco ese sentimiento. Creo que sería muy desgraciado si así fuera. Soy incapaz de manejar la venganza. La revancha no es ningún medio político ni revolucionario. La única venganza a la que aspiro es a poder ver algún día el triunfo de los ideales por los que he luchado y por los que tantos hombres y mujeres en España y en el mundo perdieron sus vidas o la libertad. Si hubiera sucumbido al rencor y a la venganza, yo ahora sería otra persona.

En 1962 viajé a Bruselas para entrevistarme con los representantes belgas en la Conferencia de Europa Occidental por España. Coincidiendo con aquel viaje, recibí una extraña invitación. La reina madre de Bélgica, Elizabeth, quiso conocerme. Me alegró mucho y sentí que podría mostrarle mi gratitud por su ayuda personal en la reciente amnistía concedida a los presos políticos españoles. De hecho, yo mismo había salido en libertad gracias a la amnistía. Vinieron a buscarme en un coche y me llevaron hasta su residencia. Me tenía preocupado el carácter de este encuentro. En el palacio me hicieron esperar unos minutos en una sala llena de fotografías. Me sorprendió ver una de Mao Tse-tung ofreciendo unas flores a la reina. Un exbrigadista belga actuó de intérprete en aquel encuentro. La reina estaba en un salón enorme. Entré y me quedé inmóvil. «Adelante», me dijo. Su mirada me tranquilizó. Le agradecí, en nombre de mis compañeros, su firma para la amnistía de presos políticos españoles. Ella me preguntó:

—¿Qué pensaron ustedes de mí? ¿Aceptaron sin rechazo mi adhesión?

—Aquella noche, majestad, en la prisión de Burgos, quinientos presos republicanos brindamos por una reina.

Estuvimos charlando largo rato. Me preguntó por mi vida,

le conté cómo, poco a poco, iba adaptándome a la libertad. Yo sabía que la reina era criticada por sus viajes a China, a Polonia, a la Unión Soviética, etc., y yo no quería ser un problema más, así que, antes de despedirnos, le dije que no se preocupara, que yo no haría público el encuentro. La reina me miró con sorpresa, llamó a su secretario y le dijo que preparase una nota de prensa informando de nuestra reunión y felicitándome por mi libertad. «Yo siempre he hecho lo que me ha dado la gana», me dijo.

Por eso creo que es importante poner las cosas en su sitio. Exigir justicia. Reclamar una historia que nos contemple a todos y en la que no haya que defenderse de la vil mentira. La justicia no debe ser incompleta ni sesgada, no debe haber resquicios por donde se cuelen este tipo de falsedades. Porque de las calumnias siempre queda algo.

Como decía, la venganza no conduce a ninguna parte. Es muy distinto sentir deseos de venganza que exigir justicia. Yo siempre he dedicado mi energía a cambiar este mundo. Podría haberme convertido en una bestia después de lo que he pasado. Las brutales torturas, el dolor de las despedidas de tantos compañeros, saca tras saca, noche tras noche, podrían haberme hundido en un pozo de desesperación y de ira. Sin embargo, todo aquello me sirvió para armarme de fuerza, para reafirmarme en mis ideas y situarme en el que sería mi destino.

Un periodo gris y oscuro se abrió paso tras la guerra. El país, arrasado, quedó en manos de una dictadura militar. Fuimos miles de hombres y mujeres los que ingresamos en las cárceles y en los centros de tortura, o los que tuvieron peor suerte y fueron fusilados. Como a rebaños de ganado, nos metían en las prisiones, que estaban desbordadas en su capacidad, y a muchos los sacaron al alba para

asesinarlos. Todas aquellas ejecuciones fueron calculadas con frialdad. La guerra había terminado, pero la sombra de la muerte seguía extendiéndose por toda España. La gente estaba aterrorizada. Cualquiera podía llamar a tu puerta, aunque antes de la guerra hubiera sido un buen amigo, y sacarte de tu casa sin un destino conocido. En las ciudades grandes morían diariamente, fusilados en el paredón, cientos de personas. Solo en Madrid había más de 250 ejecuciones diarias. La represión era de una magnitud inimaginable.

Como dije anteriormente y consta en mi expediente, llegué al penal de Porlier a primeros de mayo de 1939, hecho un despojo, «con ciertas heridas», es decir, deshecho después de las palizas y torturas que padecí en las comisarías de Castelló y de la calle Almagro. Ni siquiera podía levantar el brazo para llevarme la comida a la boca. Los compañeros me ayudaban a alimentarme. Solo habían pasado unos días cuando contraí una infección general en la sangre y me llené de forúnculos. Todo mi cuerpo era una llaga, una herida en carne viva. Me ingresaron en la enfermería. Allí estuve vendado hasta que me repuse. Durante tres meses compartí la habitación con el marqués de Hoyos y Vinet, autor de novelas caballerescas y masón. Mi otro compañero era un conde húngaro a quien en una ocasión llegó a visitar el embajador estadounidense. Le detuvieron en España cuando huía de los nazis. A él le llegaba bastante comida y, puesto que pasamos juntos muchos días, nos hicimos amigos y la compartía conmigo. Esto me salvó de morir por inanición en la prisión. Puede que él, tiempo después, tuviera algo que ver con la conmutación de mi primera condena.

Aunque fui considerado un preso peligroso, no me aislaron, porque la cárcel de Porlier era un antiguo colegio de

calasancios y no tenía celdas. Había seis galerías y otra que llamábamos «la provisional». Me dieron el alta en la enfermería y, como tenía que ir varios días para curarme las heridas, me alojaron en la sexta galería, cercana a los servicios médicos. Fueron los años más duros de la cárcel. Las vejaciones tenían lugar todos los días.

En Porlier estábamos encarcelados más de cinco mil presos cuyo único objetivo era conseguir sobrevivir. Si en el resto de España la situación de muchas familias era la indigencia, en las cárceles no era mejor. Apenas había comida. Nos daban una especie de rancho de berzas y una pequeña bola de pan de salvado. Aquello sabía a rayos todos los días, pero en una ocasión, cuando estaban a punto de repartir aquel guiso, un preso se dio cuenta de que no era comestible. El líquido verdoso apestaba a podrido. El director de la cárcel cogió una cuchara y se la llevó a la boca sin llegar a tocar los labios: «Exquisito. ¡El que quiera comer que lo haga y los demás que regresen a sus petates!». Yo no comí nada aquel día. Por la noche fui trasladado junto a otros compañeros a la provisional por aquella pequeña insubordinación. Pero nunca consiguieron lo que se proponían con estos castigos: doblegar nuestro espíritu.

Pasábamos un hambre tremenda, y algunos de mis compañeros llegaron a morir en sus celdas. Recuerdo casos que aún me estremecen. Por ejemplo, en Porlier había un grupo de presos jienenses a los que su familia campesina mandaba pequeños paquetes de aceitunas. Muchos llegamos a cambiar prendas de ropa por los huesos de esas aceitunas. A veces los machacábamos; otras nos los tragábamos sin más. Cualquier cosa valía para echarla al estómago, incluso comíamos las hierbas que creían entre las baldosas del patio.

También recuerdo el caso de un muchacho al que llamábamos El Rumiante. Este chico se forzaba el vómito en los baños hasta devolver el rancho que había comido y volverlo a ingerir. Así se engañaba y le parecía que había comido más veces y más cantidad.

Me contaron un caso muy triste. En el Puerto de Santa María, dos compañeros, Javier y Ambrosio, compartían celda, y uno de ellos cayó enfermo. Todos los días, al recibir la comida, Javier se levantaba y pedía su rancho y el del enfermo. Cuando murió el compañero, Ambrosio, le tapó hasta la barbilla y siguió pidiendo su ración para comérsela él. A los pocos días, cuando el cuerpo comenzó a descomponerse y a despedir el hedor de la muerte, un guardia le dijo:

—En esta celda huele a podrido. ¿No aireas la cama del enfermo?

Cuando llegaron los de la limpieza para desinfectar el espacio, todo quedó al descubierto. Javier fue castigado. Murió años después en un manicomio.

A veces nos llamaban y nos sacaban de la cárcel para llevarnos «a diligencias». Eso significaba que te trasladaban a la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, donde hoy está la sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid. Y allí, en unos fríos sótanos a los que se accedía por la calle del Correo, torturaban de diversas formas a los reclusos y detenidos. Entonces, cuando sufrías aquellas palizas, lo único que te podía salvar era la imaginación y pensar en algún futuro en el que pudieses visualizarte. Después había dos formas de volver a la cárcel: vencido y avergonzado por haberte dejado derrotar por las torturas, para pasar el resto de los años de pena en un rincón de la prisión como un muñeco de trapo, sin poder

mirar a los ojos de los compañeros; o destrozado, pero entero y dignamente. Era la diferencia entre hablar y no hacerlo. En ocasiones, lo más difícil era lo más fácil.

Una de las torturas más brutales que he escuchado relatar fue la de un conocido poeta cuyo nombre no puedo dar. A este compañero le llevaron a la Dirección General de Seguridad para que diera algunos nombres de camaradas. Como no decía nada, le pusieron delante a su mujer, que estaba encinta, y comenzaron a pegarla delante de él con varas, en la espalda y el vientre. Aquel compañero, finalmente, se rindió y confesó algunos nombres.

Muchos hablaron, aunque en realidad no tantos teniendo en cuenta el elevadísimo número de torturas; podemos decir que la mayoría no lo hizo. Había en la cárcel un ejemplo colectivo que se contagiaba. Un culto a la dignidad. Aguantábamos los golpes, las vejaciones, las humillaciones con tal de mantener la frente alta a la vuelta, con tal de que la mirada de los compañeros, a tu regreso a la celda, fuera de admiración y no de reprobación.

En Ocaña, donde fui trasladado posteriormente, la vida en cautiverio era mucho más complicada. Sobrellevar la condena es infinitamente más fácil cuando ves el rostro del compañero, cuando hay unos ojos en los que reflejarse y que te devuelven la mirada. En Ocaña cada uno estaba en su celda, aislado, por lo que el ejemplo colectivo, la empatía y la solidaridad eran muy difíciles de encontrar.

El talón de Aquiles de los presos eran las familias. Era muy doloroso ver a las madres, hermanos, esposas esperando a las puertas de las cárceles. Siempre con algo entre las manos: un trozo de pan, una manta, una sonrisa y palabras de ánimo. Me conmueve el recuerdo de mi madre, de prisión en prisión, buscándome, preguntando por mí,

siempre de luto, siempre triste. Me lamento al pensar que nunca volvió a verme en libertad. Mi cautiverio y el recuerdo de la muerte de mi padre se la llevaron para siempre.

Hay una historia que me parece particularmente sobrecogedora. Me la contó un amigo que trabajaba de ordenanza en la ventanilla de comunicaciones y paquetes. Aunque nunca la vi, no puedo evitar poner en su rostro el de mi propia madre. Ana Faucha era una típica madre del sur de España. Su marido había muerto durante la Guerra Civil y lo único que le quedaba en la vida era un hijo preso en la cárcel de Valdenoceda, en Burgos. Ana salió de su pueblo con lo poco que tenía y emprendió un largo camino a pie para llegar hasta las puertas de la prisión donde estaba encarcelado su hijo. Por las vías del tren, por los caminos, cruzó el país. Muchas familias, que reconocían en ella el sufrimiento de todo un pueblo, la ayudaban: le daban comida o un techo. A veces la recogían y la llevaban unos cuantos kilómetros de camino. Así llegó a Valdenoceda. Imagino la alegría de la mujer al divisar los muros de la prisión. Cuando entró y dio el nombre de su hijo, el funcionario le informó de que estaba preso en una celda de castigo y no podría verle. La madre no era capaz de entenderlo. Aun así, insistió en que le dieran el pequeño paquete que traía consigo con algo de comida.

—No puede recibir nada, está incomunicado —le respondió el funcionario.

Fueron muchos los días que aquella anciana se acercó a la ventanilla, mañana, tarde y noche, y siempre recibió la misma respuesta. Con su pañuelo en la cabeza, toda ella de luto, se acercaba a la cárcel con el único afán de ver a su hijo. A veces golpeaba los muros de la prisión, intentando

inútilmente que alguien respondiera. Entonces llegó el invierno a Burgos, uno de los más fríos que se recuerdan. Nevaba diariamente sobre la cárcel. Ana Faucha no resistió mucho tiempo. Cayó sobre la nieve, como un pájaro pequeño y oscuro, con el paquete que llevaba a su hijo entre las manos.

Ella fue un símbolo de todas nuestras madres, las madres de los presos que perdieron a sus hijos y muchos años de sus vidas esperando en las puertas de las prisiones de Franco.

Lo peor de aquellos años fueron las sacas. Llamábamos «sacas» a la extracción de presos de la cárcel para su traslado o para ser fusilados, que era lo más habitual. Más de mil reclusos vivíamos en la tercera galería de Porlier, y todos estábamos condenados a muerte. Cada medianoche sacaban a un grupo de condenados para fusilarlos. Recuerdo a un oficial al que llamábamos El Zapatones. Cada madrugada, cuando venía a buscar a los reos y leía la lista de condenados, solamente decía el nombre. Esperaba unos segundos para decir el apellido. Segundos vitales y de tenebrosa angustia para nosotros. Tras el morbosos suspenso, soltaba el apellido.

Los fusilamientos tenían lugar en un paredón en el Cementerio del Este, hoy La Almudena. Solo los domingos nos librábamos; era el día del Señor para los verdugos. Mientras Madrid dormía, a lo lejos se escuchaba el eco de aquellos últimos gritos y vivas a la República y a la libertad. Para evitarlo terminaron por meter en la boca de los condenados un tapón de corcho agujereado (que les permitía respirar) y atado con dos cuerdas a la nuca. Años después simplemente les ponían un esparadrapo.

Cuánta muerte injustificada. Durante aquellos años per-

dieron la vida miles de personas. En aquella época tuvo lugar el asesinato de las Trece Rosas, como se conoce a las jóvenes republicanas, todas menores de edad, fusiladas en el paredón del Cementerio del Este de Madrid. Otros compañeros fueron asesinados a garrote vil, dentro de la prisión.

La última noche de su vida la pasaba el preso en la capilla bajo extrema vigilancia. Despojado de todo, no fuera a adelantar el trabajo a los verdugos, se le permitía escribir alguna nota para la familia. Las notas de capilla de aquella primera y sombría época de la posguerra recogen algunos de los mensajes más duros y tristes, pero también más dignos y orgullosos, que he leído en toda mi vida. Cada mañana, después de la saca, bajábamos a limpiar la capilla. Yo lo hacía voluntariamente para leer, copiar o memorizar los mensajes de los compañeros. Algunos escribían en las paredes o los escondían en lugares insospechados: brechas en la pared, en el suelo, etc. Casi siempre esas notas eran de reafirmación ideológica o mensajes de amor para las familias.

Reproduzco aquí algunos de ellos:

Sí, llévame flores, allí, a la fosa común, donde caigan nuestros cuerpos, que es lo único que de nosotros pueden fusilar. Si llegas a tiempo, aunque esté frío, dame el último beso, me voy con esa esperanza... No quiero lágrimas. ¡Acción, acción, es lo que necesita la juventud y la clase obrera! Para ti mis postreros besos, muñeca mía. Que seas feliz. Te quiere, Genio.

* * *

Tú sabes que mi último pensamiento es para ti, moriré pensando en el amor que me diste y en tu lealtad y sacrificio. Y perdóname por haber truncado tu vida. Moriré con la frente alta, pero con el corazón triste porque os dejo para siempre. Cuida a nuestra hija, edúcala en nuestros nobles ideales, para que cuando sea mayor se sienta orgullosa de mi vida y de mi muerte. Te quiero, te he querido siempre, hasta nunca, amor mío †.*

* * *

Querido, muy querido hijo de mi alma: En estos últimos momentos tu madre piensa en ti. Solo pienso en mi niño de mi corazón, que es un hombre, un hombrecito, y sabrá ser todo lo digno que fueron sus padres. Perdóname, hijo mío, si alguna vez he obrado mal contigo. Olvídalo hijo, no me recuerdes así, y ya sabes que bien pesarosa estoy. Voy a morir con la cabeza alta. Solo por ser buena: tú mejor que nadie lo sabes, Quique mío. Solo te pido que seas muy bueno, muy bueno siempre. Que quieras a todos y que no guardes nunca rencor a los que dieron muerte a tus padres, eso nunca. Las personas buenas no guardan rencor y tú tienes que ser un hombre bueno, trabajador. Sigue el ejemplo de tu papachín. ¿Verdad, hijo, que en mi última hora me lo prometes? Quédate con mi adorada Cuca y sé siempre para ella y mis hermanas un hijo. El día de mañana, vela por ellas cuando sean viejitas. Hazte el deber de velar por ellas

* † Alfonso Rojo, a su esposa.

cuando seas un hombre. No te digo más. Tu padre y yo vamos a la muerte orgullosos. No sé si tu padre habrá confesado y comulgado, pues no le veré hasta mi presencia ante el piquete. Yo sí lo he hecho. Enrique, que no se te borre nunca el recuerdo de tus padres. Que te hagan hacer la comunión, pero bien preparado, tan bien cimentada la religión como me la enseñaron a mí. Te seguiría escribiendo hasta el mismo momento, pero tengo que despedirme de todos. Hijo, hijo, hasta la eternidad. Recibe después de una infinidad de besos el beso eterno de tu madre. Blanca †. **

¿Se aprende a vivir sin saber si es tu último día? ¿Si será el próximo tu último amanecer? Tanto convivíamos con la muerte que acabamos por ponerle un nombre de mujer: La Pepa. En 1939 nuestra oscura compañera de prisión tenía hasta un chotis:

*Es la Pepa una gachí,
que está de moda en Madri
y que tié predilección por los rojillos.
Cuando viene esta mujer
a Torrijos o a Porlier
al más bravo se le arruga el solomillo.
Pepa, Pepa,
dónde vas con tantísimo tío.
Pepa, Pepa,
que te vas a meter en un lío.
De seguir matando así,*

** † Blanca Brisac, una de las Trece Rosas.

dejarás Madrid vacío.

Recuerdo un extraño suceso en la cárcel de Ocaña. Llevaba un par de semanas en una celda de castigo cuando se presentaron en la puerta dos guardianes. Me llevaron con ellos sin pronunciar palabra. Por la hora, no era momento de ejecuciones. Bajamos una planta, y de un empujón me metieron en una celda y echaron el cerrojo. Sentí cómo se alejaban los guardianes. Poco a poco me fui acostumbrando a la oscuridad. La luna iluminaba tenuemente un bulto alargado sobre una especie de mesa que había en el centro de la celda. Entonces encendieron la luz. Poco a poco distinguí a un hombre que yacía sobre una camilla. Sentí que ellos volvieron para observarme desde la puerta. Pasé más de media hora junto a aquel cadáver. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando levanté la manta que cubría su cabeza y descubrí, ensangrentado y vendado, el rostro de un compañero de la JSU que hacía tan solo unos días había llegado desde Jaén. Varios camaradas le habían señalado poco antes como el causante de varias caídas debidas a un mal comportamiento con la policía. Esta culpabilidad le había enajenado y sumido en una fuerte crisis. Concluí que se había suicidado. Pero, ¿por qué me hacían pasar un rato a solas con su cadáver?

Cuando abrieron mi celda me llevaron a Jefatura. El director, Miguel Martínez Casas, quería hablar conmigo. Me dijo que el preso había sido asesinado y me señalaba como un posible inductor, a través de otros compañeros, de su muerte.

—¿Eliminarle? Yo no incitaría a nadie a realizar un acto semejante; además, hace dos semanas que estoy aislado en una celda, totalmente incomunicado.

Traté de explicarle que precisamente nuestra condición de presos políticos nos alejaba de ese tipo de procedimiento, aunque el compañero hubiera resultado ser un traidor. Confesé que había hablado varias veces con él porque me parecía que peligraba su equilibrio mental y temía que no pudiera soportar la presión de su conciencia y decidiera quitarse la vida, como finalmente hizo. Acabé diciéndole:

—No hay más razón que un suicidio, a no ser que su guardián le diese tantos golpes que terminara por matarle.

Más tarde, una vez cumplido mi castigo, los compañeros me contaron que se había tirado desde la cuarta galería por el hueco de la escalera.

Fueron muchos los camaradas que no pudieron soportar el cautiverio. Hubo muchos suicidios. La soledad es una compañera muy peligrosa y difícil. Las noches en prisión eran muy largas, solamente interrumpidas por el ruido de aquellos camiones cuyo destino era la muerte. Pero el ser humano tiene una gran capacidad de adaptación. Los escrúpulos y el temor desaparecían para dejar espacio a la supervivencia.

Cuando pasó el tiempo y la herida de la guerra fue cerrándose poco a poco, terminaron las sacas en las prisiones, pero no las muertes. Ahora se hacía desde un agujero en la puerta de la celda. Los condenados eran aniquilados poco a poco, pero con la misma crueldad. A algunos se les provocaban enfermedades, se ignoraban los cuidados médicos que necesitaban y se les dejaba morir bajo una manta.

¿Cómo puede ser que estas muertes y ejecuciones no aparezcan en los libros de historia? ¿Por qué no se quiere enseñar y dejar constancia de lo que ocurrió? ¿Por qué es tan difícil acceder a los sumarios de los consejos de guerra,

a los nombres de los presos, de los condenados? ¿Por qué no tiene derecho el nieto de un preso político a saber en qué año, en qué día, dónde y por qué le quitaron la vida a su abuelo?

Cuando alguien ha querido sacar a la luz toda la información existente, las cosas se han complicado en exceso. Solo hay que ver lo que le ha sucedido a Baltasar Garzón. Fue a partir de septiembre de 2008 cuando comenzó a buscar datos del Gobierno, de la Conferencia Episcopal y de varios ayuntamientos con el fin de elaborar un censo de fusilados, de enterrados en fosas comunes y de desaparecidos después de la guerra. Hubo un primer auto en el que se declaraba competente y justificaba su intención de investigar estas desapariciones registradas durante la Guerra Civil y los primeros años de la dictadura, e instruyó la apertura de diecinueve fosas comunes diseminadas por todo el país, entre ellas donde se suponía que está enterrado el poeta Federico García Lorca. Es decir, el proceso que abrió Garzón era simplemente informativo y no punitivo. ¿Por qué no se permitió? ¿Qué mano detiene esta causa justa? ¿Quién gobierna aún en este país que permite que en las cunetas de las carreteras siga habiendo esqueletos anónimos que una vez sostuvieron una vida?

Mucha gente defendió a Garzón; miles de personas salieron a la calle en toda España para denunciar la impunidad del franquismo y apoyar al juez. Fueron convocadas por la Plataforma de la Memoria Histórica. En Madrid hubo más de cien mil asistentes. Aquel acto culminó con la lectura de Pedro Almodóvar, Almudena Grandes y yo mismo de un manifiesto en el que se lamentaban las consecuencias de un proceso que, en democracia, ensuciaba la memoria de las víctimas, despreciaba el dolor de sus hijos y nietos y condenaba las aspiraciones de justicia

de miles de familias españolas.

Nadie puede siquiera comprender que un Estado democrático impute un delito de prevaricación a un juez que ha asumido los principios de verdad, justicia y reparación de las víctimas, por aplicar en España la doctrina del Derecho Penal Internacional que, hace unos años, le permitió actuar contra crímenes semejantes cometidos en países como Argentina o Chile. Este proceso, promovido por organizaciones de extrema derecha [nos referíamos a la Falange Española de las JONS, Libertad e Identidad y Manos Limpias] podría interpretarse como una lamentable prueba de la minoría de edad de la democracia española, lo cual representa un escándalo sin precedentes en la historia reciente de nuestro país. En mayo de 2010, el Consejo General del Poder Judicial decidió por unanimidad suspender cautelarmente a Baltasar Garzón en sus funciones, después de que el magistrado del Tribunal Supremo Luciano Varela acordara la apertura de juicio oral por la investigación de los crímenes del franquismo.

Era la primera vez que en el mundo se suspendía a alguien, a un juez, por defender los derechos humanos. La asociación Human Rights Watch (HRW) denunció «el doble rasero de la justicia española», que permitió la investigación de los crímenes de otras dictaduras, como las de Chile o Argentina, pero ha encausado al juez Garzón por querer hacer lo mismo con el franquismo.

Esta suspensión pone de manifiesto el perfil poco democrático de nuestra justicia. Treinta y cinco años después de la muerte de Franco, la extrema derecha obtenía una victoria gracias a la sensibilidad franquista del Tribunal Supremo y a un poder judicial cómplice absoluto.

Ahora, la justicia misma se ha convertido en una víctima

en España. El juez Garzón ha luchado por hacer justicia para las víctimas de graves atrocidades cometidas en el extranjero y ahora está siendo castigado por intentar hacer lo mismo en su propio país... Los verdaderos crímenes aquí son las desapariciones forzadas y los asesinatos, no el intento del juez Garzón de investigarlos.

Una de las cosas que se le achacan a Garzón es que él sabía que en 1977 se decretó una amnistía general. Pero ha habido pronunciamientos jurídicos internacionales, incluso de las Naciones Unidas, que dicen que la amnistía de España debe anularse porque se hizo bajo libertad vigilada. Cuando se otorgó, se seguía negociando con los franquistas, y los militares tenían aún la mano apoyada en sus espadas para que nadie fuese más allá de lo que ellos querían permitir.

El caso de Garzón ha sido una triste batalla perdida y una vergüenza para la democracia y la justicia españolas.

Yo he reflexionado mucho sobre la memoria. En mis recuerdos personales están las últimas horas de muchos compañeros de prisión cuyo nombre nunca aparecerá en ningún archivo. Luego hay otra memoria, la histórica, la que sobrevive a las generaciones, la historia oficial de todo un pueblo y la que tenemos que salvaguardar con una ley justa y completa. Necesitamos una memoria histórica real y verdadera, no como la que fue decretada hace unos años. Esa no nos sirve porque no contiene todos los episodios de la realidad que nos tocó vivir en aquel terrible periodo de nuestra historia.

La única memoria que se ha transmitido es la que ha perdurado a través de los relatos de los vencedores y no de los vencidos. Por ejemplo, según la ley, tendrían que haberse eliminado los símbolos y nombres del franquismo

de todas las ciudades de España. Yo sigo paseando por calles que rinden homenaje a la División Azul o al «Generalísimo». Eso no es hacer memoria. A todos nos han sobrado argumentos cuando hemos imaginado una Alemania con calles y plazas dedicadas a las SS o a Hitler. No cabe en ninguna cabeza. Pero en España la derecha aún es fuerte y radical, y sigue defendiendo sus intereses y su simbología. Aunque hayan entrado en el juego democrático a través de partidos y elecciones, esta es una democracia desteñida, llena de agujeros.

El problema se halla en cómo se hizo la tan admirada Transición. Aquí no se cambió nada. No hubo Revolución de los Claveles. Nuestra Transición no tenía ningún contenido. Mantuvieron a los mismos jueces que me juzgaron a mí; los policías que me torturaron, aunque jubilados, seguían en nómina; el Tribunal Supremo continuaba siendo el mismo que durante el franquismo. No fue un camino libre para los valores democráticos. Para mí, la Transición fue como una broma con la que se disfrazó de otra cosa la fuerza del capital y de la derecha. Hubo impunidad para todo y seguimos tragando impunidad.

COMPAÑEROS DEL ALMA

*Ni un paso más, hermano:
que no pueda «el ayer» o sus cenizas
sus odios oponer a nuestro encuentro.*

«Fernando Macarro Castillo, a Jefatura con todo lo que tengas». Nunca olvidaré cómo sonaba mi nombre a través de los altavoces de la cárcel de Burgos. Fue el 17 de noviembre de 1961. Mi último día de cautiverio. Aquella tarde dejaba atrás un largo periodo de mi vida, el que transcurrió dentro de unos muros y de prisión en prisión. Para encontrarme con mi futuro me fui con lo puesto. Solamente me llevé el *Canto general* de Pablo Neruda, aquel poemario artesanalmente camuflado dentro de las tapas de un libro religioso y que tanta compañía me hizo durante las noches de soledad. Me despedí de todos mis compañeros de galería. Muchos se habían enterado de mi marcha y se reunieron en la puerta que daba al patio para decirme adiós. Al pasar junto a ellos me abrazaban y me decían: «No nos olvides. No nos olvides». Con un nudo en la garganta, memoricé sus rostros, el tacto de sus manos, la calidez de sus abrazos y, por encima de todo, aquellas palabras, las que se convertirían en mi verdadero *leitmotiv* a lo largo de todos estos años.

Cuando me preguntan si guardo rencor al recordar los veintitrés años que estuve privado de mi libertad, no puedo decir más que, para mí, al final, aquella fue una etapa positiva en la que aprendí muchísimo. Aunque pueda extrañar, por supuesto, pues no es natural para el ser humano vivir en cautiverio y mucho menos verse sometido a torturas físicas y morales en lugares completamente deshumanizados. Sin embargo, aquella larga etapa me sirvió para conocer de cerca la fraternidad y el compañerismo. Algo se volvió fundamental para mí y para todos: no estamos solos.

¿Se vuelve el ser humano solidario en circunstancias límite? No lo sé. Observo ahora cómo se ha impuesto el individualismo, cómo muchas personas son incapaces de tender la mano al otro porque temen poner en riesgo su bienestar. Entonces primaba la colectividad por encima de todo, lo nuestro por encima de lo mío. Esa comunidad que creamos dentro de las cárceles fue vital para nuestra supervivencia.

Los camaradas, compañeros de galería, amigos al final, eran la respuesta a todas las incertidumbres y lo que me mantenía firme. Ellos y los ideales en los que creía férreamente me salvaron. Por eso siempre estaré agradecido a cada uno de mis compañeros, a cada persona que me tendió la mano, a cada uno de aquellos con los que compartí una conversación de madrugada. Podría decir casi todos sus nombres, pero me disgustaría mucho si se me olvidara alguno.

Los presos políticos, a diferencia de los presos comunes (a quienes defendíamos, enseñábamos y ayudábamos), tenían una resistencia especial: la fuerza de nuestras

ideas. Aquellas ideas que llenaban nuestra vida eran a lo que nos agarrábamos, no solamente como formación ideológica, sino como método para mantener intacta nuestra salud mental y nuestro equilibrio físico. Aquellos que no tenían ideales colectivos estaban reducidos a la soledad de la prisión, se sentían indefensos y caían en la desesperanza y en la autodestrucción psíquica. En la cárcel creamos un pequeño estado dentro del Estado. Y con nuestro propio lenguaje, con nuestras normas, nuestra imaginación, nuestras lecturas y una sensibilidad especial para descifrar los códigos de los guardianes, sus ademanes, los sonidos de alerta, combatimos el tiempo, noche tras noche, madrugada tras madrugada.

En una ocasión, durante el tiempo que pasé en la cárcel de Burgos, donde el clima era especialmente hostil, María Teresa León, la mujer de Rafael Alberti, me envió un jersey que ella misma había tejido. Me lo hizo llegar a través del actor Paco Rabal. Desde Buenos Aires, donde se habían encontrado, me mandaba este regalo acompañado de unas cariñosas palabras de ánimo. Yo le respondí con unos breves versos que sacamos clandestinamente escritos en papel de fumar y en el interior de un tubo de dentífrico. Más tarde estas líneas inspirarían otro poema,

*Mi corazón es patio.
Mi vida,
os la puedo contar en dos palabras:
Un patio.
Y un trocito de cielo
por donde a veces pasan
una nube perdida
y algún pájaro huyendo de sus alas.*

Cualquier muestra de afecto llegada del exterior era muy importante para nosotros, para nuestra comunidad encerrada, para todos aquellos hombres y mujeres que recorrían los patios de las cárceles de Franco. Pero la verdadera ayuda, el soporte que nos mantenía erguidos y dignos, éramos nosotros mismos. Los presos políticos formábamos dentro de la cárcel una familia solidaria. Así vivimos aquellos años cautivos en las prisiones y así sobrellevamos las políticas de exterminio sin tregua y las violaciones de los derechos humanos.

Durante los veintitrés años en que fui privado de mi libertad, pasé por varias cárceles: tres en Madrid —Porlier, brevemente Conde de Toreno y Alcalá de Henares—, Ocaña, en Toledo, y Burgos. Como dije anteriormente, llegué a la cárcel de Porlier en una situación física alarmante que se agravó cuando contraí una fortísima infección en la sangre. Fueron mis compañeros los que me tendieron su ayuda para poder sobrevivir.

En aquella primera época, el principal objetivo de los presos políticos era la mera supervivencia. Franco acababa de hacerse con el país, y la dictadura era especialmente cruel y se ensañaba dentro de las prisiones. Durante la guerra las atrocidades sucedieron en todas partes, pero no tenía sentido que, una vez acabada la exaltación de la batalla, continuara la represión. Fueron los años más duros para los presos. España era como un gran campo de concentración. Se pasaba mucha hambre, dentro y fuera de la cárcel.

Precisamente, uno de los primeros recuerdos solidarios que guardo de la prisión en aquellos años oscuros fue la decisión que tomamos los presos comunistas de agru-

parnos. Esta organización de comunas se fue perfeccionando con el tiempo y de esta manera tratábamos de ayudarnos para combatir el hambre. Si un compañero recibía algo de comida, lo repartía entre los demás equitativamente. Así, si llegaba una sencilla tortilla francesa, la dividíamos en trocitos y los repartíamos. A veces las familias hacían verdaderos esfuerzos para enviar comida al familiar encarcelado, y aunque éramos conscientes de ello, preferíamos repartir la comida para estar todos un poco menos hambrientos, aunque nadie se saciase del todo.

Un tiempo después de que mi madre muriera, durante una conversación con mi hermana Margarita descubrí un secreto sobre ella. A veces, cuando me llegaba un paquete a la cárcel con comida, yo veía que le faltaba un mordisquito, una esquina a un plátano, un trocito al pan. No nos costó averiguar que mi madre, cuando recibía la comida en la mesa, alimentos especiales para cuidar su enfermedad, disimulaba comiendo un poco, y el resto lo guardaba para engordar el paquete que llevaría a su hijo encarcelado.

Los familiares comunicaban con nosotros en un espacio habilitado para ello. A un lado, los presos, todos juntos; al otro, las familias. Entre las dos rejas que nos separaban había un pasillo de un metro de ancho aproximadamente. Por ese pasillo, varios guardianes paseaban para vigilar las conversaciones. Aquello era una algarabía donde era difícil descifrar las palabras, y a veces se daban situaciones extrañas. Recuerdo que, en una ocasión, un compañero volvió muy contento después de comunicar. Le preguntamos y nos dijo que su madre le había dicho que su tía le iba a enviar un queso. Como lo repartíamos todo, cada uno de nosotros comenzó a soñar con su porción. ¡Un queso

entero! Salivábamos imaginando su sabor, su olor. Todos esperábamos con ansia la llegada del manjar. En la siguiente comunicación lo primero que hizo el compañero fue preguntar a su madre por el queso.

—¿Qué queso, hijo mío?

—Me dijiste que la tía me enviaba un queso.

—No, te dije que la tía te mandaba un beso.

Y así quedamos todos con nuestro triste agujero en el estómago.

La religión estaba muy presente en las cárceles de Franco. Además de los oficios, a los que estábamos obligados a asistir dos o tres veces al día, formados, teníamos que cantar el *Oriamendi*, un himno tradicional carlista, y el *Cara al sol* de la Falange. Estos cantos suponían una humillación para nosotros y ellos lo sabían. Era su manera de recordarnos quién mandaba, quiénes eran los vencedores de la guerra. Cuando terminaba el *Cara al sol*, antes de romper filas, teníamos que decir: «¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!». Y entonces, como una pequeña satisfacción, difuminada cada voz en la voz general, cada uno se rebelaba y decía lo que quería: «¡Rancho!, ¡rancho!, ¡rancho!». O «Franco, ¡cabrón!». En una ocasión un compañero que pertenecía a mi comuna pasó bastante tiempo en un sanatorio fuera de la cárcel porque padecía tuberculosis. Cuando volvió, aquel rito de himnos y de «¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!» había sido modificado y ya solamente se estiraba el brazo para hacer el saludo fascista. Pero nadie le había avisado, y cuando bajó al patio, gritó con todas sus fuerzas: «¡Cabrón!». Su fuerte voz resonó en medio del silencio. Fue abofeteado delante de todos y trasladado al terrible penal del Puerto de Santa María, donde terminaría su vida.

Para desesperación de los guardias siempre intentábamos tomarnos las cosas con el mejor humor posible. Uno de nuestros peores problemas eran los parásitos. Aprendimos a convivir con los piojos. Eran tantos que ni siquiera nos los intentábamos quitar; formaban parte del ecosistema de la prisión y de nosotros mismos. Recuerdo a un compañero cuya celda estaba frente a la mía. Todos los días se despiojaba, mataba cuarenta o cincuenta bichos con la uña de su dedo pulgar, aplastándolos. Pero la cosa empeoró cuando apareció el piojo verde, que transmitía el tifus. Los funcionarios de prisiones nos rociaban con zotal, un insecticida antiplagas, las axilas, las nalgas y nuestras partes, y aquello nos hacía ver las estrellas. Así que decidimos dedicarle a nuestro compañero verde una canción que terminaba así:

*Y si el verde por doquier
se nos brinda hasta el enojo
a qué coño revolver
para encontrarlo en un piojo.*

Si los años en la prisión de Porlier fueron muy duros, también fueron inolvidables. En esta cárcel, al no ser originariamente una prisión, la convivencia con otros presos era constante, ya que, como dije, no había celdas. Allí fui condenado a muerte por primera vez. Recibí una notificación para acudir a un Consejo de Guerra. Solamente tenía veintiún años. Aquel día se impartieron muchas penas de muerte y mi abogado de oficio, dando por ciertas las acusaciones, se limitó a pedir clemencia. En mi grupo éramos sesenta y cuatro acusados, diecisiete de ellos maestros. Una gran parte recibimos la misma pena: fusilamiento. Recuerdo que en el grupo había un joven con-

denado por haber asesinado a un cura en Aravaca. En pleno consejo entró un sacerdote que declaró que él era la supuesta víctima, así que se vieron obligados a detener el proceso. Pero así funcionaba entonces la justicia, si es que puede llamarse así. En mi caso, me sorprendió mucho la acusación que caía sobre mi nombre: fui señalado como autor de varios asesinatos en Alcalá, hechos por los que, como ya he dicho, se había procesado a otros compañeros.

Durante dos años esperé a que me llamaran para poner punto final a mi vida. Una tarde un compañero a quien no olvidaré, Julián Vázquez, me dijo:

—Hay saca.

—Ya lo sabemos —le dije.

—Es que te han nombrado a ti.

Me quedé inmóvil durante unos segundos. Luego le di mi reloj, como le había prometido cuando llegara el caso, y me puse en pie. Lo más difícil era despedirte de los compañeros. Sus abrazos se volvían familiares, realmente emotivos, y los recibías como tales, ya que pensabas que nunca jamás los volverías a ver. A veces eran abrazos silenciosos. Solamente querías tener fuerzas para no romperte en el camino y contener el aliento para morir gritando «¡viva la República!» o «¡viva la libertad!». Bajé tres tramos de escalera hasta Jefatura. Me ocurrió eso que tantas veces se cuenta, que ves pasar tu vida entera ante tus ojos. Como una película rápida se sucedieron en mi cabeza imágenes olvidadas de mi infancia, de mi familia, de mi primera juventud; escuché la música de la aldea, recordé los bailes de mis hermanas, los juegos, el olor de la casa de barro.

En Jefatura me esperaba un juez que, nada más verme,

hojeó el expediente y salió de la sala. Esperé cerca de veinte minutos, los más largos de mi vida. Entonces entraron dos guardias arrastrando a un ingeniero católico al que yo conocía, Luis Álava, muy respetado entre nosotros. Iba a ser fusilado aquella madrugada. Pasó alrededor de otra media hora. Una espera infinita. Finalmente el juez entró y me dijo:

—Tu proceso se ha anulado por defecto de forma y tendrás que ir nuevamente a Consejo de Guerra.

El juez tenía dos expedientes y confundió el mío, en el que se anulaba temporalmente mi sentencia, con el del ingeniero. Al ver que era más joven que el compañero se dio cuenta del equívoco. Con todo el desprecio y sin pronunciar una sola palabra de disculpa ante un hombre que pensaba que ese día terminaba su vida, se marchó. Los compañeros me vieron regresar como quien ve a un resucitado. La tensión había sido tan fuerte que permanecía aturdido. Dormí catorce horas seguidas, había gastado todas mis energías en poder sobrellevar mi fusilamiento con toda la dignidad posible. Unos meses después volví al Consejo de Guerra y fui condenado a muerte por segunda vez.

Para alguien condenado a la pena capital fugarse de la cárcel se convierte en una verdadera obsesión. Con varios camaradas preparamos la huida. Estudiamos el terreno y valoramos las posibilidades que teníamos. Si cruzábamos la azotea, podíamos acceder a una zona que daba paso a una terraza. Un compañero sabía manejar las ganzúas que abrían cancelas, y solo nos quedaba el obstáculo de abrir la puerta de la terraza, que se hacía desde el exterior. De ahí teníamos que contar con la ayuda de algún recluso que trabajase en las oficinas exteriores para que descorriera el

cerrojo. Se prestó para la operación A.G., quien contaba con la confianza del director de la prisión. Lo organizamos todo para la mañana del domingo. La tarde del sábado yo andaba expectante y nervioso cuando fui llamado a Jefatura.

—Me gustaría despedirme de usted —me dijo el director, Faustino Rivero.

—¿Me fusilan esta noche?

—No, no se preocupe. Solamente quería decirle adiós porque me he enterado de que se marcha usted mañana de la prisión.

A.G. se lo había contado todo, pensando ingenuamente, y en un alarde de estupidez, que el director miraría para otro lado. Al día siguiente me volvieron a llamar. El director me explicó que había tomado la determinación menos dura para mí: me trasladarían al penal de Ocaña.

Fue muy difícil separarme de los amigos de Porlier con los que durante cuatro años había compartido tantas historias. Sin embargo, durante mis largos años de prisión en prisión volvería a ver a muchos de ellos.

Llegué a Ocaña, un penal que tenía fama de muy duro y seguro. El edificio tenía dos partes: el central, rodeado de galerías, y otro más pequeño al que se asomaba un centenar de celdas, donde vivíamos los condenados a muerte. A diferencia de la cárcel de Porlier, donde ocupábamos galerías sin partición celular, aquí conocí una terrible compañía: la soledad. Mi celda tenía dos metros de largo y era tan estrecha que si estiraba los brazos podía tocar las paredes. Un retrete, un tragaluz y un colchón de esparto era todo lo que había en ella.

Solamente podía ver a los compañeros durante el breve

tiempo que estábamos en el patio, una hora por la mañana y otra por la tarde. Lo peor era el atardecer, cuando nos encerraban y no sabíamos si el abrazo que nos dábamos al despedirnos sería el último. Solo quedaba esperar que pronunciaran tu nombre para la nueva saca.

El toque de silencio significaba para los condenados a muerte la estremecedora llegada de un nuevo fusilamiento. Por los preparativos y movimientos de los guardianes sabíamos si habría saca esa noche. Si el corneta alargaba el toque final suavemente, sabíamos que varios morirían esa misma noche. Si, por el contrario, elevaba su final, podíamos estar tranquilos durante veinticuatro horas más. Podíamos escuchar cómo partían los camiones hasta el cementerio de Yepes, donde los compañeros eran fusilados. Más tarde, sobre el silencio de la madrugada, se escuchaba la ráfaga de disparos, seguida de los tiros de gracia. Entonces golpeábamos con cucharas las puertas de las celdas como protesta.

Es impresionante la capacidad del ser humano para desarrollar nuevas habilidades que facilitan su supervivencia ante situaciones límite.

En una ocasión yo estaba aislado en el llamado «tubo de cerrojos». A mediodía, antes de que llegase la comida, escuchaba el sonido de platos, puertas abriéndose y cerrándose. Comencé a pensar que, tal vez, ese día caería en mi plato un trocito de tocino. El estómago empezó a darme guerra. Cuando aparecieron los guardianes en mi puerta y vertieron el rancho en mi plato, vi con sorpresa que no uno, sino dos trozos de tocino me habían caído en suerte. Entonces me informaron de que en el patio general había huelga de hambre. Volqué mi plato de nuevo en la cazuela.

—¿Por qué haces eso?

—Porque hay huelga de hambre en el patio general.

—Pero eso no va contigo.

—Somos una gran familia. Lo que les pasa a ellos me pasa a mí.

Debo decir que nunca más me tocó un trozo de tocino en mi porción.

Casi todos los días, al atardecer, leían los telegramas llegados de Madrid con los indultos y las conmutaciones de condenas. Si, por ejemplo, llegaban seis telegramas con indultos para un grupo en cuyo expediente figuraban ocho, quedaba claro que los otros dos morirían esa misma noche por la pena capital. El 5 de abril de 1944 se recibió el telegrama que indultaba a mi compañero de expediente. A su nombre solo siguió un silencio oscuro. Todas las miradas de los camaradas se volvieron hacia mí. Aquella iba a ser mi última noche. En la más profunda soledad escribí a mi familia, al partido, a los compañeros más queridos, y busqué en la pared ranuras donde dejar escondidas aquellas tristes notas de despedida: algún compañero las haría llegar a sus destinatarios. De nuevo pasaron por mi cabeza mis mejores recuerdos. También los rostros de los compañeros de la cárcel de Porlier. Se abrió una celda cercana a la mía y pensé que después vendrían a por mí. El tiempo avanzaba de forma densa entre las cuatro paredes. Escuché el ruido de los camiones rumbo al cementerio. Al día siguiente, 6 de abril de 1944, me libraron de la pena de muerte y fui condenado a sesenta años de prisión. No olvidaré nunca aquella fecha; años después, otro 6 de abril, nacería mi hijo Marcos. El telegrama había sido secuestrado para hacerme sufrir una de las peores noches de mi vida. Los guardianes conocían mi actividad política y

aquella fue su pequeña venganza. Así fui trasladado al patio general, donde los compañeros me recibieron con entusiasmo.

La tercera prisión en la que estuve fue la de Alcalá de Henares. Aunque en realidad sería la cuarta, ya que, de forma breve, también había estado en Conde de Toreno, una cárcel en el centro de Madrid donde conocí a Miguel Hernández, que siempre estaba rodeado de gente que le escuchaba.

A Alcalá llegué con la ficha de «peligroso». Era la única cárcel donde los presos políticos no estaban mezclados con los presos comunes. Salir de una prisión, aunque fuera para ser trasladado a otra, nos gustaba. Yo lo llamaba «turismo penitenciario». En el trayecto, mirabas como podías el paisaje, a la gente. Todo aquello, aunque te conducía a un destino sombrío, tenía algo de luz. Recuerdo que estuvimos sentados un largo rato en la estación de Atocha esperando la salida del tren. Según nos acercábamos a Alcalá, yo iba reconociendo el paisaje. Al salir de la estación pasamos cerca de la huerta donde había vivido algunos años. Para entonces, mi madre ya había fallecido, pero mi hermana y una sobrina me esperaban en la puerta para darme un abrazo. Sentí su incansable esperanza y, como una punzada en el corazón, la ausencia de mi madre se clavó en mi interior. Tras pasar los controles de los guardias y los chequeos sanitarios, nos instalaron en nuestra galería. Los presos salieron al patio, pero yo permanecí —aún no sé por qué motivo— aislado durante varios días.

La luna fue mi fiel compañera durante las noches de prisión. En Alcalá me gustaba trepar hasta el tragaluz y mirar cómo esparcía su luz por toda la ciudad. Me maravillaba el

firmamento nocturno. Una noche, al bajar del tragaluz, manché las paredes con los zapatos. Traté de borrar las huellas, pero no hice más que emborronarlas. Los guardias, al día siguiente, repararon en las manchas. Intenté explicarles que quería ver la luna, pero los funcionarios, que no se caracterizaban por su sensibilidad, entendieron aquello como un intento de fuga y me metieron en una celda de castigo. Mi familia pidió ayuda a un fraile que prometió hacer algo para ayudarme. Nos dijo que mi situación era difícil. Para justificarse, les enseñó una nota que iba adjunta a mi expediente: «Conmutado de la pena de muerte. Dos condenas de treinta años. Una de ellas por actividad subversiva en prisión. Dos intentos de fuga. Peligroso. Téngasele bajo vigilancia».

Cuando comenzaba a incorporarme a la actividad política en la prisión de Alcalá, me trasladaron a Burgos, donde pasaría el resto de mi cautiverio y donde me reencontré con varios compañeros de Porlier. Allí existía una verdadera organización clandestina dentro de la prisión.

¿Cómo puede ser que en la cárcel, un lugar tan hostil y contrario al hombre, pudiésemos crear una red de solidaridad y amistad? ¿Cómo pudimos organizarnos para trabar una actividad clandestina y cultural? ¿Qué teníamos dentro para permanecer de pie frente a tanta barbarie? La fuerza de nuestras ideas, la fe en un futuro en libertad y el apoyo constante de los compañeros. Cuando a alguien le falta un proyecto en la vida, alguien con quien compartirlo o el optimismo que nos hace pelear para que las cosas vayan mejor, esa persona se hunde y es normal verse a uno mismo en un túnel oscuro. Muchos fueron los compañeros que perdieron la lucidez dentro de la cárcel y algunos se suicidaron. Cuando los demás veíamos a un compañero decaído, paseando solo por el patio, sabíamos que había

recibido alguna mala noticia del exterior. Entonces nos volcábamos en él y tratábamos de ayudarlo a superar el bache.

Hace un tiempo me invitaron a participar en un evento llamado Expo-cárcel, donde trataban de sensibilizar a la gente sobre la situación de los centros penitenciarios. En España hay más de setenta mil presos. Es cierto que las prisiones ya no son lo que eran entonces, ni de lejos. Sin embargo, aquel día, aunque ya me unían a aquellas personas valores como la libertad y la defensa de los derechos humanos, me sentí especialmente sensible ante ellos, cercano a su mensaje y a su denuncia, y vi que mi obligación era hacerlo mío y difundirlo.

¿Qué valores existen ahora que puedan ser más importantes que aquella fraternidad que surgió en las situaciones más extremas? Hay algo que parece contar por encima de todo y que rige las vidas y los designios de muchos hombres: el valor del dinero.

Las consecuencias de que sea el valor del dinero impuesto por el capitalismo lo que mueve ahora a las personas y a los gobiernos han llevado a los hombres a una lucha constante por conseguir más y más. Los perversos mecanismos diseñados por los señores de la banca dan poder a unos pocos para quitárselo a otros muchos. De ese modo desaparece todo aquello que no tiene valor económico. Para que unos consigan enriquecerse, otros se ven explotados y se dejan la piel para llegar a fin de mes, para pagar su hipoteca, para dar de comer a sus hijos, relegando a un último lugar los valores humanos, la solidaridad. Los que no ven quebrarse su comodidad, su seguridad económica, ni siquiera son conscientes de las necesidades de los demás. Pero algún día ellos mismos pueden estar en esa

difícil situación. Lo que sucede en un lugar lejano del mundo debe importarnos tanto como lo que ocurre en nuestra casa.

A pesar de todo, aquella solidaridad que vivimos en las cárceles, y también en el exterior durante la posguerra, cuando nos ayudábamos unos a otros, veo que ha regresado en algunos ámbitos. Muchas familias han vuelto a reagruparse bajo un mismo techo. A veces creo que este país no termina de irse a pique gracias al sustento familiar. Cuántos hijos han vuelto al techo paterno e, incluso, cuántas familias viven hoy de las escuetas pensiones de los abuelos.

Es importante que todos, pero especialmente los jóvenes, mantengan viva la lucha por sus ideas y por su futuro. Si se enfrentan a cada desafío de la vida, podrán salir adelante, pero ayudándose los unos a los otros. De su conciencia debe partir el empuje que les lleve a conseguir un mundo más justo y feliz.

Yo elegí la vida revolucionaria, y sabía que aquello tenía un peaje: podía costarme la vida o llevarme a la cárcel. Pero no concebía otra cosa, ni antes de la guerra ni después, cuando me movió la firme promesa de no olvidar a mis compañeros.

Vivir con pasión mis ideas me salvó. Mis compañeros dieron una dimensión especial a mi vida, pues aquello que se forjó entre los muros fue un crisol de dignidad. La solidaridad es indispensable en nuestro tiempo. Antigualmente los seres humanos vivían aislados y lejos, los caminos hasta los demás eran muy largos, había gente que nunca salía de su aldea. Existía aquella expresión de «eso está muy lejos de mi cama». Pero ahora los caminos son muy cortos. Cualquier conflicto lejano puede afectar a la

seguridad de nuestros hijos. La técnica, los avances tecnológicos y del transporte, la comunicación instantánea nos ha conectado. Aunque sea solamente por instinto de supervivencia, hay que globalizar la solidaridad. Nadie puede sentirse libre en su pequeña libertad si considera ajena la libertad de los otros.

Mis compañeros y compañeras se enfrentaron al más terrible de los miedos con dignidad: tener la certeza de que te van a matar. Ellos superaron esta situación gracias a la fuerza de sus ideas y convicciones. El miedo existía, pero no nos horrorizaba. En cualquier situación, ahora también, podemos sentir miedo. Es una fuerza oscura que se mide contigo y cuyo territorio se vuelve fértil en los momentos de soledad, física o mental. No es igual enfrentarse solo a un problema que contar con unas manos compañeras.

La fuerza se nutre del ejemplo y del valor colectivo. En una situación límite, cuando uno cree que está abandonado, una fuerza oculta emerge de algún lugar de tu interior. Mi único miedo en la cárcel era no saber despedirme con orgullo de los camaradas. Pero, entonces, cuando crees que todo está perdido, nace dentro de ti un nuevo impulso que escapa a tu entendimiento, a tu voluntad y a tu deseo. Es el valor. Algún día sentirás que tú también puedes.

Porque sí, se puede.

LA PALABRA ENCARCELADA

*Son cada vez más grandes las cadenas,
son cada vez más grandes las serpientes,
más grandes y más cruel su poderío,
más grandes sus anillos envolventes,
más grande el corazón, más grande el mío.*

MIGUEL HERNÁNDEZ,
Sino sangriento

Cuando, tras recobrar la libertad, vivía en mi exilio parisino, me llegó un paquete de parte de los camaradas que seguían en prisión. Eran algunos materiales que había dejado en la cárcel de Burgos a su cuidado. Un montón de papeles garabateados con poemas, ensayos diversos y, entre todas aquellas notas, el texto completo de una obra de teatro. Escrito en una letra tan diminuta que apenas se podía leer con una lupa, recuperé el homenaje más hermoso, arriesgado y generoso que, en mi opinión, se haya rendido nunca a Miguel Hernández.

Es el año 1960. Prisión de Burgos. Es octubre y es de madrugada. Cuando cierran nuestra galería, un grupo de presos, los componentes de la tertulia *La Aldaba*, nos reunimos para brindar por nuestro poeta. Lo hacemos a través de una obra de teatro que he escrito y ahora dirijo, la titulamos *Sino sangriento. Homenaje a voz ahogada para Miguel Hernández* —como uno de sus poemas—, pero es ante todo la conmemoración del que habría sido el cincuenta aniversario de Miguel Hernández si no se le hubiera dejado morir en una cárcel durante la posguerra.

Esta obra que escribí y representamos en la clandestinidad tenía tres actos y un prólogo en los que se dibujaba la vida y la obra de Miguel, su calvario y su triste final en 1942. Hicimos unas flautas con palos de escoba para poner música de fondo. Era un sonido hermoso. Cuando en el segundo acto llegaban las Brigadas Internacionales y los franceses, sonaba *La Marsellesa*; cuando aparecían los muralistas mexicanos, sonaba *La Cucaracha*; cuando venían los rusos, *La Internacional*. Y en el silencio de la noche, escudados en la vigilancia centinela a través de las ventanas de algunos compañeros, en aquel escenario hecho de sábanas y mantas se declamaron los hermosos versos del poeta pastor y miliciano de Orihuela a voz en cuello.

Aquella obra, escrita en papel biblia con letra apretada y bajo una tenue luz, luego fue pasada a máquina y representada en París y, en el año 2007, gracias a la ayuda de mi buen amigo Diego Navarro y de su hija, conseguimos hacer una edición no venal. Me emociona tener ese libro en las manos, recordar su origen, su camino. Me parece un milagro de creación carcelaria. Me vienen a la cabeza las imágenes: se abrían aquellas sábanas, se veía el escenario vacío, en un silencio casi religioso, mientras una voz fú-

nebre se iba acercando: «Miguel ha muerto. Miguel ha muerto». En el año 2010, en Fuenlabrada, volvieron a montar *Sino sangriento*.

Cuando llegué a la prisión de Burgos organizamos todo un aparato clandestino de formación. No solamente política, sino también cultural. De manera clandestina aprendimos a vivir la cultura dentro de la cárcel. Fueron unos años importantísimos para nuestra formación. La guerra, que tan desastrosas consecuencias tuvo para todos nosotros, fue una guerra de trincheras, pero también de poetas. Entonces la poesía era un arma. En los versos y en la creación encontramos una salida para contar la situación de España.

Tejimos una red de intercambio para la cual nuestras familias se volvieron fundamentales. Es impresionante, al compararlo con la actualidad, la poca información que había y lo difícil que era acceder a ella. Ahora, cuando es tan sencillo disponer de un libro o de una revista, parece que las artes hayan perdido su importancia.

Vivimos en una sociedad despreocupada, superficial. La cultura, la gran literatura, no tiene espacio porque requiere tiempo y esfuerzo y no parece que estemos dispuestos a dárselo. Y, sobre todo, produce poco beneficio. Sin embargo, una sociedad sin educación, sin cultura, es una sociedad infértil.

La poesía, mi fiel compañera, ensalza las cosas comunes convirtiéndolas en extraordinarias. A mí me salvó, me ayudó leerla, memorizarla. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora por otros? ¿Por qué no iba a ser de ayuda en estos tiempos? En el calabozo tenía un pequeño poema que era como un escudo contra la desesperanza, lo leía cada día para no quebrarme:

*Jamás horada mi alma,
jamás ciega mi vida
una celda sin ventana.
Solo con mi dolor y mi condena,
sin ver que en nuestros gritos arden bosques,
sin escuchar que el fuego nos contesta
y nos llaman cien pueblos que nos buscan,
con sus lámparas rojas avanzando
desde las cinco partes de la tierra.*

Siempre digo que la cárcel fue para mí una época hermosa, de afirmación política, pero, sobre todo, de formación: una universidad. En Burgos, la organización funcionaba dentro de la prisión de forma muy sofisticada. Los presos políticos llegamos a llamar al penal «la universidad de Burgos». Se estudiaba de todo. Muchos compañeros aprendieron allí a leer y a escribir. Había cursos para todos los niveles: de alfabetización, de literatura, de inglés, de filosofía. Incluso en las galerías de los condenados a muerte se estudiaba. De ese modo nos preparábamos para nuestra cita con el futuro. Había un curso que llamábamos «de libertos». En estas clases se formaba a los compañeros que iban a salir en uno o dos meses de prisión para que supieran cómo actuar fuera, cómo trabajar por la libertad desde la clandestinidad, cómo ser más inteligentes que el enemigo y qué precauciones debían tomar.

Allí dentro, nuestra pequeña universidad funcionaba a la perfección. Pero los guardianes sospechaban de algunas de nuestras actividades y no tardó en llegar un telegrama a la cárcel, de parte del capellán general de Prisiones, que decía:

La misión del guardián de prisiones es impedir la

fuga física del preso, para que cumpla su condena y se redima ante la sociedad. La misión del capellán de prisiones es impedir la fuga espiritual del recluso para que, concentrado en su dolor, se redima ante Dios y ante los hombres.

Bien, pues luchar contra este control físico y espiritual que pretendían ejercer sobre nosotros era nuestra tarea diaria.

Para los presos políticos del franquismo hubo dos periodos bien diferenciados: durante el primero la supervivencia era clave y la represión fue durísima. El segundo comenzó después de la batalla de Stalingrado (1943). El fascismo había perdido fuerza en la Segunda Guerra Mundial, y esta batalla, la más sangrienta de la historia, supuso un punto de inflexión para el desenlace de la contienda; y aquello se sintió en las prisiones. Los guardianes, temerosos de que el franquismo cayera a la vez que el eje fascista europeo —Hitler y Mussolini—, relajaron su vigilancia. De pronto empezaron a hablar con nosotros, a interesarse por nuestra vida. Más tarde, cuando pareció que no iba a suceder nada, comenzó la Guerra Fría y se vio que Franco no iba a caer, intentaron ganar terreno de nuevo. Pero nada volvió a ser como antes. Teníamos demasiada información.

De mi condena a sesenta años de cárcel le debo treinta a la creación de un periódico en la prisión para conmemorar el 1 de mayo de 1943. Lo llamamos *Juventud*. Lo hacíamos a mano, con ilustraciones y pequeños artículos. Utilizábamos diferentes caligrafías. Una noche un guardián confiscó el periódico a un chico y se lo llevaron a la Puerta del Sol, a la Dirección General de Seguridad. Allí fue torturado y dio un nombre. Se llevaron al siguiente compañero,

que sufrió también un terrible maltrato. Al final de la cadena llegaron hasta mí; me acusaron de ser responsable de la publicación y también fui trasladado a los calabozos de la Puerta del Sol.

Asumí toda la culpa y negué que hubieran intervenido otros compañeros en el periódico. No quise dar ningún nombre. Aquello fue una provocación para los guardias, pues era evidente que había distintos tipos de letra y que allí habían participado varias manos.

Creo que estuve en los calabozos más de veinte días. Perdí la noción del tiempo mientras fui torturado. Primero me metían en un despacho y después me bajaban a los sótanos. Allí, en una habitación iluminada con bombillas amarillas, se dibujaba sobre las paredes, con manchas de sangre, el dolor de otros compañeros. De ese modo te debilitaban psicológicamente. Pero aquel siniestro escenario me dio fuerzas. Por respeto a todos los compañeros que habían sufrido golpes y vejaciones decidí no dar ningún nombre. Para conseguir no doblegarte era fundamental presuponer un futuro y jugar con la imaginación.

Me interrogaban y torturaban a diario. Yo no sabía cuánto podía durar aquello; podría haberse prolongado durante meses. Me aterrorizaba pensar en la posibilidad de llegar a perder la cordura y el control sobre mí mismo. Entonces —ahora me da cierto pudor contar este pasaje— una mano de algún compañero dejó caer un papel por la ranura de la puerta. Era un retrato de Lenin. Hay que tener en cuenta que entonces existía cierta mística revolucionaria. El caso es que aquel papel fue mi salvación. Mi juventud y mi romanticismo militante me ayudaron a levantarme. Cada jornada, de regreso a la celda tras la sesión de torturas, prometía ante el retrato: «No conseguirán nada de mí».

Uno de aquellos días vi cómo arrastraban por el pasillo de los calabozos a un compañero que acababa de ser torturado. En su expresión se podía adivinar la derrota. Me asusté por él. Entonces saqué el retrato del escondite y se lo entregué cuando nos llevaban a los baños para hacer nuestras necesidades. Cuando volvimos a vernos percibí en aquel hombre una luz diferente. Me dijo que le había dado el retrato a otro compañero, que él ya no lo necesitaba. Ya sé que es una historia un poco extraña, pero sucedió así, y así la escribí cuando abandoné los calabozos. Así salió al exterior y llegó hasta Moscú, donde aquel retrato de Lenin estuvo colgado en la sala 27 del Museo de Lenin.

Pero yo cada vez estaba más débil. Una mañana, durante la tortura, perdí el conocimiento. Al final desistieron y comprendieron que no iban a sacar nada de mí. El caso se cerró y me condenaron a treinta años por un delito contra la seguridad del Estado. Ese fue el precio por aquellas treinta páginas escritas a mano: un año de condena por página. A diferencia de otras sentencias, la mía fue tan alta porque mi comportamiento durante las torturas indignó a la policía. De ese modo se vengaban de mí por algo que, en otros casos, se habría saldado con unos meses de castigo.

En la cárcel de Burgos llegamos a tener cerca de cien libros clandestinos. Introducirlos era fácil; lo complicado era mantenerlos allí y que circularan entre los presos. Cuando nos interesaba un libro lo pedíamos a los familiares. Ellos nos los hacían llegar en el interior de los paquetes de comida. Dentro de una costura, una doble tela, se escondían las obras. Cuando llegaba una información por escrito, se destruía: la hacías trocitos y la tirabas por el retrete o la quemabas. Pero con los libros era distinto;

había que mantenerlos dentro durante meses o años y que muchos otros compañeros pudieran leerlos y pasaran de mano en mano sin peligro de ser requisados en los constantes e imprevistos registros de celdas. Mota, un compañero que había sido librero, se encargaba de su camuflaje. Así, cuando llegaba un título interesante, buscábamos uno de proporciones similares en la biblioteca general de la prisión, donde solamente había libros de santos y cosas así. Había que comprobar que no tuviese el título puesto en todas las páginas. Mota respetaba las cien primeras con el sello de «autorizado» y la firma del capellán de la prisión y, a continuación, comenzaba a encartar las páginas del libro que habíamos introducido: una sí, una no, construyendo un solo ejemplar supuestamente legal ante los cacheos. Era un trabajo de auténtica artesanía. Cuando me marché de Burgos únicamente con el *Canto general* de Neruda, en las tapas del libro se podía leer *Vida de Genoveva de Brabante*. Nos llegaron muchos tipos de libros: ensayos políticos, libros de texto, novelas para entretenernos, poesía o filosofía. Por ejemplo, recuerdo haber leído en aquel tiempo *Fundamentos del nihilismo*.

También introducíamos revistas culturales, como *Ínsula*, *Índice* y, sobre todo, *Espadaña*, dirigida por Eugenio de Nora y en la que escribía Gabriel Celaya. No faltaban tampoco ejemplares de *Mundo Obrero*.

Nosotros también llegaríamos a crear una revista, primero titulada *La Aldaba* y después *Muro*, ambas hechas artesanalmente, escritas con letra de hormiga, que pudieron conocer mundo gracias a los comités de amnistía y solidaridad de varios países.

Las familias se convirtieron en nuestro puente entre el mundo y la cárcel. Fue fundamental la ayuda de las mu-

jeros, sobre todo las que tenían más formación política y pertenecían a una fundación de ayuda a los presos. Ellas traían los mensajes desde París o México, donde había importantes comunidades de republicanos exiliados. Mantenían el contacto por nosotros.

Había varias formas de camuflar estos mensajes. Un procedimiento que usábamos a menudo era el de los tubos de dentífrico. Antes, la pasta de dientes venía en tubos de aluminio que no estaban sellados. Simplemente, en uno de los extremos estaba el tapón y en el otro el aluminio estaba enrollado. Lo desenrollaban y, dentro, hecha un canutillo y plastificada, venía la información. Otra forma segura de pasar mensajes era en latas de doble fondo. Ahí no se notaba nada. Debajo de la lata con el alimento había una tapa de metal que servía para esconder la nota, o incluso el libro si era lo suficientemente grande. Cualquier medida o invento era bienvenido si con ello evitábamos sentirnos aislados.

La comunicación con el exilio fue tan constante que muchas veces dentro de las cárceles teníamos más información que el resto de los españoles, sometidos por una dictadura que practicaba la censura y el control de todas las noticias.

Con frecuencia me preguntan cuándo y por qué empecé a escribir poemas. Debo decir que, antes de escribir en un papel, comencé a escribir en mi memoria. Fue en una celda de castigo y corría el año 1954. Los amigos de la cárcel me pasaron algunos libros. En la celda de castigo te daban para dormir un petate, en realidad un jergón de esparto. Durante el día se lo llevaban y mojaban el suelo para que no te pudieses sentar ni acostarte. Al atardecer volvían a darte el petate. Por supuesto, los guardianes no

se ocupaban de retirarlo y traerlo, sino que eran algunos presos los encargados de esta tarea. Mis compañeros descosían una de las costuras del petate e iban metiendo páginas en su interior. Hacían con ellas una bola y manoseaban el papel para que no hiciese ruido. De esta manera, poco a poco llegaron hasta mí hojas sueltas con poemas. Me los aprendí de memoria, mecanizando su ritmo y saboreando las imágenes. Los leí mil veces en el silencio de la celda. Y cuando la poesía había calado en mí, sin necesidad de conocer el mecanismo del poema, comencé a escribir de memoria. No tenía papel, así que tenía que memorizar aquellos primeros versos juveniles que brotaban de mi interior dejándome llevar por una música que no sabía bien de dónde nacía.

Cuando terminó mi castigo se los mostré a José Luis Gallejo, un poeta de gran solvencia que estaba en la cárcel, y le gustaron mucho. «Aunque no conoces la carpintería de la poesía —me dijo—, están llenos de pasión, hay que sacarlos fuera».

Sin ninguna confianza en mí mismo, como quien lanza una botella al mar, fuimos enviando los poemas más allá de la cárcel. Un día me llegó un paquete. Dentro había un pequeño libro titulado *El prisionero y la paloma*. En la cubierta había un dibujo, la paloma de Picasso, y debajo el nombre de su autor: Marcos Ana. Ahí nació mi otra identidad, Marcos Ana, un nuevo nombre que viajaba más lejos que yo en aquellos años.

Se había ocupado de la edición Juan Rejano, un poeta y periodista español que vivía en México. Aquello me dejó sin palabras y me animó a seguir escribiendo. En España era muy difícil conseguir mis poemas, pero estos iban abriéndose camino en el mundo, abriéndome camino a mí,

al fin y al cabo. No me dejé arrastrar por la emoción de ser un poeta conocido, sino por la convicción de saber que teníamos un arma que llegaba de forma clara a mucha gente. Las ediciones y traducciones se fueron extendiendo por Europa y América Latina. Incluso mis versos se tradujeron al japonés. Soy consciente de que su peso poético era leve, pero ayudaron, a su manera, en la defensa de la libertad y de la vida de mis compañeros encarcelados.

Nuestra actitud positiva y apasionada, alimentada por las actividades subversivas que organizábamos, ganaba siempre la batalla a la furia con que nos trataban los guardianes. Para sacar mis poemas de la cárcel, utilizábamos varios métodos. Un guardián que era vecino de unos parientes me ayudó durante años, sobre todo los últimos. Pero, generalmente, eran los propios compañeros los que se llevaban mis poemas. Cuando me enteraba de que alguno iba a salir en libertad, le hacía memorizar los versos. Me ha sucedido que, ya fuera de la cárcel, encontraba mis poemas con algún verso cambiado, como un parche. Imagino que los compañeros, con la emoción de los reencuentros y el aire libre, olvidaban algunos versos y ellos mismos los remendaban. Así, el valor colectivo de mi palabra fue llegando a muchos lugares. Poco a poco me fui atreviendo a enviar mis versos a nombres conocidos de la literatura: Rafael Alberti, Leopoldo de Luis, Gabriel Celaya, Félix Grande..., y ellos extendieron mi nombre por el mundo.

En aquel clima nació una actividad que fue muy importante para todos. Decidimos crear una tertulia de arte y literatura, *La Aldaba*, a la que antes me he referido. En ella participábamos presos de diferente ideología cuyo interés común era el arte. Pintores, ilustradores, poetas..., en *La Aldaba* cabíamos todos. Fue importante la participación

de gente preparada, como el citado José Luis Gallego, Manuel de la Escalera, Montero, Miguel Vázquez, etc.; ellos enriquecían con su conocimiento aquellos encuentros. En esa época entré en contacto también con el pintor Ciriaco Párraga, un reconocido artista que me retrató al óleo y que protagonizaría una emocionante anécdota. Cuando le dieron la libertad, no le dejaron llevarse el retrato consigo. Él se negó a salir de la cárcel sin el cuadro. Finalmente, envió una carta a la Dirección General de Prisiones y llegó la autorización de Madrid. Así, Párraga consiguió llevarse mi retrato, un cuadro que ha sido numerosas veces reproducido en homenajes y libros.

Como respuesta a uno de mis envíos recibí un paquete de mis admirados Rafael Alberti y María Teresa León, su esposa, una mujer impresionante que ha pasado a la historia por ser la mujer del poeta y no por la gran calidad literaria de su obra, cosa que a ella poco le importaba. Así recibimos la obra de Alberti *Canciones de Paraná*; *Juego limpio*, de María Teresa León, y el *Canto general*, de Pablo Neruda, al que ya me he referido en varias ocasiones. Es decir, una inmensa dosis de poesía para alimentar nuestras reuniones.

Ya antes de *Sino sangriento*, aquel homenaje a Miguel Hernández, habíamos hecho algunas representaciones. Por ejemplo, de forma sencilla, dramatizamos *Flor nueva de romances viejos*, de Menéndez Pidal, obra que estaba autorizada en la prisión. Don Leopoldo, que era el maestro oficial de la cárcel, supervisó los ensayos y dio el visto bueno. Pero aquella sesión tendría un final extraño. El director de la cárcel, orgulloso por mostrar la actividad cultural intramuros, había invitado al gobernador de Burgos a presenciar la representación. Unos días después, don Leopoldo nos dijo que se suspendían las actividades

teatrales. La razón era la siguiente: a ambos lados del escenario habíamos puesto unas máscaras, los símbolos del drama y de la comedia. Sin darnos cuenta, el drama estaba a la derecha, como el régimen franquista. «En su trama, los comunistas introducen claves y mensajes», razonaron las autoridades.

Durante todos aquellos años crecía en mí el convencimiento de que aquella actividad cultural en general y mi creación poética en particular tenían un fin. Yo no debía aislarme, tenía que escribir por la amnistía de los presos. De modo que seguí cumpliendo mis obligaciones con el partido y participando en todas las actividades de reivindicación mientras continuaba escribiendo. Mi poesía debía nutrirse de ejemplos, del dolor y la esperanza de los demás, para tratar así de inquietar el alma de los lejanos lectores que recibían mis poemas. Algunos años después pude comprobar que aquellos versos escritos en la más absoluta soledad habían llegado a tocar el corazón de miles de personas de muchos lugares del mundo. Habían logrado conmover a la comunidad internacional.

La poesía había saltado muros y cerrojos y, entre otras cosas, me ayudó a recordar la vida, muchas sensaciones y sentimientos, todo aquello tan elemental y que los años habían ido sepultando bajo la piedra del inexorable paso del tiempo.

*Decidme cómo es un árbol,
contadme el canto de un río
cuando se cubre de pájaros,
habladme del mar,
habladme del olor ancho del campo
de las estrellas, del aire*

*recítame un horizonte sin cerradura
y sin llave como la choza de un pobre
decidme como es el beso de una mujer
dadme el nombre del amor
no lo recuerdo.
Aún las noches se perfuman de enamorados
que tiemblan de pasión bajo la luna
o solo queda esta fosa?
la luz de una cerradura
y la canción de mi rosa
22 años, ya olvidé
la dimensión de las cosas
su olor, su aroma
escribo a tientas el mar,
el campo, el bosque, digo bosque
y he perdido la geometría del árbol.
Hablo por hablar asuntos
que los años me olvidaron,
no puedo seguir
escucho los pasos del funcionario.*

Para nosotros, Miguel Hernández era un símbolo de la lucha antifranquista. Aquel homenaje insólito, *Sino sangriento*, fue nuestra forma de mostrar, aunque solo nosotros estuviéramos presentes, la importancia y el ejemplo de aquel poeta y guerrillero. Miguel sigue vivo para todos. Los que quisieron matarle le multiplicaron. Siempre fue una referencia de dignidad. Los presos políticos que dejamos nuestra vida en aquellos patios nos sentíamos cerca de su figura; él fue preso, como nosotros. Con él anduve, siempre dando vueltas, en el patio de la cárcel de Conde de Toreno. Me lo presentó un comisario político. Y nos dimos un abrazo, como dos jóvenes que comparten unas ideas, las de la lucha antifascista. Él fue condenado en

Consejo de Guerra el 18 de enero de 1940:

El procesado Miguel Hernández es condenado a muerte. Hechos probados: Que el procesado Miguel Hernández de antecedentes izquierdistas se incorporó voluntariamente en los primeros días del Alzamiento Nacional al 5º Regimiento de Milicias pasando más tarde al Comisariado Político de la 1ª Brigada de choque e interviniendo entre otros hechos en la acción contra el Santuario de Santa María de la Cabeza. Dedicado a actividades literarias, era miembro activo de la alianza de intelectuales antifranquistas habiendo publicado numerosas poesías y crónicas, y folletos de propaganda revolucionaria y de excitación contra las personas de orden y contra el Movimiento Nacional, haciéndose pasar por el Poeta de la Revolución.

Como recitó Rafael Alberti, estos versos me parecen perfectos para Miguel:

*Me hirieron,
me golpearon,
hasta me dieron la muerte,
pero jamás me doblaron.*

A Miguel se le ofrecieron muchas cosas para salir de la cárcel, pero renunció a todo porque era una persona leal a sus ideas.

Desde hace un tiempo se viene pidiendo la anulación de la pena de muerte de Miguel Hernández, la conmutación de aquella terrible condena que nos robó a uno de los mejores poetas de nuestro país. Se buscan circunstancias que anulen su injusta sentencia. Yo clamo también por esa anulación, por la suya y por la de todos los condenados a muerte, pero no me gustaría que esos esfuerzos por borrar

la pena tuviesen como pago la renuncia a lo que Miguel fue. No pueden separarse de él su condición política y su férrea militancia comunista, porque él nunca lo hizo; no se le puede despojar de todo aquello en lo que creyó y por lo que antepuso lo más valioso que tenía: su propia vida.

Así le escribimos los presos:

*¿Nos oyes, Miguel?
Abre tu oído de hierba,
escucha de esta tierra
donde habita tu corazón insaciable.*

*Aquí estamos,
en el centro mismo del terror,
en una cárcel de España,
rindiéndote un homenaje
a voz ahogada.
Desenterrando tu bandera,
repartiéndonos tu pan,
rojo en tu palabra.*

*Míranos, Miguel, mira estos hombres
unidos en tu cincuenta aniversario.
Llevan en sus rostros sepultados
montes de sombra y de dolor.
Sangran por veinte heridas.
Mira en sus ojos hay un sueño de libertad
y una bandera de amor en sus labios.
Ya ves, Miguel, España aún sigue hoy rota
y tu nombre proscrito
porque han querido borrar hasta tu sombra (...)*

Todos los tiranos juntos no pesan lo que una palabra suya.

Por eso él sigue vivo y sigue caminando a nuestro lado. Nos hace ser coherentes. Miguel fue único. Fue un poeta-soldado. Estaba al pie de la trinchera. Él tiene el libro más impactante cercano al pueblo y a la lucha: *Vientos del pueblo*. Él escribía en la calle y peregrinó con el ejército. Eso le diferencia, aunque no reste mérito literario a los demás. Unió la lira y el fusil y combatió como uno más. Era el mejor representante de nuestra generación en la poesía comprometida con los ideales de nuestro tiempo.

Su principal herencia ha sido su excepcionalidad como escritor comprometido. Pudo estar en la Residencia de Estudiantes, pudo estar en la Asociación de Escritores, pudo tenerlo todo porque tenía contactos, pero lo rechazó por mantenerse fiel. Los versos que Miguel escribió en la cárcel, los del *Cancionero y romancero de ausencias*, en los que se relatan el hambre de su hijo y las penalidades por las que pasaba su familia, mostraban, como si le hubieran sido inspirados a él por un don natural, la misma situación de tantos de nosotros. Sus versos fueron nuestros, vuestros, y serán siempre de todos. Así es la poesía.

Nuestro homenaje, *Sino sangriento*, se subtítulo *Homenaje a voz ahogada a Miguel Hernández*. Nuestra voz estaba ahogada; no podíamos elevarla porque alertaría a los guardias, pero, sobre todo, estaba ahogada por la emoción de ver cómo a nuestro público, a los presos, se les encogía el corazón al escuchar aquellos hermosos poemas. ¿Cómo pudo permitirse que muriera un ser humano así?

Hace poco leía a Martin Luther King. *Si supiera que se va acabar el mundo hoy —decía— plantaría un árbol*.

Si supiéramos que la vida va a terminar mañana, seguiríamos luchando por lo que luchó Miguel, por un mundo más justo y más humano. Mucho hemos perdido, pero en

el fondo lo hemos ganado todo.

Miguel es eterno. Y ya no podrán matarle nunca más.

Una de las primeras cosas que hice al salir de la cárcel fue ir al cine. Vi la película *Espartaco*, del director Stanley Kubrick, protagonizada por Kirk Douglas. En una de sus escenas finales, Roma anuncia a los prisioneros esclavos que les perdonará la vida si identifican a Espartaco y le entregan. Si no, serán crucificados. Entonces, él se levanta y grita: «¡Yo soy Espartaco!». El resto de los esclavos, de forma espontánea y en un grito creciente, se van levantando y proclaman uno a uno: «¡Yo soy Espartaco!», hasta que todos están de pie. Cuando vi aquella escena, un nudo de emoción me subió a la garganta y rompí a llorar. Me recordó a tantos sacrificios que los compañeros, desinteresadamente, hicimos en prisión, unos por otros, todos por todos. Aquel film, facturado en Estados Unidos en 1960, que hablaba de una época lejana a nosotros, de otra cultura, logró conmover lo más profundo de mí. Aquella lealtad que llevó hasta la muerte a los seguidores de Espartaco era exactamente el mismo principio que nos movió a todos nosotros en la prisión.

Es la magia del arte, que es capaz de transmitir directamente un valor, un principio básico, elemental, que apela directamente al sentimiento. Por eso yo nunca he dejado de leer, de ver películas, de buscar, de interesarme por todo lo que me rodea.

Algunos años más tarde, en uno de mis viajes por América Latina, pude comprobar la fuerza con la que aquellos poemas míos habían llegado a otras partes del mundo. Cuando llegué a Brasil —más adelante tendré ocasión de detenerme en este episodio—, me sorprendió la cantidad de gente que me esperaba en el aeropuerto para darme la

bienvenida. No podía comprender que mi poesía hubiera llegado tan lejos. Para ello fue muy importante la ayuda no solo del partido, sino de muchos hombres y mujeres que participaron en su difusión. Pero lo que tocaba el corazón de tantas personas era su contenido, ya que en aquellos versos yo siempre traté de contar nuestra vida, es decir, la de todos aquellos que sufríamos en la oscuridad en un país tomado. Por eso creo que se recibieron tan bien. La literatura habla de sentimientos universales. Y ya no solamente se trataba de los presos políticos españoles durante el franquismo, sino de todos aquellos que habían sido privados de su libertad en cualquier parte del mundo.

LIBERTAD Y VIDA

*Que salga el preso, que beba
la luz y el aire su herida.*

Vivo en Madrid. Me gusta salir a la calle, pasear todos los días, visitar el Retiro en buena compañía, disfrutar bajo mi sombrero de paja de la luz del sol, de un mosto en los bares de mi calle, conversar con los vecinos, disfrutar de lo más básico de mi vida diaria. Me gusta abrir las ventanas para ver el trasiego de la avenida, las puertas a los amigos, a los desconocidos que quieren charlar, a todos aquellos que quieran visitarme o conocer mi historia y la de tantos otros. *Mi casa siempre abierta.* Intento mantenerme muy activo. A veces, a mis noventa y tres años, voy a un gimnasio que hay debajo de mi casa. Salgo a caminar sin rumbo fijo cada mediodía durante más de una hora. Respondo los correos electrónicos que me envían, asisto a todos actos a los que se me invita, viajo en la medida que puedo. Desde que salí de la cárcel, he tratado de vivir cada día al máximo, tal vez en un intento de recuperar aquellos años que me robaron.

Cuando obtuve mi anhelada libertad, algo tan normal como ir al campo, que tan deseoso estaba de ver, me producía un verdadero vértigo. No podía soportar un horizonte lejano, acostumbrados como estaban mis ojos a la verticalidad y a las distancias cortas. La inmensidad me revolvió el estómago y me producía vómitos. Estudios médicos confirman que el preso, tras más de tres años de cautiverio, empieza a experimentar algunas transformaciones, no solo psíquicas, sino también físicas. Después de veintitrés años, a mi cuerpo le costó mucho adaptarse a la sensación de libertad. Se producen cambios en la visión, en los límites de los espacios, en los oídos, en los músculos. Se sufren dolores de cabeza y fuertes mareos; los nervios visuales han perdido muchas de sus facultades.

¿Cómo podía ser tan dura la libertad, cuando era lo que más deseaba? Un niño nace y se adapta a la vida de forma natural, pero estaba naciendo a los cuarenta y tres años en un extraño planeta, completamente nuevo para mí. Creo que fue el proceso más difícil que he tenido que superar en mi vida. Cosas como tocar la cabeza de un niño, pisar la hierba, mirar las estrellas sin miedo, estar con una mujer, me dejaban noqueado. Solamente estaba tranquilo en mitad de las calles, rodeado de edificios, o en el interior de una habitación.

El 17 de noviembre de 1961 salí en libertad. No recuerdo si hacía mucho frío. Tan solo quería disfrutar de que ya no estaba encerrado. Era un feliz inadaptado. Una nueva vida me estaba esperando. Entonces yo no era consciente de que la dirección del Partido Comunista tenía preparado un futuro para Marcos Ana fuera de España, donde consideraron que sería más útil.

—Prepárese para salir en libertad; después de comer, cuando se arreglen los papeles, podrá usted marcharse —me dijo el director de la prisión.

Franco había anunciado la libertad para todos los presos políticos que llevaran más de veinte años en la cárcel. Fue una especie de brindis al sol, pues del penal de Burgos, de los cuatrocientos sesenta y cinco presos que había entonces, solamente yo cumplía el requisito. Aquello fue el éxito de la generosa campaña mundial de Amnistía Internacional, entonces recién nacida.

Antes de salir, avisé a mi familia y me reuní con algunos compañeros para enviar el mensaje de mi libertad. Desde París, el aparato del partido se pondría en marcha para sacarme fuera de España.

Mi segunda madre, que es mi hermana mayor, Margarita, me esperaba fuera con el tío José y un pariente que tenía un taxi y que nos llevaría a Madrid. Nos abrazamos con fuerza; mi hermana no paraba de besarme, de tocarme, como si aquello fuera un milagro. Realmente lo era: había superado miles de noches y de sacas, frío, hambre, torturas. Y allí estaba, de pie, para salir a mi vida. Miré una última vez hacia atrás y, aunque el penal desde fuera no parecía tan siniestro, mis ojos adivinaban los recovecos donde quedaban mis compañeros y en los que se hacinaría el miedo, todavía durante varios años.

Margarita quería ir a Burgos a ver a algunos familiares, pero yo quise alejarme de allí enseguida, aunque la cárcel me seguiría aún como mi propia sombra. Entonces comencé a padecer los primeros episodios de inadaptación. A los pocos kilómetros tuvimos que parar. Estaba deslumbrado por la luz exterior y las emociones vividas: la

despedida de los compañeros, el reencuentro, aquel mundo que pasaba por la ventanilla del coche. Comencé a sentirme mejor al atardecer. Por la noche me instalé en la casa de mi hermana en Alcalá de Henares. Charlamos hasta altas horas de la madrugada. No recuerdo si dormí bien, pero seguro que soñé con la cárcel. Las galerías de aquellas prisiones surgen todavía hoy en mi sueños más profundos, como una pesadilla.

Mi liberación tuvo una fuerte repercusión internacional. El Ministerio de Información y Turismo, dirigido entonces por Manuel Fraga, publicó un folleto: *Marcos Ana, asesino*. En él se recordaban las acusaciones de asesinato por las que me habían condenado a muerte. Aunque ya no hay por qué, quiero decir una vez más que nada de aquello era cierto, pues si hubiera sido así me habrían fusilado muchos años atrás y nunca me habría salvado de morir en el paredón del cementerio. Este libelo llegó a las embajadas de los países que visité durante los últimos quince años del franquismo.

Sin embargo, a pesar de su enorme difusión, su rencor chocaba de frente con mi mensaje solidario. Se tradujo a todos los idiomas y sus calumnias me perseguían. Solamente la prensa más reaccionaria sigue tomando en serio aquella sarta de mentiras. Los presos políticos españoles, con remite desde la prisión de Burgos, indignados por las infamias, enviaron una carta a la opinión pública de todo el mundo.

Hasta nuestras prisiones han llegado los ecos de la campaña de insidias y los turbios manejos con los que la camarilla franquista ha tratado de enfangar la personalidad de nuestro antiguo compañero de prisión, el poeta Marcos Ana.

Con esta sucia maniobra pretende la dictadura destruir la realidad viva y testimonial de este hombre, víctima de la represión despótica y que ha pasado casi toda su vida en las cárceles; junto a tantos otros que aún permanecemos en ellas.(...)

Un tiempo después, y ya en París, en un encuentro con una asociación de mujeres, me preguntaron:

—¿Qué es lo que más le sorprendió cuando salió en libertad?

Y, sin dudar un instante, respondí:

—Las mujeres y los automóviles son las cosas que veo con las líneas más cambiadas.

Entonces, una señora mayor que había entre el público, no tardó en avisarme:

—Pues tenga cuidado, porque esas son las dos cosas que le pueden atropellar.

Y cuánta razón tenía.

Hace un par de años conocí al director de cine manchego Pedro Almodóvar. Después de leer mis memorias, *Decidme cómo es un árbol*, había reparado en una de las historias que allí se cuentan. Despertó su interés y nos reunimos algunas veces para comentarla. Aquel hombre traía consigo mi libro, trabajado hasta la última línea. Quién sabe si algún día veré en pantalla grande la historia que voy a contar a continuación.

Como digo, salí de la cárcel virgen y mártir. Había entrado con diecinueve años y sin conocer a una sola mujer de forma íntima. A veces las miraba embobado cuando caminaban por la calle y las seguía durante un ratito. Para mí

eran algo completamente nuevo. Hay una mujer, Isabel, que me ayudó mucho en este trance. Un día, paseando por la calle, me encontré con José Luis, el hijo de los dueños de la tienda donde había trabajado de dependiente hasta que empezó la guerra. Se mostró muy contento de verme. Me llevó a tomar algo y, después, me invitó a visitar un cabaret. Al principio me pareció que aquello no era muy moral. Pero la excitación que me produjo la invitación ganó la partida. En el cabaret había mujeres bailando con muy poca ropa, iban de acá para allá, charlando con otros hombres. Mi amigo me avisó entonces de que tenía que marcharse, pues llegaba tarde a una cena que había organizado en su casa. Se alejó un instante de mí y regresó con una mujer muy joven y atractiva. Le dio un sobre con dinero y le dijo: «Esto es para que pases la noche con mi amigo». Yo estaba un poco bloqueado ante la presencia de aquella hermosa mujer que me invitaba a que fuésemos a un hotel. Entonces, aterrorizado, le dije que prefería pasear un poco, ir despacio, y no me quedó otra que contar la verdad: aquella era mi primera vez. Ella, conmovida, me tomó de la mano y salimos a pasear. Me invitó a cenar en un lugar de la Plaza de España y me escuchó como quien atiende a un niño contar sus miedos. Fue muy cariñosa. Finalmente fuimos a un hotel del centro, creo recordar que en la calle Echegaray. Volví a avisarle, lleno de inseguridad:

—No sé qué hacer ahora.

Y ella, acariciándome, me dijo:

—No te preocupes, que tú no tienes que hacer nada.

Pasamos la noche juntos. A la mañana siguiente ella trajo chocolate con churros para desayunar. Me dejó en la chaqueta el sobre con el dinero y una nota: «Para que

vuelvas esta noche». Estuve pensándolo todo el día. Deseaba que pasasen las horas, pero finalmente no fui. No quería romper la magia de aquella primera noche juntos. Al día siguiente, caminando por la calle, pasé por delante de una floristería y entré. Gasté las quinientas pesetas que había en el sobre en un enorme ramo de flores. Fui al hotel y le dejé el ramo junto con una nota: «Para Isabel, mi primer amor».

Aunque su cariñoso recuerdo me visita con frecuencia, nunca volvimos a vernos.

Todos los días, a una determinada hora, tenía que estar en casa para recibir una llamada del aparato del partido, que trabajaba para sacarme de España. Una mañana, un hombre de rostro amable vino a buscarme. Intercambiamos una consigna y me hizo saber que una pareja joven me esperaba en un coche en la calle. Emprendimos el viaje, que transcurrió tranquilo. Al llegar a la frontera, en Irún, nos desviamos de la carretera unos kilómetros, me entregaron un pasaporte falso y me aleccionaron sobre las posibles preguntas que podrían hacerme los agentes. Intentaron enseñarme a pronunciar el nombre francés que aparecía en el pasaporte, pero no podía decirlo con naturalidad, no se me dan bien los idiomas. Así que la mujer me puso una bufanda y me dijo que me hiciera el enfermo.

—No hay necesidad de que hables.

Muy tranquila, cuando llegamos a la frontera entregó los pasaportes y dijo al agente de aduanas:

—Tenemos prisa, mi marido está muy enfermo.

Así crucé la frontera española y entré en Francia, mi futuro hogar en el exilio hasta la llegada de la democracia española. Entonces, por primera vez, me sentí liberado. Se

disipó el miedo. Podía hablar, moverme y salir y entrar sin reparar en que alguien estuviese al acecho. Era una sensación nueva. Paré a dormir con la joven pareja en un hotel cuando ya nos habíamos alejado lo suficiente de España. Tiempo después descubrí que aquella aguerrida mujer se llamaba Lolita, Dolores Sánchez. Y el chófer era su marido.

En París, formalmente documentado como refugiado político, empezó una vorágine. Mi vida pública marcaría el rumbo de los años venideros.

Mi acto de bienvenida a París tuvo lugar en la Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura). Me presentó el gran poeta Louis Aragon, acompañado de Michel Schuwer, secretario de la Conferencia de Europa Occidental por España. Acudieron muchos firmantes del llamamiento a favor de la amnistía. Revisando los recortes de periódico que conservo de entonces, he descubierto que allí estaban también Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Juliette Gréco y Maurice Thorez, entre otros muchos. Sinceramente conmovido y nervioso, pronuncié unas palabras de gratitud y leí un poema para finalizar, *Pequeña carta al mundo*. Así empieza:

*Tengo el alma desgarrada
de tirar, pero no puedo
arrancarme estos cerrojos
que me atraviesan el pecho.
Siete mil doscientas veces
la luna cruza mi cielo
y otras tantas, la dorada
libertad cruza mi sueño.
El Sol me hace crecer flores,*

*¿para qué si estéril veo
que entre los muros mi sangre
se me deshoja en silencio?*

Unos días después de aquella cálida bienvenida, la Conferencia de Europa Occidental por España convocó una reunión, que se celebró en el Ayuntamiento de París. Allí conocí a los responsables del trabajo solidario en cada país de Europa. Todos me invitaron a visitar su tierra. Me sentía abrumado, pero a la vez un horizonte inmenso se abría ante mí para llevar el mensaje de los compañeros encarcelados. Era feliz.

Enseguida el Partido Comunista se puso en contacto conmigo, alertado de mi llegada a París. Antonio Mije, dirigente histórico del PCE, me invitó a una reunión en la que conocí a algunos camaradas que formaban parte de la dirección. Entre ellos estaba Santiago Carrillo, a quien vería innumerables veces, ya que la conexión entre los dos fue inmediata. Aunque vivía en la clandestinidad y ni los propios compañeros conocían su dirección, en una ocasión me invitó a visitar su casa, donde pude saludar a su mujer, Carmen, y a sus hijos.

Les expuse que yo no quería limitar mi trabajo al marco del partido, sino abrir camino para la solidaridad. El Socorro Popular Francés, que había luchado por mi libertad, me cedió un despacho en su sede. Y así empecé a trabajar. Desde allí planifiqué mis actividades y mis viajes. Muchos camaradas, desde rincones del mundo muy lejanos, me enviaban cartas de apoyo. Desgraciadamente, he perdido con el paso de los años una carta que conservaba con mucho cariño, en papel muy fino y tinta verde, que desde Santiago de Chile me envió mi querido Pablo Neruda.

Transcribo aquí un fragmento:

Quiero enviarte, Marcos Ana, algunas palabras, y qué poca cosa son, qué débiles las siento cuando se enfrentan a tu largo cautiverio. ¡Qué poca y pequeña luz para la sombra de España!

Desde aquellos días en que perdimos —los pueblos y los poetas— la guerra, perdimos también todos gran parte de la poesía y muchos perdieron la vida o la libertad.

Así se me murieron muchos poetas y sufrimos también nosotros tormento y muerte. (...)

Tú eres el rostro que esperábamos, resurrecto, resplandeciente, como si en ti volvieran a vivir luchando los que cayeron.

Te recibimos en la ardiente poesía militante que seguirá peleando porque no solo tiene sílabas sino sangre. Te abrazamos con infinita ternura y con la viva fraternidad de quienes siempre te esperaron.

Pablo Neruda.

Este abrazo transoceánico elevó mi entusiasmo. Quería partir cuanto antes hacia América Latina. En el cono sur del continente, la solidaridad con la amnistía de los presos había sido muy intensa. Pero como he dicho, ya me había comprometido a hacer otros viajes por Europa. Durante los años 1962 y 1963 apenas paré un segundo; me pasaba la vida de avión en avión, cruzando el cielo.

En mitad de aquella incesante actividad seguía intentando adaptarme a la vida, con sus momentos extraños y traumáticos. Esta difícil puesta en marcha fue especialmente complicada con las mujeres, cuya presencia seguía re-

moviendo mis complejos e inseguridades más profundas. La cultura masculina de la época poco me ayudaba a solventar mis dudas y bloqueos. Bravucones y llenos de mofa, al oír mi historia, los hombres lo único que hacían era ensalzar sus hazañas y conquistas, y aquello me hacía aún más inexperto y pequeño a su lado. Puede parecer una tontería, pero para mí no lo fue. Yo era entonces un torpe sentimental que con cuarenta y tres años no sabía desenvolverse bien con las mujeres. Mi aprendizaje tuvo lugar a fuerza de anécdotas.

En uno de mis viajes a Suecia pasé tres días en Gotemburgo, invitado por la universidad. Allí conocí a la que sería mi traductora durante el viaje, Elsa, una muchacha inteligente y agradable cuya cercanía me perturbaba. Al terminar el último coloquio le propuse pasar un rato conversando. Ella se extrañó al principio, ya que yo había forzado mi frialdad para que no notase que me sentía atraído por ella.

Estaba separada y se marchó para dejar a su pequeño hijo con la abuela. Cuando volvió a buscarme una hora después, primero fuimos a tomar un café en la Plaza de España y, después, me llevó al parque de Liseberg, uno de los más hermosos de Suecia y de toda Escandinavia. Estuvimos paseando y de vez en cuando nos sentábamos en algún banco a charlar. Cada vez nos sentíamos más cerca. Ella percibió mi tensión y me tomó las manos. Poco a poco se fue aproximando a mí hasta que al final nos besamos.

Recogimos el coche y cruzamos la ciudad. Pasamos por delante de mi hotel, pero Elsa siguió conduciendo.

—Elsa, ¡el hotel está ahí!

—Ya lo sé. Quiero invitarte a un té y que conozcas mi

casa.

La tensión se me bajó a los pies. Me desplomé, todo el encanto del parque había quedado atrás y ahora tenía que enfrentarme a lo que había ido postergando: estar frente a frente con una mujer de forma natural. En ese momento me habría tirado del coche en marcha.

Al llegar a su casa, me preparó un té. Puso música y me obligó a sentarme en su sofá. Me vio mareado y nervioso y me ayudó a ponerme cómodo. Allí tendido, yo debía de tener muy mal aspecto. Elsa me miraba sorprendida ante mi repliegue. Entonces me tendió la mano y me llevó a su alcoba. Me dejó arrastrar. Fui incapaz de desabrochar su blusa de seda, pues mis dedos torpes no atinaban con los botones. Ya desnudos, yo seguía sin poder reaccionar. De nuevo fue ella la que vino en mi ayuda y me tumbó en la cama. Me acarició y se tumbó a mi lado. Poco después ella dormía y yo permanecía desvelado dando vueltas a la triste situación. Me acerqué todo lo que pude a su cuerpo, piel con piel, para sentir su calor. Ella interpretó lo que pasaba y se despertó. En ese instante, yo volví a caer abatido, avergonzado, aterrorizado. Elsa me dijo que durmiera. Al día siguiente, cuando nos despertarnos, me llevó al aeropuerto y yo tomé mi avión de vuelta a París.

Unos días más tarde recibí una carta suya: «Marcos, he conocido lo imposible y no puedo olvidarte». Me decía que aquella noche juntos fue la más tierna que había pasado en toda su vida. Al recordarlo, me sobrecogía un ridículo espantoso, sentía vergüenza, enrojecía.

Elsa y yo volvimos a encontrarnos y las cosas fueron diferentes. Sin embargo, lo que aprendí aquella noche es que no tenía que esconderme. Así, cuando tuve que enfrentarme después a situaciones semejantes, lo primero que

hacía era contar mi historia con total honestidad, algo que me daba seguridad a mí, y a la relación una especial ternura.

Las consecuencias de mi encarcelamiento seguían mostrándose hasta en las partes más íntimas de mi vida. Yo era una persona que debía superar sus carencias sentimentales.

Todos sabemos quiénes son las personas que han sido realmente importantes en nuestras vidas. Para mí, la que sería mi compañera, la madre de mi hijo, fue un regalo que me hizo la vida y a quien le puso su mismo nombre. Conocí a Vida Sender en casa de unos amigos de París, una especie de «club» de exiliados. Yo salí de la cárcel deseando conquistar la vida y, al conocerla, el flechazo fue total. Además de una militante muy activa de la JSU, Vida se había dedicado a pasar presos por la frontera. Era hija de anarquistas y con ellos se había exiliado a París, donde hoy sigue viviendo.

Vida era —y es— una mujer muy atractiva y una gran persona. Al poco tiempo de conocernos decidimos vivir juntos. Ella era divorciada y tenía dos hijos a los que yo quería como si fueran míos, Manuel y Rubén. Después nació mi hijo Marcos. Solamente habían pasado dos años desde que salí de la cárcel y ya tenía una familia numerosa. Cuando me preguntan por mi hijo siempre digo lo mismo: «Es lo mejor que me ha dado la Vida».

En la cárcel, en dos o tres ocasiones al año, coincidiendo con alguna festividad, los niños podían entrar para ver a sus padres. Veía a mis compañeros abrazarlos con fuerza, aquella infantil alegría llenaba cada oscuro rincón de la prisión. Cuando se marchaban, los padres se quedaban muy tristes y yo, en mi soledad más íntima, pensaba con

incertidumbre en una futura paternidad.

Guardo muchos recuerdos de mi hijo en aquellos años: sus primeros pasos, sus primeras palabras, nuestro primer viaje. Ahora vivimos juntos, tiene cuarenta y nueve años y sigo disfrutando de él y con él.

Vida y yo nos separamos. En parte porque yo no supe asumir la estabilidad que implica tener una pareja. Seguimos respetándonos, como siempre, y nuestra amistad se ha mantenido intacta a través del tiempo. Tanto es así que muchas veces viene a Madrid y vivimos algún tiempo juntos en mi casa con nuestro hijo Marcos.

Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que soy un hombre muy romántico, tal vez debido a las fantasías que alimentaban mi imaginación durante los años de cárcel y que luego traté de vivir en libertad. Pero lo cierto es que he tenido una relación muy especial con las mujeres. He conocido a muchas y siempre he aprendido de su ternura y su inteligencia. La vida me hizo aprender, como siempre, a fuerza de encontrármela de frente, inesperada. Todas las anécdotas de aquellos años de adaptación a la libertad, la gente a la que conocí y las mujeres que me tendieron la mano fueron muy importantes para aquel recién nacido llamado Marcos Ana. En las mujeres he encontrado a compañeras fuertes que, además, poseían una enorme capacidad de empatía, una sensibilidad muy diferente a la de los hombres de entonces.

Para mí, el amor es fundamental en la vida. Aún me sigo enamorando a día de hoy. Creo que es la aventura más apasionante que puede vivir un ser humano. El amor me mantiene joven; es un sentimiento que me rejuvenece y que saca de mí al niño que llevo dentro.

Creo firmemente en la igualdad entre mujeres y hombres.

El socialismo así lo afirma. Durante la República, las mujeres habían alcanzado un lugar social igualitario. La Constitución republicana era muy avanzada. En 1931 se logró la igualdad en el matrimonio. También se aprobó el sufragio femenino, gracias a la participación de las abogadas Clara Campoamor y Victoria Kent, que era, además, directora general de Prisiones. De ese modo las mujeres accedieron a la ciudadanía política y pudieron votar en 1933. El franquismo rompió todos aquellos avances. Me entristece ver que todavía, tantos años después, las mujeres siguen estando desprotegidas, que cobran menos que los hombres, que el Estado pretende seguir interviniendo en sus vidas y en sus decisiones. Pero son fuertes y seguirán peleando.

Poco a poco, tras la libertad, me fui convirtiendo en un hombre normal, es decir, logré adaptarme a la vida. Pero nunca dejé de pensar en los presos que continuaban en las cárceles. En lugar de encontrar refugio en la familia y desquitarme con ellos del tiempo perdido, mi decisión fue ponerme en marcha: llamé a las puertas de todo el mundo llevando el mensaje de aquellos que había dejado atrás. Nunca me sentiré libre si hay un hermano prisionero. Ni entonces, ni ahora. Por eso he seguido viajando a aquellos lugares donde no hay libertad: al Sáhara, a Palestina, siempre bajo la bandera de la solidaridad, para conocer la situación de otros pueblos. Mi experiencia me ha hecho ser muy sensible a cualquier tipo de injusticia, pero no es necesario pasar por la cárcel para sentir que todos formamos parte de lo mismo y que la justicia debe repartirse tanto aquí como en cualquier lugar del mundo.

Vivo en una casa que me preparó mi buen y generoso amigo Teodulfo Lagunero, en un barrio burgués del centro de Madrid. Los vecinos, que ya me conocen, o los cama-

teros de los bares que hay en mi calle me dicen: «Ojalá todos los comunistas fueran como usted». Porque les he contado mi vida y es difícil no estar de acuerdo con unas ideas que solamente persiguen libertad y justicia para todos. El ser humano lleva dentro una bondad que debe encontrar respuesta en los demás.

Me gusta reflexionar acerca de la libertad que tenemos. ¿Es completa? Es cierto que la mayoría somos unos afortunados que podemos vivir en libertad, y la represión es mucho menor. Pero no es como lo imaginaba. Seguimos teniendo un Estado reaccionario que impone sus ideas al pueblo, que pretende invadir terrenos que pertenecen a nuestra vida privada. Para ejercer nuestra libertad, debemos estar preparados para defenderla como nuestro bien máspreciado. Lo que nos ata hoy no son cerrojos ni altos muros, son ataduras invisibles las que nos impiden ser libres. El sistema nos mantiene presos de sus cadenas.

Nunca he deseado volver a ser joven para poder disfrutar de una vida diferente. Pienso que lo importante es mantener la juventud de tus ideas. Ese es el arte. Vivo intentando conocer cuáles son las necesidades de mi pueblo en este momento. Esa es mi libertad. Esa es mi manera de ser feliz: compartir con los demás, así en el amor como en la guerra.

MI CORAZÓN ES UNA PLAZA ROJA

*... mi corazón, en Burgos o en Moscú,
no cambia su canción.*

*El 8 de noviembre de 1936 llegaron a Madrid varias columnas de brigadistas. Acampados en el céntrico Paseo de Recoletos, esperaban entrar en combate al día siguiente. Un grupo de la Delegación de Intelectuales se acercó a ellos para saludarles y agradecerles su compromiso. Contaba el poeta Rafael Alberti que un joven de pelo rubio y ojos azules, sentado en el suelo, alargó su brazo, le tiró del pantalón y le preguntó:
—Oiga, señor, ¿esta ciudad es bonita?*

Esta pequeña anécdota es la muestra de cómo un grupo de jóvenes estaba dispuesto a morir al día siguiente por defender los derechos de la democracia, para evitar que una ciudad que ni siquiera conocían cayera en las sucias garras del fascismo.

En las guerras, con tanto que lamentar, a veces hay luces de esperanza. En la Guerra Civil, un grupo de hombres y mujeres, desde todos los rincones del mundo, pero sobre

todo desde Europa, acudieron como voluntarios para defender la libertad del pueblo español. Al fin y al cabo, entendieron que era su propia libertad la que defendían. Los brigadistas, aquellas personas inolvidables, a muchas de las cuales he podido conocer después en persona y de las que, lamentablemente, cada vez quedan menos con vida, fueron un ejemplo claro de por qué allá donde haya una causa injusta todos debemos acudir. Un verdadero ejemplo de solidaridad europea.

La mayoría eran franceses, pero también alemanes y austriacos exiliados en París y Bruselas, italianos, británicos, estadounidenses, yugoslavos, canadienses, cubanos, argentinos. Había brigadistas de origen judío, quienes pronto iban a conocer la ira del fascismo y su locura. Más de quince mil hombres y mujeres de más de cincuenta nacionalidades comprendieron que Franco se había sublevado, había dado un golpe de Estado y se había enfrentado a una democracia elegida legalmente por los ciudadanos y ciudadanas españoles.

Cuando ahora reflexiono sobre los brigadistas, me admira su generoso gesto de venir a España, donde muchos perdieron la vida. Pero también me asombra que, después de tantos años y de tantas injusticias, sigan orgullosos de su pasado, de aquella aventura que emprendieron para mostrar una solidaridad desconocida. Esta es la Europa que yo amaba, la solidaria, la que nada tenía que ver con el fascismo y los totalitarismos que utilizaron durante la guerra nuestra tierra como campo de ensayo para sus armas en la guerra que estaba por venir. Los brigadistas eran ciudadanos y su respuesta fue mucho más allá que el vuelo de Junkers alemanes que segaron, entre tantas otras, la vida de mi padre.

¿Podría darse en Europa actualmente una respuesta solidaria de tal magnitud? No lo sé. El valor que nos movía entonces a todos, la globalización de la solidaridad, se han cambiado por la globalización de los mercados. La movilización por la defensa de la paz frente a los horrores de las guerras debería ser nuestra batalla permanente. ¿Europa está en paz? Vivimos dentro de una agresividad latente manejada desde unos pocos países. Vuelven a ser los explotadores y los explotados los que protagonizan la lucha.

Esta no es una Europa de los ciudadanos, sino la Europa del capital. ¿Quién tiene las riendas de Europa en sus manos? ¿La rica Alemania? ¿Es la Unión Europea una comunidad solidaria o su único fin es económico, la obtención del máximo beneficio? ¿Qué significa realmente la libre circulación del capital y de los trabajadores? ¿De qué sirve la moneda única?

A veces, cuando recuerdo el pasado y contemplo el presente, pienso qué fue de aquella extraña fuerza que, desde la prisión donde fueron escritos, acompañó a mis poemas y fue capaz de tocar el corazón de tantos europeos que después me recibieron con los brazos abiertos.

Está claro que Europa no atraviesa el mejor de sus momentos. Es cierto que el clima es de estabilidad en cuanto a que atrás quedaron aquellas horribles guerras que tantas vidas costaron, pero la incertidumbre producida por las fuerzas del capitalismo está abriendo las puertas del fascismo. No hay más que mirar lo que ha pasado en Grecia tras la crisis económica, donde el nacionalsocialismo ha entrado en el Parlamento.

Me gustaría volver a ver una Europa realmente unida, donde los ciudadanos podamos trabajar de forma solidaria, más allá de nuestras fronteras. Como dijo el poeta francés

Paul Eluard: «Hay que pasar del horizonte de uno al horizonte de todos».

Los numerosos viajes que realicé durante 1962 y 1963 me llevaron a reunirme con los diferentes comités europeos que trabajaban por la amnistía de los presos españoles. Me sorprendía su capacidad para comprender la situación que se estaba viviendo en España con la dictadura. Me encontraba con realidades que me eran familiares. En mi primera visita a Inglaterra, en mayo de 1962, tuvo lugar un encuentro multitudinario con los mineros de Gales, que me recibieron al grito de «¡Asturias!, ¡Asturias!». Fue un momento muy emotivo. Allí me regalaron un boletín en el que habían publicado, traducido al inglés, un poema que yo había escrito en la prisión de Burgos durante la huelga minera de 1957.

*Mineros del mundo, ¡alerta!
Del corazón de las minas
subid a la luz de España
porque Asturias está en huelga.
Asturias, siempre es Asturias
de los pies a la cabeza.
Jamás un tirano puso
de rodillas esta tierra.
Quisieron cegar con plomo
la mina de su firmeza,
castrar sus ingles oscuras,
dejar sus venas abiertas...*

De nuevo la poesía me abría las puertas y servía para conectar la situación de los mineros galeses con la de los mineros españoles. Me viene a la memoria ahora lo que ocurrió en Madrid hace aproximadamente un año, en julio

de 2012, cuando una marea negra de mineros llegó a la capital para defender los derechos de los trabajadores. Llegaron hasta el Ministerio de Industria, convocados por los sindicatos y precedidos por una columna de doscientos mineros procedentes de Asturias, Castilla y León, Castilla La Mancha, Andalucía y Aragón. En Madrid encontraron la solidaridad de muchas personas que se sumaron a su protesta. ¿Qué hizo el Gobierno por ellos? Atacarlos en las manifestaciones, tirando pelotas de goma y disparándoles. Se produjo la detención de muchos compañeros y multitud de heridos. ¿A qué nos recuerda todo esto? De nuevo fueron los ciudadanos los que mostraban solidaridad con los trabajadores y se enfrentaban a un Gobierno reaccionario.

Para un comunista convencido como yo, visitar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) era un sueño. Aterrizar en Moscú fue como llegar a la capital de la esperanza. No podría explicar lo que sentí al pisar por primera vez la Unión Soviética, el país de los soviets que tantas veces imaginé desde mi celda.

Me alojé en el hotel Ucrania. El primer día, durante mi tiempo libre, fui a la Plaza Roja, con las coloridas torres del Kremlin de fondo, el mausoleo de Lenin y la catedral de San Basilio. Estaba muy impresionado. Apenas dos años antes vivía encerrado en una prisión en Burgos. Y ahora estaba en la URSS.

Junto a la emoción de pisar aquella tierra, otro momento me llenó de un entusiasmo semejante: conocer a Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*. Al terminar una reunión con Enrique Lister, el histórico general republicano con el que charlé sobre el próximo Congreso que iba a tener lugar, este me dijo: «Mañana conocerás a Dolores Ibárruri». Sin

embargo, el encuentro se produjo antes. Esa tarde me llevaron a casa de La Pasionaria y ella misma me abrió la puerta. Era muy hermosa y muy alta. Creo que nunca me he acercado a nadie con más respeto. Dolores era para nosotros una mujer universal. Cuando nos torturaban en los sótanos, los verdugos muchas veces nos llamaban «hijos de la Pasionaria», escupiéndonos con rabia. Lo que para ellos era un insulto a nosotros nos llenaba de más fuerza y nos recordaba por qué teníamos que seguir vivos.

Aquella frase de Emiliano Zapata, pronunciada también por Ernesto Che Guevara, que en la voz de La Pasionaria se hizo fuerte y recorrió el mundo, «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», era nuestra esencia, lo que nos hacía más fuertes.

—¿Así que tú eres Marcos Ana? No te imaginaba así después de tantos años de cárcel —me dijo al abrir la puerta.

Le estreché la mano, muy conmovido, y acerté a decirle algo como que era un milagro para mí estar en la Unión Soviética y encontrarme a su lado. Me recibió como una madre, con ternura, y se interesó por mi vida, por mi familia, por todos los camaradas que seguían en prisión.

Al día siguiente, toda de negro, asistió al Congreso. Muchos años después, cuando el Partido Comunista fue legalizado en España y Dolores regresó, tuvo un despacho en la sede del Comité Central, en la calle Santísima Trinidad de Madrid, junto al mío. Su secretaria, Irene, muchas veces me decía: «Marcos, ven a estar un rato con Dolores». Ella me agradecía la conversación. Recordábamos cosas, charlábamos del futuro. Aunque su memoria se fue marchitando poco a poco, la pasión que le dio nombre no la abandonó hasta el final. Yo correspondía a

su ejemplo llevándole muchas mañanas un ramo de rosas rojas.

En el Congreso de Moscú conocí al poeta cubano Nicolás Guillén, quien al verme pasar dijo:

—Ahí va Marcos Ana, con su cárcel y sus presos a cuestas.

Después de mi intervención, muchos delegados se acercaron a mí para mostrarme su fraternidad y su interés por la lucha de España. Allí conocí también al comandante Raúl Castro, hermano de Fidel. Me abrazó y me invitó a visitar Cuba. Por supuesto, acepté encantado, pero antes tenía que recorrer otros países de Europa: Finlandia (para asistir al VIII Festival Mundial de la Juventud), Rumanía, Suiza, Italia, Holanda y Bélgica. Fue un tiempo febril durante el cual tuve que dejar, muy a menudo y a mi pesar, a mi familia sola en París. No había respiro.

Aquella visita a la Unión Soviética me acercó a personas muy interesantes. Conocí a Ilya Ehrenburg, escritor y periodista soviético de origen judío. Me invitó a pasar unos días en su dacha, su casa de campo, y, aunque no pude hacerlo en ese momento, tiempo después acepté la invitación y acudí a visitarle. Era un lugar retirado, todo rodeado de vegetación. Tenía una casita con un jardín que el poeta cuidaba primorosamente. Al llegar, lo encontré rastrillando la parcela, quitando y amontonando las malas hierbas. Al verme, nos saludamos y me dijo con rotundidad: «Así tendríamos que limpiar cada día el hermoso jardín soviético».

Yo no me tomé bien aquella frase de bienvenida. De hecho, durante el resto de mi estancia criticó en diversas ocasiones, siempre desde el dolor, a la Unión Soviética. Yo estaba impresionado, lleno de estupor, al comprobar

que aquel hombre destilaba amargura hacia a su país y hacia la Revolución. Si en un principio quise interpretar que sus palabras se referían a una limpieza de las «malezas» exteriores que acechaban a la Unión Soviética —los espías, las traiciones, los enemigos, etc.—, más tarde tuve que reconocer que en realidad de lo que hablaba era de una limpieza de malas hierbas desde dentro. Mi apasionamiento no estaba preparado y yo no tenía la suficiente madurez para asumir los errores del comunismo, unos fallos que anidaban dentro de la propia máquina del partido y de nuestro estado. Años más tarde no pude sino estar de acuerdo con aquello que me dijo Ilya Ehrenburg.

Pero mi amor por la Unión Soviética era tan ciego entonces que no era capaz de ver las contradicciones evidentes. Creíamos tan necesaria su existencia en el mundo que no supimos ver su lenta caída desde dentro. Las deformaciones eran profundas. ¿Dónde estaba el espíritu de la Revolución de 1917?

Ilya Eherenburg había viajado a España durante la Segunda República y había publicado varios trabajos como corresponsal. Se opuso a la tesis de Máximo Gorki, quien abogaba por la doctrina del realismo socialista. Después se reconciliaría con el comunismo a través de sus trabajos periodísticos durante la Guerra Civil. En 1963 escribió la novela *El deshielo*, un título que dio nombre a un periodo dentro de la evolución política de la URSS y que criticaba el mandato de Kruchev y la desestalinización.

El 7 de noviembre de 1962 llegó a mí la triste noticia de la detención y tortura de Julián Grimau. Julián trabajaba dentro del aparato clandestino del partido en Madrid y era una de las personas más buscadas por la policía franquista. Era un hombre fuerte, capaz y leal, que contaba con la

total confianza del partido. Por estas razones su integridad física y su libertad se vieron siempre en peligro. Todos los comités de solidaridad con España, en Europa y en el mundo se pusieron manos a la obra cuando se produjo su detención. Queríamos proteger su vida y parar la tortura. Se trataba de un pulso internacional a la dictadura de Franco. Recibimos apoyos de todo tipo: multitudinarias manifestaciones populares y la ayuda de intelectuales que se unieron a la campaña para salvar su vida.

Antonio Mije me encargó la coordinación de todos los comités implicados en la tarea de salvarlo. Trabajamos con personalidades e instituciones de todo el mundo: la mirada del planeta estaba fija sobre Julián. Me puse en contacto con Michel Schuwer, secretario de la Conferencia de Europa Occidental por España; con el presidente del Socorro Popular Francés, Julián Leupetre; con Joë Nordman, presidente de la Comisión Internacional de Juristas, y con Daniel Meyer, presidente de la Liga por los Derechos Humanos. Ellos, a su vez, informaron y movilizaron sus recursos. Hablé por Radio París y me entrevisté con todas las personalidades que pude. También contacté con la reina madre de Bélgica, quien volvió a mostrar su apoyo desinteresado.

Un mes después de su detención, se publicó la versión oficial del Gobierno de España: el cargo del que acusaban a Grimau era crímenes y torturas durante la Guerra Civil. Aquello, traduciéndolo al lenguaje de la dictadura, significaba la clara decisión de quitarle la vida: pena de muerte. La movilización internacional fue tremenda. Hubo muchas manifestaciones ante las embajadas de Franco en todo el mundo. Aquellos días, a nuestro lado, desolada, se encontraba su mujer, Ángela Grimau. Toda la familia —Julián tenía dos hijas— vivió en angustioso silencio una

espera que tendría un pronto desenlace. El 12 de noviembre todos participamos en una manifestación frente a la embajada española de París.

Al año siguiente, entre el 13 y el 15 de abril, tuvo lugar el IX Congreso del Socorro Popular Francés: Julián Grimau era nuestra prioridad. Angelita vino conmigo y habló en público, instando a la salvación de su marido. El auditorio entero aplaudió su valentía. El 18 de abril tuvo lugar el Consejo de Guerra. El capitán general firmó la sentencia que nadie quería leer: pena de muerte. Franco se reuniría con su Gobierno al día siguiente para aprobar la condena. Era la última oportunidad. Hicimos un último y desesperado esfuerzo para detener la ejecución de Julián. Pasamos toda la noche en la sede del Socorro Popular Francés. Allí estuvieron conmigo Jorge Semprún y Fernando Claudín. Angelita también permaneció con nosotros durante buena parte de aquellas intensas horas. Fue una noche muy larga y dramática.

Pero, finalmente, el odio llevó al Consejo de Ministros de Franco —en el que estuvo presente Manuel Fraga— a decretar la ejecución de Grimau. Parecía que la guerra no había terminado. Antiguas personalidades del Régimen se habían manifestado por la amnistía de los presos. Era una época de intensas movilizaciones y huelgas, pero Franco tuvo miedo y quiso mostrar su fuerza con un crimen repugnante.

Aquel asesinato indignó al mundo entero. La muerte de Julián me llevó a hacer muchos viajes acompañado de Angelita. Miles de ramos de flores y fotografías llenaron las calles de toda Europa. Miles de personas mostraron su repulsa ante aquella muerte. Angelita, estremecida, tuvo fuerzas para seguir peleando y proclamar su deseo: «Que

la sangre de mi marido sea la última que se derrame en España». Desgraciadamente, aún se derramaría más sangre.

Desde Radio Pirenaica, Dolores Ibárruri anunció así el fusilamiento de Julián:

Camaradas y amigos: Nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro camarada, el comunista heroico Julián Grimau, ha sido asesinado por orden de Franco y de sus ministros, sobre los que personalmente cae la brutalidad de este crimen que el pueblo español no perdonará. El caudillo, cuyo régimen se tambalea, ha querido desafiar al mundo, desoyendo las voces llenas de humanismo que se han dirigido a él desde todos los países. La Conferencia de Europa Occidental por España condenó el crimen de Julián Grimau. Se pidió a las Naciones Unidas que declarasen ilegal e incompatible con los derechos humanos el régimen franquista.

Durante una manifestación del 1 de mayo en París, conocí a una persona que se volvería muy importante en mi vida y a quien ya he tenido oportunidad de referirme: Teodulfo Lagunero. Sobre un fondo de manifestantes y banderas, su hija nos tomó varias fotografías que inmortalizan el encuentro. Lagunero era de una familia de izquierdas que había sufrido, como tantas, la represión del régimen. Su padre, su hermano y él mismo habían estado en las cárceles franquistas. Me comentó que se sentía en la obligación moral de colaborar con nosotros. Quedamos al día siguiente en un café. Yo no terminaba de fiarme de él por su experiencia como empresario; no sabía si debía aceptar su propuesta de ayuda, pero pronto dispé mis dudas.

Buscamos un local, que él mismo pagó, y comenzamos a construir un sueño solidario. Cambiamos nuestra dirección a Saint Jacques, 198, junto a la mítica Universidad de La Sorbona. Así nació el CISE (Centro de Información y Solidaridad con España), con Pablo Picasso como presidente de honor. Angelita Grimau también se incorporó y llevó a cabo un intenso trabajo solidario.

Más de veinte personas colaboraban conmigo en aquella época: Ángela como tesorera, Manuel Gimeno en organización, Mikel Ibarrondo en propaganda, la escritora francesa Nicole Thevenin al frente de la Secretaría General, junto a la joven universitaria Marie Daniele Couturier. También estaban María Luisa Roux, Juana Burillo y Lina Panella, hija de un guerrillero español asesinado en la frontera; el cantautor Paco Ibáñez y su hermano; el escritor Fernando Arrabal, el periodista Javier Reverte y un largo etcétera. Fui responsable del CISE hasta el final de la dictadura.

A día de hoy, cuando se han cumplido cincuenta años de la muerte infame de Grimau, de aquella atroz injusticia por parte de un Estado ilegítimo, de aquella tortura despiadada —le arrojaron por una ventana de la Casa de Correos de Madrid—, lo que me indigna es que aún no se haya rehabilitado su nombre, el suyo y el de tantos hombres y mujeres que fueron condenados en una dictadura ilegal y reaccionaria.

Desde Nikita Krushev al papa Juan XXIII, muchos fueron los que pidieron el indulto de Julián Grimau a Franco. Pero, haciendo caso omiso a las peticiones de clemencia, el dictador lo fusiló en la madrugada del 20 de abril. Su mano no tembló y desoyó a la comunidad internacional. El hecho de que Manuel Fraga estuviera presente en aquel

Consejo de Ministros que ordenó la ejecución de Grimau es una muestra más de cómo, después de la Transición, en el poder siguieron los mismos. Fraga ocupó ininterrumpidamente cargos de alta relevancia política. Porque no solamente fue ministro de Información y Turismo durante la dictadura de Franco, desde 1962 a 1969, sino que fue vicepresidente del Gobierno y ministro de Gobernación en 1975 y 1976, y presidente de la Junta de Galicia entre 1990 y 2005. Además de diputado y senador, fue fundador de Reforma Democrática, origen de Alianza Popular y del Partido Popular, del que fue presidente hasta el año 1989.

Qué diferente ha sido la historia de unos y de otros. Esta es una muestra clara de quiénes siguen gobernando España.

Una de las actividades más bonitas que llevábamos a cabo era la organización de las vacaciones de los hijos de los presos. Todos los veranos eran acogidos en la Unión Soviética y en otros en países.

En nuestro sótano imprimíamos documentos, boletines y llamamientos urgentes a la solidaridad, denunciábamos torturas y publicábamos procesos en curso, siempre con los compañeros caídos presentes, con Julián Grimau y Salvador Puig Antich en la memoria.

El caso de Puig Antich, como el de Grimau, conmocionó al mundo entero. Salvador era un joven anarquista que fue condenado a muerte sin que se aportara ninguna prueba sobre su culpabilidad. El CISE emprendió una fuerte campaña internacional para intentar salvar su vida. Fue el último ejecutado por garrote vil en una cárcel, el día 2 de marzo del año 1974, no hace tanto tiempo.

El CISE se convirtió en el primer destino para los huidos de España. Allí encontrarían la ayuda que necesitaban tras una vida en clandestinidad. Pero no acababa ahí nuestra

actividad. Habíamos derribado fronteras para mostrar nuestro apoyo a Vietnam, al Sáhara y, más tarde, a los países sudamericanos que habían caído bajo la garra del fascismo.

Fue una época en la que los valores humanos jugaban de nuestro lado. Recuerdo con mucha emoción aquellos años, incluso podría decir que con cierta nostalgia. Creo que puedo afirmar que hicimos un buen trabajo. Sigo en contacto con muchos de aquellos compañeros. Aquella fue una hermosa época de nuestras vidas.

A lo largo de su existencia, el Centro de Información sufrió dos atentados. En una ocasión balearon la fachada y bombardearon nuestra puerta principal. Pero nunca dejamos de trabajar.

La caída de la Unión Soviética fue muy dolorosa para mí. Se derrumbaba todo aquello por lo que habíamos peleado, la tierra donde se sembró la revolución de los trabajadores. La Guerra Fría terminaba con una lenta y triste derrota para el socialismo. No puedo decir que me sorprendiera, pues yo mismo había observado muchas deformaciones dentro del socialismo, muchos errores. La caída de la URSS fue una tragedia para todos: el imperio se quedaba sin réplica y a partir de entonces podría actuar como quisiera. Y así ha sido, estamos en sus manos.

En la modernización de la Unión Soviética, que personalmente creo que era necesaria, tiraron el agua sucia de la bañera con el niño dentro. El niño era aquella revolución de los obreros. Se borró así nuestro pasado, nuestro origen y nuestra razón de ser, incluido todo aquello que había que salvar. Cuando ahora voy a Rusia o visito algunas de las exrepúblicas soviéticas, no reconozco nada. En la época de Mijaíl Gorbachov, durante la Perestroika, se cometie-

ron muchos fallos. Es cierto que en la Unión Soviética había cosas que no me gustaban, que se habían alejado completamente de su esencia, pero para mí el país de los soviets lo era todo y se nos estaba cayendo entre las manos, pedazo a pedazo. No se mejoraron las acciones fallidas, sino que se eliminó sin más el sueño de muchos pueblos y personas. Fue una lástima, porque, a pesar de sus pecados, la Unión Soviética constituía una verdadera crítica al poder y al capitalismo.

Solo las acciones de las sociedades civiles bien organizadas podrán oponerse a los abusos.

EL ABRAZO DE AMÉRICA LATINA

*Y entonces digo: «El mundo
es algo más que el patio
y estas losas terribles
donde me voy gastando».*

Tengo guardados en mi casa innumerables recuerdos de mis viajes por el mundo. Algunos, que son como un tesoro, me hacen evocar la lucha de todos estos años y a las miles de personas que he conocido. En una de las paredes de mi salón tengo enmarcado el cartel de un homenaje que me hicieron en el Luna Park, en Buenos Aires. En él se anuncia el evento junto a una hermosa ilustración que hizo para la ocasión el pintor Juan Carlos Castagnino. Fue el acto más multitudinario al que he asistido. Duró más de cinco horas y en él participaron artistas, cantantes, actores, locutores de radio, un joven político chileno llamado Salvador Allende, etc. Entre las actuaciones se intercalaba la lectura de cartas de importantes personalidades que se adherían a nuestra lucha por la amnistía. El estadio estaba lleno a rebosar y ondeaban las banderas republicanas y las pancartas con mensajes revolu-

cionarios. Para finalizar aquella hermosa cita, yo intervine para agradecer la pasión y la solidaridad mostradas por el pueblo argentino y, muy especialmente, para recordar que aquel homenaje, aunque fuera yo el único que estaba presente, era un homenaje a todos los compañeros que habían estado y seguían estando presos en las cárceles de Franco. Esa era mi obsesión: no ser solamente un nombre, sino todos los nombres.

Cuando acabó, la cantante argentina Mercedes Sosa se acercó a mí, me besó y, conmovida, me dijo:

—Es una pena que no estén hoy aquí María Teresa León y Rafael Alberti, con toda la pasión que pusieron siempre en defender tu libertad y la de tus compañeros.

Ellos habían vivido muchos años de su exilio en Buenos Aires, pero para entonces residían en Roma. No obstante, de alguna manera estuvieron también allí con nosotros. Quedaba la estela de su lucha. Mercedes Sosa me regaló un disco que ellos habían grabado en Argentina recitando mis poemas. Otro recuerdo impagable más para mi baúl.

Antes de conocer a Rafael Alberti conocí su poesía. Sus versos encendían mi revolución. Recité sus poemas en los patios de las cárceles, pero también, años antes, en el frente. La amistad que tiempo después me brindó me permitió no solo conocer al poeta que se escondía tras aquellos versos apasionados, sino también a un ser humano con unos valores que se acercaban mucho a los míos. Fuimos muy buenos amigos.

Rafael me llamaba Marco Polo, ya que era más fácil encontrarme de viaje que en mi casa de París. La causa y el azar nos cruzaban con frecuencia y en cualquier parte del mundo. Sobre todo en las reuniones del Congreso Mundial por la Paz, de la que él y yo, y también Pablo Neruda, éramos miembros. Le aburría la actividad del partido, pero era comunista. «La vieja guardia», decía. No le gustaban ni las reuniones ni la vida interna del PC. Sin embargo, su posición nunca fue ambigua, siempre estuvo comprometido con España y con sus ideas.

En una ocasión, en Lisboa, poco tiempo después de la Revolución de los Claveles, un periodista le preguntó:

—¿Usted no cree que le limita un poco tener que escribir lo que le dicta su partido?

A lo que Rafael Alberti contestó:

—Le voy a responder a su impertinencia: a mí jamás me ha dicho mi partido lo que tengo que escribir. Escribo lo que me sale del corazón. Lo que ocurre es que mi corazón es comunista.

Esa respuesta, lejos de convertir a Rafael en un ortodoxo, le acercaba a un pensamiento libre en el que el diálogo y el respeto eran fundamentales. Cuando años después, ya en España, le propusieron presentarse como diputado por Cádiz, le pareció un disparate. Yo hablé con él al respecto y, finalmente, accedió a salir a la palestra para defender una democracia justa. ¿Quién puede olvidar aquella imagen de Dolores Ibárruri y Rafael Alberti bajando las escaleras del Congreso en representación del recién legalizado Partido Comunista de España?

Cuando, desde la cárcel, donde me llegaban muestras de su apoyo, tanto suyo como de su mujer, María Teresa,

imaginaba a Rafael, se me aparecía allá, en Buenos Aires, muy lejos. Así que, cuando salí en libertad, ansiaba cruzar el océano Atlántico para encontrarme con ellos. Pero el destino quiso que fueran otros nuestros paisajes.

Para el cuarto aniversario de la Revolución cubana, a finales de 1962 y principios de 1963, pasé un par de meses en La Habana. Me había invitado Raúl Castro, a quien, como ya indiqué, conocí en Moscú en el Festival de la Juventud, un acto realmente hermoso que se celebraba cada cuatro años. En Cuba me sucedió una anécdota que me impactó.

Me habían organizado una recepción en Santiago. La gente que acudió —unas cuarenta personas— llevó algo de comer. Todo era muy sencillo; sobre mantelitos de papel se dispuso una pequeña merienda para acompañar la recepción. Entonces alguien entró en la sala, se acercó al responsable y le dijo algo al oído. Aquel hombre se puso nervioso. Se levantó, entraba y salía inquieto... Más tarde supe que el Che había llegado a la ciudad y no había encontrado a nadie en la Casa del Partido.

Poco después apareció por allí; miró las mesas y las viandas y frunció el ceño:

—¿Qué es esto?

—Estamos dando una recepción a Marcos Ana —contestó el responsable.

—A Marcos Ana se le da una recepción política —respondió el Che sin dirigirse a mí directamente.

Luego se me acercó y me explicó:

—Marcos, los comunistas tenemos que ser sencillos y austeros, sobre todo cuando estamos en el poder. Esto que

hay aquí no puede comerlo nadie en la ciudad de Santiago. Me sentí mal por haberme dejado agasajar y le di toda la razón.

Lo cierto es que nos habíamos encontrado en otra ocasión anterior: le había conocido cuando me recibió un día en su despacho. Siempre parecía que estaba de paso. Y es que Ernesto Guevara era un hombre que encadenaba una revolución con otra, no podía estar detrás de una burocrática montaña de papeles. Su sentido de la solidaridad con otros pueblos era muy fuerte, su apasionamiento en defensa de la justicia le llevó de un país a otro, sin límites. «Yo tengo dos problemas: el imperialismo y el imperialismo», decía.

Era inteligente, tenía una sólida educación y mostraba una profunda humanidad. Debajo de esa imagen de hombre duro, era muy fraternal cuando te acercabas a él. Alguien extraordinario del que emanaba algo especial, que es muy difícil de definir. Del Congo regresó bastante enfermo. Cada diez minutos tenía que usar un inhalador para frenar sus ataques de asma, agravados por la humedad. Tal vez se equivocó cuando se marchó a Bolivia. No supo medir las posibilidades que tenía, y allí murió en el año 1967. Quién sabe cómo habría sido Cuba con el Che.

La Habana, una de las ciudades más hermosas que he visto, con aquel mar rompiendo contra el malecón, bullía preparando el aniversario de la Revolución. Miles de personas acudieron a la plaza para escuchar el mensaje de Fidel. Había cientos de niños, jóvenes y mayores con banderas. Fue un momento inolvidable. Cuando el Che llegó, todos gritaron: «¡Comandante!». Decidió salirse del lugar presidencial y se mezcló entre la gente, donde consideraba que era su sitio.

A aquel aniversario acudieron muchos intelectuales, entre

los que se encontraba Juan Goytisolo. Le había conocido en París, cuando me entrevistó para *Le Monde*. En uno de nuestros largos paseos por La Habana vieja me pidió que le acompañara a ver un ritual de santería. Yo no sentía especial curiosidad, pero accedí. Aunque al principio nos impidieron el paso, un compañero de color que venía con nosotros intercedió. Me sentí muy incómodo con lo que vi allí: una mujer gritaba y se retorció en el suelo, como en un ataque de epilepsia, mientras el resto cantaba como en trance y golpeaba sus tambores. Nos marchamos enseguida.

Recuerdo otra anécdota relacionada con Cuba. Un amigo, Oswaldo, me invitó a que le acompañara a recoger unas conchas que, al parecer, tenían poderes afrodisíacos. Había que ir a las seis de la mañana. Le agradecí su información y le dije que a las seis de la mañana era cuando fusilaban a los condenados en España y que a mí, de momento, me parecía afrodisíaca hasta el agua mineral.

También el poeta nacional, Nicolás Guillén, quiso organizar un homenaje durante mi estancia en la isla. Le pedí que, por favor, fuera un acto de recuerdo hacia todos los presos políticos, puesto que yo solo era uno más que, casi por azar, tenía la suerte de estar allí. Los medios se volcaron con la cobertura: «Homenaje a Marcos Ana y a los presos políticos españoles».

Mi discurso en aquel acto duró dos horas, algo breve para lo que están acostumbrados en Cuba. Hablé de los presos, de sus familias, de Julián Grimau, cuya vida aún pendía entonces de un hilo. En España también me hicieron hueco en la prensa, pero a su manera. Ya estaba acostumbrado. Así tituló el diario *Ya* su crónica: «Farsa comunista en La Habana». Estoy seguro de que muchos

españoles, leyendo entre líneas, se alegraron al ver aquella fotografía.

Unos meses después de mi visita a Cuba, volví a cruzar el Atlántico, esta vez en dirección al cono sur de América. Mi primer destino fue Brasil. La inmensidad del océano, comparada con mi estrecha celda de dos metros, me conmovió profundamente. Cuando aterrizamos, me pareció que toda aquella gente debía de estar esperando a alguna personalidad importante, quizá a algún actor. En el aeropuerto de São Paulo se amontonaban cientos de personas con banderitas y pancartas. Pero aquella multitud me estaba esperando a mí. ¿Mil personas habían ido a recibirme? No podía creerlo. Un abrazo me despertó de aquella impresión. Era mi excompañero de la prisión de Burgos, Alejandro Linares, quien, después de diecisiete años en la cárcel, vivía exiliado en Buenos Aires.

Una caravana de autobuses, todos adornados con banderas republicanas, partió desde el aeropuerto hacia la ciudad. La gente gritaba: «España, sí. Franco, no». La emigración española en Brasil se había encargado de dar a conocer mi nombre. Además, tres años antes había tenido lugar en São Paulo la Conferencia Suramericana por la Amnistía de los Presos Políticos Españoles, acto que había sensibilizado y conectado a los brasileños con nuestra lucha.

Gracias al trabajo del Centro Democrático Español, murales enormes adornaban toda la ciudad. Esto me impresionó mucho. Además, coincidiendo con la Conferencia, el centro había publicado un libro, con una selección de mis poemas, titulado *Poemas do cárcere*.

Así pasé varios días con una agenda repleta de actividades: encuentros, entrevistas con los medios, viajes. Visité Río de Janeiro y la ciudad de Santos. El sindicato de estiba-

dores del puerto decidió que mientras durara mi estancia no descargarían barcos españoles, un gesto que ya se había producido con anterioridad, durante la tensa espera que precedió a la condena de Julián Grimau.

Uno de los grandes momentos de mi visita a Brasil se produjo cuando conocí a Luis Carlos Prestes, un combatiente del movimiento comunista que luchaba por la independencia de los pueblos latinoamericanos. Detrás de la leyenda se escondía un hombre sencillo. Para mí era un icono personal que me «acompañaba» desde hacía tiempo. Cuando ingresé en la JSU, para poner a prueba mi lealtad, una noche me hicieron pintar en las paredes de Alcalá: «Libertad para Prestes y Talelman», en respuesta a una campaña de solidaridad que había puesto en marcha el Socorro Rojo Internacional. Conocerle fue un verdadero privilegio. Vivimos un encuentro mágico; nos abrazamos fraternalmente y me escuchó con atención. No dedicó ni un minuto a hablar de sí mismo.

Concluidas las numerosas conferencias y mesas redondas, entrevistas y encuentros, un mes después, y tras pasar un tiempo hospitalizado porque había perdido la voz, dejé Brasil y volé hasta Uruguay.

Montevideo es una ciudad tranquila, recostada sobre el mar. Desde mi habitación, en una atalaya privilegiada que me cedió la familia del doctor Juan Carlos Badano, podía ver los ciento ochenta grados del horizonte, libre de obstáculos, acunando el Río de la Plata. En aquella casa habían estado hospedados el Che y Rafael Alberti. Badano era un comunista convencido, médico y pescador, que de joven se había alistado en las Brigadas Internacionales, aunque nunca llegaron a enviarle a España. Su hospitalidad era un reflejo de su compromiso político.

En Uruguay existía un intenso vínculo con España y una fuerte tradición democrática. Desde 1939, ese grupo de brigadistas voluntarios seguía activo y gestionaba el exilio de muchos de nuestros camaradas.

Me recibieron en el Palacio Legislativo, en el Senado y en el Parlamento, así como en la Junta Departamental de Montevideo. Todos los partidos democráticos mostraron solidaridad con los presos. Una de las recepciones más emocionantes fue la del Partido Comunista de Uruguay. La solidaridad y la ideología nos acercaron mucho. Grabamos un disco con mis poemas y recitales, así como con fragmentos de las charlas que había ido ofreciendo por el país.

Desde el punto de vista cultural, la velada en el palacio Solís fue la más importante, pero la más multitudinaria tuvo lugar en el Palacio de la Cerveza. Aunque el lugar era inmenso, no había capacidad suficiente para acoger a las miles de personas que acudieron. En mitad de mi discurso me pareció ver a Luis Alberto Quesada, un excompañero de la cárcel de Burgos y miembro de la tertulia La Aldaba. No estaba del todo seguro de que fuera él, así que interrumpí mis palabras, él levantó su brazo y entonces le reconocí y le llamé para que subiera conmigo al estrado. No podía creerlo. Nos abrazamos delante de toda la gente, le presenté y le invité a permanecer a mi lado en el escenario.

Juana de Ibarbouro, la poeta de América, se enteró de mi visita a Montevideo y quiso conocerme. Así que fui a visitarla a su casa. Era una mujer grande, toda vestida de negro, impresionante. Me senté a su lado, en el suelo, sobre la alfombra, porque quería estar cerca de ella, y estuvimos hablando mucho tiempo. Me dijo que le gus-

taba mucho mi poema *La vida*. Se lo escribí en un papel y se lo entregué. Ella me dedicó dos de sus libros, *Canto rodado* y *Mensajes del destino*. En todo el tiempo que pasé con ella no se movió del sillón donde estaba sentada. Recuerdo que iluminaba todo con su presencia. A veces, como si yo fuera un chiquillo, me pasaba la mano por la cabeza.

Cuando años después la dictadura quebró Uruguay y un manto oscuro cayó sobre el país, desde el CISE intentamos devolverles en alguna medida aquella humanidad que habían mostrado a la hora de reclamar la libertad de los presos españoles.

El barco *Winnipeg* fue un navío francés que llegó a Valparaíso el día 3 de septiembre de 1939. A bordo iban más de 2 200 refugiados republicanos que huían de España. La iniciativa la había promovido mi amigo Pablo Neruda, quien así se expresaba: «Que la crítica borre mi poesía si quiere. Este recuerdo no podrá borrarlo nadie». Casi treinta años después, me encontré en Chile con los hijos y nietos de los pasajeros de aquel carguero solidario.

Crucé la cordillera andina en septiembre de 1963, diez años antes del golpe de Estado contra el Gobierno de Allende. Antes de entrar en Chile me pidieron firmar un documento donde me comprometía a no entrometerme en la política del país. Lo hice sin precaución, ya que, aunque era la primera vez que me lo pedían, yo solo iba a hablar de España. A la salida del aeropuerto, una delegación de parlamentarios me esperaba. Entre ellos, mi entrañable amigo y camarada Volodia Teitelboim. En los balcones del aeropuerto ondeaban banderas republicanas y se organizó allí mismo una fiesta de bienvenida con músicas populares españolas y chilenas.

El aparato propagandístico de Franco seguía intentando ensuciar mi nombre. Así, impulsada por la embajada española, la extrema derecha chilena comenzó su campaña de desprestigio. *El Diario Ilustrado* me llamó «guerrillero de malas causas» y pidió disculpas a la embajada por mi presencia en Chile. *El Mercurio* también se les unió. Pero la mayoría del pueblo chileno desoía estas informaciones y rechazaba las calumnias de la derecha chilena. Otros rotativos progresistas, como *Clarín*, *El Siglo* o *Última Hora*, me defendieron, cayendo a veces en elogios exagerados.

En Chile conocí a Salvador Allende y fue una gran satisfacción personal. Candidato entonces a la Presidencia de la República, quedé fascinado por su forma de ser y su humanidad. Pero desde mi llegada al país, como una obsesión, a quien quería conocer era a Pablo Neruda y, como ya he tenido ocasión de contar, él y su esposa me recibieron en Isla Negra. Juntos pasamos, hablando y compartiendo recuerdos, una de las noches más emocionantes de toda mi vida. A veces me paraba a pensar y tenía que recordarme que aquello era real, que estaba allí, en la casa de Isla Negra, que tenía ante mí, como a un hermano, al poeta más universal de aquellos días. La casa de Neruda era como un museo de recuerdos de un naufragio: mascarones de proa, caracolas, botellas... En las vigas del techo de una de las habitaciones tenía escritos los nombres de los poetas que amaba: Louis Aragon, Paul Eluard, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Nunca podría haber presentado en medio de aquel paisaje poético que también Chile caería en manos de una cruel dictadura. En Isla Negra descansan eternamente Pablo Neruda y su mujer, Matilde Urrutia, junto a ese mar que tantos versos le inspiró.

En Valparaíso conocí a Sara Vial, amiga de Neruda, «la novia de Valparaíso», según decía el poeta. Era una joven hermosísima, de belleza porteña, que se instalaría para siempre en mi corazón. Nuestra amistad parece que no le sentó muy bien a Neruda, quien, como todo el mundo sabe, era un gran conquistador.

El resto de mi estancia en Chile se tiñó de tensión. Para el Día de la Hispanidad, o de la Raza, una comisión especial había organizado un acto: «Homenaje a Marcos Ana y a los presos políticos españoles». La embajada franquista lo consideró una provocación y enloqueció. Hicieron de todo para presionar al Gobierno chileno, que entonces presidía Jorge Alessandri. Poco antes del acto se presentó la policía y me dijo que en setenta y dos horas debía abandonar el país, tres jornadas antes del acto que iba a tener lugar en Caupolicán. La gente se manifestó en la calle y los medios de comunicación tildaron de «lamentable» y de «vergonzosa» la medida de expulsión. «Marcos Ana tiene las horas contadas», publicó *El Mercurio*.

Algunos periódicos se refirieron a aquellos días como «la batalla de Caupolicán». Aunque no pude aislarme del conflicto que se estaba creando, intenté seguir con mis actividades. Finalmente, tras la presión popular y el apoyo de Allende, se celebró el acto. Lo inicié con estas palabras: «Gracias a la embajada franquista por su perversa contribución para el gran éxito de este acto de solidaridad con España». Pablo Neruda envió una carta que fue leída sobre el escenario:

Marcos Ana, nos haces un gran honor al cruzar nuestros caminos, conocer a nuestra gente, hablar en nuestras ciudades, participar en la rápida primavera que, como tú, nos visita en este mes de octubre. Estamos todos contentos

de que aquí se escuche tu victoriosa poesía. Estamos orgullosos de que respire la libertad de Chile. Esta libertad fue conquistada en un largo camino de luchas y martirios y no estamos dispuestos los chilenos a que nadie, ni menos un embajador fascista, nos arrebatase un solo átomo de los derechos que el pueblo ha conquistado. (...) Con estas palabras de mi amigo poeta, la solidaridad del pueblo en las calles, la lucha para que se celebrara aquel acto y el abrazo de Salvador Allende dejé atrás Chile y volé a Buenos Aires.

Nada más llegar, me entregaron el calendario de un intenso programa que se vio desbordado por otros muchos encuentros no previstos inicialmente. Habían creado una «Comisión Marcos Ana» para coordinar mi viaje. De nuevo, la embajada volvía con sus acusaciones de «delincuente», de «agente del comunismo», y quisieron cancelar el acto en Luna Park.

Camino al estadio, los compañeros que me llevaban en el coche se perdieron en el laberinto de calles que es Buenos Aires. Llegamos con cierto retraso, así que algunos miembros de la comitiva salieron a esperarme, inquietos, a la puerta. Entonces se dieron cuenta de que dos o tres personas se ocultaban de forma sospechosa detrás de las columnas de acceso al edificio. Apresaron a uno de ellos, que tenía antecedentes fascistas, y confesó que tenían previsto cometer un atentado. De nuevo comenzó la guerrilla de acusaciones: «La mano de la embajada franquista», publicaron los progresistas; «El joven fue torturado y obligado a admitir un atentado que no iba a cometer», escribió la derecha.

Viajar a América Latina fue un sueño. Sobre todo en aquel sur de América encontré una solidaridad desbordante, una

sensibilidad especial con la situación de nuestros presos. ¿Qué nos une, además del idioma, a los españoles con América Latina? Existe un lazo de solidaridad inquebrantable. No solo fueron las colonias de refugiados que se marcharon a aquel continente, sino que la gente de la calle se mostró muy activa en la defensa de nuestros derechos. En todos los países pude sentir una cálida y multitudinaria bienvenida.

¿Quién era yo para reunir a tanta gente? En realidad, no era yo el que hablaba; era la voz de todos, no solo de los españoles, sino de todos los pueblos de América y del mundo que han luchado por la libertad y han sufrido la explotación.

Ya he comentado que cuando, años más tarde, varios países latinoamericanos cayeron en las garras del fascismo, desde París intentamos devolverles aquella solidaridad que ellos nos habían mostrado a nosotros. Porque el camino de la solidaridad es de ida y vuelta. Miles de jóvenes chilenos, argentinos y uruguayos fueron violentamente torturados, secuestrados y asesinados. Es imposible que alguien que haya vivido lo que viví yo no se sienta cercano a ellos, ayer y siempre. El poeta Juan Gelman escribió una carta a su nieto desaparecido:

Dentro de seis meses cumplirás diecinueve años. Habrás nacido algún día de octubre de 1976 en un campo de concentración. Poco antes o poco después de tu nacimiento, el mismo mes y año, asesinaron a tu padre de un tiro en la nuca disparado a menos de medio metro de distancia. Él estaba inerte y lo asesinó un comando militar, tal vez el mismo que lo secuestró con tu madre el 24 de agosto en Buenos Aires y los llevó al campo de

concentración Automotores Orletti que funcionaba en pleno Floresta y los militares habían bautizado como el Jardín. Tu padre se llamaba Marcelo. Tu madre, Claudia. Los dos tenían 20 años, y vos, siete meses en el vientre materno cuando eso ocurrió.

Tanto la dictadura de Augusto Pinochet en Chile (1973-1990), como la de Jorge Rafael Videla en Argentina (1976-1983) o la de Efraín Ríos Montt en Guatemala (1982-1983) han sido juzgadas, a pesar de las imprecisiones del proceso, por sus crímenes contra la humanidad. Me pregunto por qué no se ha hecho aún con los cuarenta años de dictadura que padeció España. ¿Qué intereses y quiénes se esconden detrás de esta impunidad?

Para mí, el aislado caso de Cuba es una referencia muy importante. Hace unos tres años viajé de nuevo a La Habana. Raúl Castro me preguntó:

—¿Qué te hemos hecho los cubanos que tan poco nos visitas?

—Yo siempre llevo a Cuba en el corazón y hay que defenderla muchas veces, y más fuera que dentro, allá donde estén sus enemigos.

Así, es: yo siempre llevo a Cuba y a los cubanos en mi corazón. Sería como volver a cometer el mismo error que acabó con la Unión Soviética no reconocer que hay muchas cosas que mejorar en la isla.

Yo me siento cerca de la forma de ser de los cubanos, de su espíritu. Hay que aprender a diferenciar lo que nos cuentan de la realidad que se vive dentro. Cuando me he reunido con Raúl Castro, siempre ha sido en su casa, en una sencilla comida. Allí todo el mundo tiene acceso a la

educación; es un pueblo alfabetizado y la sanidad es una de las mejores del mundo. Aun así, creo que ha llegado el momento de abrirse al mundo, de derribar las fronteras. Pienso que la población tiene derecho a saber que hay otras maneras de vivir en este mundo. Ahora Cuba es estable y debe superar su disciplina de Estado. Es un caso muy especial dentro de América y para muchos permanecerá viva, como una esperanza.

ROJO

*Mi pecado es terrible;
quise llenar de estrellas
el corazón del hombre.*

Después de haber cumplido tantos años, pienso que soy un hombre abierto y razonable; creo que he intentado ser así durante mi vida en la cárcel y fuera de ella. Siempre he tratado de mantener un espíritu crítico y revolucionario en todas las facetas de mi existencia. También dentro del partido. Ahora, cuando parece que todo se va sosegando —aun así acudo a tres actos al mes aproximadamente—, intento mantenerme atento a todo lo que sucede dentro y fuera de nuestras fronteras. Me entristece ver cómo este país es gobernado por la derecha, una derecha dura y con frecuencia reaccionaria que parece hacer lo que quiere con el destino de los españoles. Es cierto que vivimos en una democracia inmadura, pero democracia al fin y al cabo, y es de agradecer que el simple hecho de estar escribiendo este libro no traiga a un policía a mi puerta para detenerme y llevarme a un sótano de la Dirección General de Seguridad. Sin embargo, hay otras formas posibles de vivir, de organizarse y, sobre todo, de compartir entre todos.

Cuando conocí las ideas socialistas, no sé qué fue lo que caló en mí, pero decididamente, y a pesar de mi corta edad, me di cuenta de que encajaban con mi forma de pensar, de sentir, y supe que aquellos explotados a los que defendían se parecían mucho a mi familia, pobre y obrera. No hubo duda. La profundidad con que escuché aquellos mensajes me apasionó de tal forma que nunca nada —y han sido muchas las oportunidades para rendirse— me ha hecho pensar de otra manera. La fuerza que me llevó a defender estas ideas fue capaz de conducirme a la guerra para combatir por ellas, y, después de la derrota, estuve a punto de perder la vida en varias torturas, aunque finalmente me salvé de ser fusilado.

Yo he respetado siempre, sin sectarismo, las ideas de los demás. Me gusta sopesar la ideología de otros. Pero mi experiencia me ha hecho estar seguro de que, si verdaderamente nos uniéramos, entre todos podríamos vencer este sistema que nos frena como seres humanos.

Respeto a todos aquellos que, sin conocer las ideas del comunismo, decidan defender otras, siempre que no sean víctimas de la terrible y constante propaganda negativa a la que hemos sido sometidos.

Si volviera a nacer mil veces, mil veces volvería a ser comunista.

El 3 de marzo de 1976, la policía armada rodeó a cerca de mil trabajadores que celebraban una asamblea en una parroquia de Vitoria. Los gasearon y los obligaron a salir. Cinco de ellos murieron por disparos y muchos resultaron heridos. En 1977, cinco compañeros, abogados, fueron asesinados en su despacho de la calle de Atocha por pistoleros fascistas. ¿Qué estaba pasando en España? Muerta

la dictadura, ¿por qué seguía habiendo represión?

Mis recuerdos de los inicios de la Transición se remontan a una madrugada, la del 20 de noviembre de 1975. En mitad de la noche, el teléfono sonó en mi casa de París. Franco acaba de morir, me dijeron. Rápidamente fui a la sede del CISE. Allí todos estaban felices brindando con champán. Aunque solamente fue un gesto inútil, yo no pude brindar. El dictador contra el que habíamos luchado y por el que tantas vidas se habían perdido había muerto de enfermedad en una cama. Habría brindado si hubiéramos podido arrebatárle el poder en vida o si Franco hubiera sido juzgado y condenado por todos los crímenes que se cometieron durante la dictadura. Aquel hombre que firmó la pena de muerte de miles de compañeros no iba a vivir para ver la transformación de España.

Cuando Franco cayó enfermo todos nos pusimos alerta; sabíamos que algo iba a cambiar, pero nadie podía aventurar el futuro. No se confiaba mucho en Juan Carlos, el heredero de la corona, a quien por aquel entonces se le llamaba Juan Carlos el Breve porque no se creía que, de llegar a rey, fuera a durar mucho. Mirábamos a España esperando que el futuro hablase, pero nada hacía prever que de alguien designado por Franco, criado y educado casi a su sombra, pudiera llegar nada bueno. Ante la enfermedad del dictador, Juan Carlos ya había asumido la Jefatura de Estado en el mes de julio de 1975.

El Partido Comunista creó una Junta Democrática en la que se discutían alternativas, se debatía para el entendimiento y se convocaba a personalidades que fueran representativas y tuvieran cierta relevancia política y social, todo ello con la idea de prepararnos para el futuro. El proceso de cambio de la dictadura a la democracia no iba a

ser sencillo, así que intentamos agrupar a la oposición democrática para tener una sola voz firme. En junio de 1975 nació la Plataforma de Convergencia Democrática, impulsada por el Partido Socialista Obrero Español. Aquel fue un tiempo lleno de compromiso y de esperanza.

Después de la muerte de Franco, las revueltas y protestas sociales se multiplicaron. La represión no cesaba; ya no se fusilaba ni se abrían procesos, pero se perseguía cualquier disidencia. En septiembre de 1975, tan solo dos meses antes de su muerte, habían tenido lugar las últimas ejecuciones de la dictadura: tres militantes del FRAP, José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo y Ramón García Sanz, y los miembros de ETA político-militar Juan Paredes Manot (*Txiki*) y Ángel Otaegui. Ahora, muerto el caudillo, el objetivo era la clase obrera. La Guardia Civil y la policía provocaron más de cuarenta muertes. La principal arma de la dictadura, el terror, no iba a desaparecer tan fácilmente. Estas muertes levantaron muchas protestas fuera y dentro de España.

El viejo régimen, anticuado y desfasado, cuya única forma de permanencia era a través de la violencia, no encontraba una solución para la continuidad de la dictadura tras la muerte del caudillo. En 1976 los que habían participado en el régimen estaban divididos entre aquellos que querían un cambio, aunque fuera leve (siempre dejando al margen a los comunistas), y quienes pretendían seguir fielmente los pasos de Franco, atrincherados en su búnker, con la mano siempre apoyada en las culatas de sus pistolas. Los comunistas aún éramos perseguidos y encarcelados.

El Partido Comunista decidió que era importante que sus líderes y mandos volvieran a España. El PC necesitaba volver a tener visibilidad. Queríamos formar parte de los

acontecimientos que estaban ocurriendo en España. Mi amigo Santiago Carrillo, ayudado por nuestro común y fiel camarada Teodulfo Lagunero, regresó desde Francia clandestinamente.

Me gustaría detenerme aquí para escribir unas líneas sobre Santiago Carrillo. Aunque nos conocíamos desde tiempo atrás —nuestro primer encuentro tuvo lugar en abril de 1936, durante el proceso de unificación de la JSU—, la amistad no nació hasta que nuestras vidas se cruzaron en el exilio, en París. Allí nos veíamos con frecuencia y, a pesar de la clandestinidad, enseguida surgió una relación familiar con su mujer y sus hijos, a los que vi crecer. Pasaríamos juntos algunas vacaciones y creo que llegué a conocerle bien y a disfrutar de su sentido del humor.

Cuando murió sentí su pérdida de una manera muy especial. Más allá de desacuerdos puntuales, nuestra amistad se cimentaba en los nobles ideales que siempre nos unieron. Su vida estuvo llena de sacrificio y lucha, siempre con la esperanza de alcanzar un mundo mejor.

El 3 de julio de 1976, Adolfo Suárez fue designado presidente del Gobierno, tras la dimisión de Arias Navarro. Los comunistas seguíamos arrinconados, siempre primaba cualquier otra opción política antes que nosotros. El Comité Central del partido, ante la imposibilidad de hacerlo en España, se reunió en Roma. Numerosas personalidades y medios de comunicación siguieron de cerca aquel encuentro. Los compañeros que vivían en España se expusieron a ser detenidos a su regreso, ya que aquella cita sacó a la luz todos los nombres. Fue un auténtico desafío. Éramos conscientes de que estábamos viviendo momentos trascendentales para nuestro país.

En España, el rey y Adolfo Suárez no podían despegarse

de la vieja guardia franquista y temían a los militares, siempre vigilando cada uno de sus pasos. Ellos querían la desactivación del partido. Si pretendíamos participar en la democracia, habría de ser como independientes, renunciando a nuestros apellidos; así lo exigían los militares. Nuestra legalización era un asunto pendiente para la Transición. Para el mundo entero, aquel proceso no podía realizarse sin uno de los partidos que más había luchado por la democracia española. Nosotros queríamos un cambio, pero sin exclusiones.

En París, tras la reunión en la capital italiana, recogimos firmas, nos movilizamos desde el CISE para exigir la legalización del partido. ¿Por qué no podía haber una democracia en la que estuviésemos representados todos los españoles? Durante varios días llevamos a la embajada española en la capital francesa miles de cartas dirigidas al monarca y al presidente del Gobierno. El CISE se convirtió en un punto caliente de información para periodistas y ciudadanos. La libertad se respiraba en el aire. Nuestro centro continuó abierto hasta el final. Seguíamos con nuestro trabajo —la denuncia de la represión— y ofrecíamos información sobre el difícil avance del proceso democratizador en España y sobre la marginación de nuestro partido. Lo más urgente era el retorno de todos los refugiados políticos españoles que estaban exiliados por todo el mundo.

Volví a Madrid en 1977, aunque todavía viajaría algunas veces a París. La matanza de los abogados de Atocha, que sucedió a los pocos días de mi regreso, provocó numerosas muestras de rechazo en las calles. Me quedé impresionado por la responsabilidad de todos los que se manifestaron. No hubo un solo incidente. Aquello demostró que el PCE era capaz de actuar de forma completamente

responsable y democrática.

Poco después, el día 7 de abril, el famoso «Sábado Santo rojo», en plenas vacaciones de Semana Santa, Adolfo Suárez anunciaba en televisión la legalización, respaldada por el rey, del Partido Comunista de España:

No solo no soy comunista, sino que rechazo su ideología como la rechazan los demás miembros del gabinete que presido. Pero soy demócrata, soy sinceramente demócrata. Por eso pienso que nuestro pueblo es lo suficientemente maduro, y así lo demuestra a diario, como para asimilar su propio pluralismo. Pienso que este pueblo nuestro no quiere verse obligado a tener las cárceles llenas de gente por motivos ideológicos.

Adolfo Suárez dejaba claro su anticomunismo. Sin embargo, supo comprender la realidad del pueblo, cuyas ideas no iban a destruirse por mucha represión que hubiera. Con esta decisión dejaba de lado a todos aquellos que buscaban un nuevo franquismo sin Franco. El propio Fraga llegó a afirmar: «La legalización del Partido Comunista es un verdadero golpe de Estado». Pero aquel paso resultó una victoria ganada a pulso. El PCE garantizó la moderación de sus militantes y aceptó el régimen monárquico y la bandera.

Por fin millones de comunistas veíamos la luz al final del largo túnel. Teníamos mucho que hacer: había que trabajar por la libertad y por un régimen democrático que construiríamos entre todos. Recuerdo las calles de Madrid aquella tarde. Todo era felicidad. Los coches tocaban el claxon y miles de banderas con la hoz y el martillo adornaban la ciudad. Las gentes se abrazaban, por fin libres y

sin miedo. Muchos camaradas abandonarían ese día, después de tantos años, la clandestinidad, dejando atrás una vida en la sombra, oculta y llena de temor.

Con el corazón feliz, eché a andar por las calles. En Madrid se respiraba un aire nuevo. Por impulso y de forma espontánea, subí la calle Goya y giré para tomar Conde de Peñalver. Me senté en una terraza que hacía esquina con la calle Padilla. Pedí un café y me quedé mirando fijamente un edificio, como exigiéndole que recordara su historia ante mí. Era la antigua cárcel de Porlier. Comenzaron a girar por mi cabeza, como aquellas vueltas que interminablemente dimos a su patio, imágenes de los compañeros que morían asesinados al alba día tras día. Recordé escenas de heroísmo, de terrible dolor, miles de despedidas, abrazos, gestos, rincones oscuros de aquel edificio que se levantaba ante mí y que ya entonces había vuelto a ser un colegio calasancio, como ahora. Sentí la alegría de su recuerdo en este día de libertad. Pensé en las familias, en cómo apenas unas horas antes me había encontrado en la calle con la madre de un compañero fusilado que me abrazó llorando: «Soy feliz, Marcos, pero lloro porque mi hijo hoy no está aquí», me dijo. ¿Cuántas familias sentirían lo mismo? Se mezclaron en mí el entusiasmo y la tristeza por todos aquellos que se habían quedado en el camino.

No sé cuánto tiempo estuve hipnotizado, vagando por mi memoria. El camarero me arrancó de mi viaje al pasado: «Por favor..., vamos a cerrar». Dejé el café intacto y regresé a mi casa. Aquella noche, en Madrid no se escuchaba el eco de las ráfagas de metralla seguidas de los tiros de gracia, sino cientos de canciones y gritos de esperanza.

En octubre de 1977 se aprobó la Ley de Amnistía o, como muchos la llamamos, la «Ley de Amnesia». Incluía la amnistía de los presos que habían cometido delitos políticos, actos de sedición, rebelión o denegación de auxilio. Así se eliminaban algunos efectos jurídicos que podrían haber puesto en peligro la Transición. Con esta ley en realidad se levantaba una barrera protectora para muchos crímenes franquistas, pues no determinaba su ilegalidad, sino solo su carácter ilegítimo. De la misma forma que en Francia, Italia y Alemania está prohibido hacer apología del nazismo o del fascismo, en nuestro país no podemos obviar, ni desde el punto de vista legal ni desde el humano, a las miles de víctimas de un régimen genocida, por mucho que a esta derecha que nos gobierna le cueste en ocasiones romper sus vínculos con aquel pasado. Numerosas víctimas y sus familias se vieron desprotegidas bajo esta ley, que sirvió para cubrir las atrocidades del franquismo.

Organizaciones de derechos humanos han pedido al Gobierno que la derogue, pues se ha convertido en un obstáculo infranqueable para la denuncia de los delitos contra la humanidad cometidos durante la Guerra Civil y el franquismo. El 10 de febrero de 2012, Navanethem Pillay, representante de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, pidió formalmente a España la derogación de la ley, argumentando que incumplía la normativa internacional sobre Derechos Humanos.

Nuestra mitificada Transición se hizo bajo libertad vigilada. Tal vez fueron demasiadas las concesiones que hicimos para que se llevara a cabo. Después del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, impedir que el juez Garzón investigara los crímenes del franquismo ha sido probablemente el mayor atentado que ha sufrido

nuestra democracia. Lo primero fue una «militarada»; lo segundo tiene que ver con motivaciones políticas e ideológicas.

Quiero recordar una vez más que los cuarenta años de franquismo vinieron precedidos por la victoria de un Frente Popular al que nunca le interesó la guerra. Fueron los militares los que recurrieron a los cuarteles para cerrar a sangre y fuego el proceso democrático y social que se había abierto en España y, por la fuerza, nos lo arrebataron.

España prosigue su historia con una gran laguna negra a sus espaldas. La memoria de los ciudadanos no coincide con la memoria oficial del país. Es necesario reparar todo lo que la Transición pasó por alto para saber dónde no debemos regresar nunca. Es una lección básica de la vida.

En mayo de 1968 fui con Vida y nuestro hijo Marcos a una casa que tenía un amigo a las afueras de París. Sentados en el jardín, escuchábamos música en la radio cuando se interrumpió la emisión para dar una noticia de última hora. Las tropas soviéticas estaban invadiendo Checoslovaquia. Aunque sabíamos que la URSS no quería la democratización del país —aquella Primavera de Praga—, nos pareció una barbaridad la ocupación militar. De este modo se aplastó un proceso que trataba de humanizar el comunismo y que estaba dirigido por los propios comunistas checoslovacos. Y así, la Unión Soviética causaba un profundo desconcierto y contribuía al descrédito del socialismo.

Es imposible para mí no reparar en las contradicciones del comunismo a lo largo de su historia y de mi vida. Hay una diferencia entre ser comunista y el comunismo, así como entre los fundamentos del socialismo y la vida real en la

sociedad. Deberían haberse regenerado muchas cosas. En tiempos de la Guerra Fría habría sido necesario limpiar el aparato del Estado para recuperar aquellos principios socialistas que se habían desnaturalizado. Me he preguntado muchas veces qué pasó durante esos setenta años con el poder soviético. Y, sobre todo, dónde han quedado aquellas tres generaciones formadas en los valores del socialismo. ¿Tan mala fue aquella educación que la han olvidado en cuanto han tenido ocasión? ¿Acaso se han lanzado a seguir ciegamente las tentadoras promesas del capitalismo? Yo no soy quién para analizar este proceso, pues lo viví y no soy historiador; pero lo que sí puedo decir es que, desde la caída de la Unión Soviética, son muchos los pueblos que han quedado en manos de Estados Unidos, sometidos únicamente a sus designios. Fue muy doloroso ver que el socialismo, que había sido capaz de vencer al mayor demonio del siglo XX, el nazismo, estaba desapareciendo.

Tal y como yo entiendo mis ideas, el socialismo debería estar por encima de los líderes que lo desnaturalizaron. De hecho, creo que sigue siendo la única alternativa para cambiar el mundo. He aprendido a diferenciar entre las ideas y los instrumentos, que son los hombres, los partidos o los estados. La bondad de las ideas está por encima de los errores de los hombres o de las formaciones políticas.

El capitalismo genera desigualdad, brutales injusticias y guerras interesadas, y no es capaz de asegurar un futuro de paz para la humanidad. No estoy acuartelado en mis ideas, pero sigo confiando en ellas plenamente. He tratado con personas de diferentes ideologías a lo largo de mi vida, pero con las que tenía siempre un valor en común: la solidaridad. Creo en la unidad, porque sin ella no podremos edificar el futuro. Debemos conseguir objetivos parciales

para seguir avanzando, paso a paso. Es necesario lograr una unidad más profunda entre todas las fuerzas de la izquierda: anarquistas, socialistas, progresistas, y siempre teniendo presente a la juventud, que ha apostado por cambiar las bases de esta sociedad para construir un mundo más justo.

Se cometieron errores, es cierto, pero se cometieron intentando mejorar la realidad. De lo que no se nos puede acusar es de haber permanecidos impasibles ante la injusticia. Es una realidad histórica. Es incuestionable. Creo que los comunistas merecemos respeto y no la propaganda hostil que contra nosotros se ha venido articulando desde hace ya demasiados años. Es democrático disentir de estas ideas, es un derecho legítimo. Pero una cosa es no estar de acuerdo y otra ser anticomunista, como sucede tan a menudo. Esa actitud no hace más que dividir a la izquierda y justifica la opresión del otro, del que piensa de diferente modo.

Si la guerra hubiera tenido otro final, si el ejército republicano hubiese podido aguantar unos meses y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial hubiera traído otro paisaje a nuestro país, nunca habríamos cometido las atrocidades que Franco cometió contra los republicanos. Porque creo firmemente que éramos diferentes, capaces de perder la vida por un ideal, pero no de martirizar a nuestros compatriotas con la frialdad y el odio que ellos mostraron. Eso no cabe en nuestra formación ni en nuestra ideología.

Ser comunista no es tener un carné y acudir a las asambleas. Consiste en trabajar a diario en tu barrio, en el lugar donde desarrollas tu actividad profesional, en tu universidad. Las reuniones son el principio de algo, pero en

ningún caso pueden ser el fin. No podemos juntarnos a debatir sobre el comunismo y su futuro y, una vez terminada la asamblea, continuar con una forma de vida que en realidad está presidida por los presupuestos insolidarios e individualistas del capitalismo, como si nada se hubiera dicho y nada hubiéramos escuchado.

Anhelo un socialismo que tenga un rostro nuevo y más humano. Aunque nos parezca una utopía, es la mejor que conozco. Quiero un mundo en el que se borren las palabras guerra y hambre, en el que no haya sitio para las desigualdades y en el que el sol salga y caliente para todos.

El comunismo es un ideal hermoso.

LA RESISTENCIA

*La hoguera del pueblo tiene
aún esparcidas sus aguas.
Ay, como el fuego se junte,
¿quién apagará sus llamas?*

Poco a poco, la historia de mis recuerdos se ha ido enlazando con la historia de mi presente. La democracia abrió una nueva etapa para todos, donde la convivencia y la unidad primaron por encima de las ideas y del pasado. El espíritu de la Transición fue sumar todas las voces, y para ello hubo que hacer dolorosas concesiones que siguen presentes hoy. Creo que poco a poco, y me parece que ha llegado el momento, España debe abrirse camino hacia las páginas más oscuras de su historia. Sería necesario un ejercicio de reflexión, desde la objetividad, y que todos nos uniéramos para reconstruir ese pasado que ha quedado deslavazado en miles de nombres, en cientos de cunetas.

Hace un tiempo recibí una llamada de un hombre que me dijo: «Soy de Burgos. Estoy muy lejos de su ideología, pero he leído una entrevista suya y me ha llenado de emoción la generosidad con la que usted trata el pasado y el presente, su falta de rencor. Estoy deseando que venga a Burgos para estrecharle la mano». Esta llamada de un hombre conservador me llenó de esperanza. Sin embargo, por desgracia, creo que la derecha política de nuestro país sigue demasiado cerca de aquel pasado oscuro del que logramos escapar con tanto sufrimiento.

Cuando escucho, por ejemplo, a políticos del Partido Popular preguntarse por qué el franquismo habría de ser condenado, cuando hubo muchas familias que «lo vivieron con naturalidad y normalidad», me lleno de indignación. Es un duro contraste con la generosidad que tantos mostraron durante la Transición. Imagino que quien así se expresa no es más que un heredero de la dictadura.

El artículo 16 de la Constitución española defiende la libertad ideológica, religiosa y de culto de todos los ciudadanos, aspectos íntimamente ligados al desarrollo de la personalidad. Un derecho fundamental que, aunque hoy nos parezca elemental, fue la causa de miles de muertes hasta hace apenas cuarenta años.

A partir de mi regreso a Madrid, seguí con mi trabajo dentro del Partido Comunista. En 1977 me presenté como candidato para el Congreso de los Diputados por la provincia de Burgos, aunque en realidad soy de Salamanca, porque pensaron que mi candidatura resultaba simbólica por todos los años que pasé en aquella tierra, aunque fuera en el interior de una prisión oscura. No obtuve escaño, así

que seguí ocupando diferentes responsabilidades en el partido, especialmente las relacionadas con la solidaridad internacional, mi verdadera vocación.

Durante los últimos años he recibido algunos premios precisamente por mi trayectoria solidaria. Pero, como suelo repetir, me sonroja que me hagan este tipo de reconocimientos. Yo siempre he sido fiel a lo que me ha dictado mi conciencia y, en ese sentido, me siento privilegiado. En 2009, el Gobierno de España me otorgó la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo. En 2010 me concedieron otro galardón, el premio René Cassin de Derechos Humanos, otorgado por el Gobierno del País Vasco, «por defender la paz y el diálogo y rechazar cualquier deseo de venganza». Me viene a la memoria ahora el acto de entrega en una tierra como Euskadi, que tanto ha sufrido. En aquella ocasión se recordaron unas palabras que pronuncié en Londres en 1962:

«Yo quiero el triunfo de la democracia para acabar con el odio y el fratricidio, para que todos los españoles podamos vivir pacíficamente, coincidir o discrepar en la defensa de nuestras ideas sin tener que degollarnos los unos a los otros. Ya se ha derramado bastante sangre en España».

Y en 2011, el Consejo de Ministros decidió que se me entregara la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes. Son reconocimientos a los que nunca me acostumbraré.

Desde mis noventa y tres años de edad, veo a este país sufrir de nuevo. Y me entristece comprobar que algunas cosas no han cambiado tanto. El capital sigue en su ofensiva contra los derechos sociales y se recortan las conquistas de la clase trabajadora. Parece como si únicamente el dinero fuera libre de hacer y deshacer a su antojo.

A veces tengo la sensación de que la derecha de este país

es aún más derecha que antes. Durante los primeros tiempos de la Transición todos tuvimos que abrirnos a la democracia, e incluso Manuel Fraga se sentó junto a Santiago Carrillo en el Club Siglo XXI, en 1978, para presentarle. Por cierto, aquel gesto provocó la estampida de varios asistentes. Así se expresó el antiguo ministro de Franco en aquella ocasión:

No necesito poner a Dios por testigo de que la distancia política e ideológica entre el Partido Comunista y Alianza Popular es muy grande, ni necesito recordar, por obvia, en qué consiste. Pero tampoco necesito, ante un público ilustrado y cortés como el que nos escucha, dar explicaciones de por qué estamos ahora juntos en esta tribuna.

Parece como si, en muchos aspectos, hubieran vuelto a caminar hacia atrás. ¿De qué tienen miedo? Hace unos años les costó asumir la pérdida del poder; después, el Gobierno, con su mayoría absoluta, está haciendo una política que no contenta a nadie y con ciertos rasgos autoritarios. Le importan muy poco los problemas de los ciudadanos. Solamente mentiras y más mentiras. Especulan con todo, con las viviendas, con las pensiones, con la educación, con la sanidad o con la división de España, olvidando que fue la derecha quien la dividió a sangre y fuego el 18 de julio de 1936.

La realidad política del Gobierno del Partido Popular es muy dura. Están imponiendo unas medidas que hieren directamente el corazón de las familias españolas. Los avances conseguidos en los últimos cuarenta años se están perdiendo. Hay un verdadero descrédito de los políticos ante la sociedad, que asiste atónita a sus robos y manejos y,

más aún, al lamentable espectáculo de que todo quede en la más absoluta impunidad. Esta desconfianza en la política es muy negativa. Sería importante recuperar la fe en la buena labor de nuestros representantes en el Parlamento, que son necesarios, pero solo si son honestos portavoces del pueblo que les ha elegido. Exijamos unos políticos leales a sus ciudadanos, nobles, justos, que, aunque cometan errores, se dejen la piel en enmendarlos.

Me gustaría un futuro republicano para España. Tengo mi esperanza y mi deseo puestos en la llegada de una Tercera República. Aunque sé que probablemente yo ya no la veré. A las generaciones jóvenes que no conocen lo que la Segunda República significó para España les diré que fue un avance hacia el progreso desde muchos vértices. España era en 1931 un país atrasadísimo que vivía aislado, de espaldas a Europa y al mundo. Había pobreza extrema, analfabetismo y hondos contrastes sociales, sobre todo en el ámbito rural.

En 1932 se aprobó la Ley de Reforma Agraria, un intento de enfrentar con valentía un problema histórico de España: la desigualdad, sobre todo en el sur del país. Los grandes latifundios eran propiedad de unas cuantas familias, mientras millones de campesinos que trabajaban en ellos vivían en la más absoluta miseria. Con la Reforma Agraria se expropiaron algunas tierras, previa indemnización, y se entregaron en pequeños lotes a los jornaleros.

La política internacional también cambió su rumbo y logró situar a España en el mundo. Dentro de nuestras fronteras, la vida cultural bullía en las calles de las grandes ciudades. Madrid era una capital muy atractiva; allí estaban los poetas de la Generación del 27, y muchos escritores se reunían en la Casa de las Flores, donde vivía en-

tonces un joven cónsul llamado Pablo Neruda.

Hay mucha gente que desconoce lo que supone que la forma de gobierno sea una república. No se trata de una revolución que alienta la quema de iglesias y favorece el imperio del desorden y el caos. Esa es la historia que los vencedores de la guerra han contado durante años. Lo que no tiene sentido, en pleno siglo XXI, es que vivamos en una monarquía parlamentaria. La monarquía es una institución completamente anacrónica.

Muchas cosas han ido cambiando en España a lo largo de los años, pero, ¿acaso no lo ha hecho también el resto del mundo? Tenemos que analizar dónde estamos respecto al resto de los países de los demás ciudadanos, para darnos cuenta de cuáles son las fuertes deficiencias que aún padecemos.

Por eso creo que es importante concienciar a la gente, sobre todo a la juventud, para que conozcan el pasado y los avances conseguidos en el periodo republicano. Hay mucho que explicar y, evidentemente, no lo estamos haciendo. No estamos sabiendo transmitir nuestro mensaje de forma clara. Los núcleos sociales más elementales, la familia o el barrio, están desentendidos de la política y de las ideas. Hay que comprometerlos en la lucha contra los mercaderes y la voracidad del capitalismo. Quizá hemos cambiado nuestras formas de asociación y de lucha, el modo en que defendemos nuestros intereses de clase. La gente no habla de aquello que no puede comprender, y esto permite que poco a poco se vaya abriendo camino el mensaje manipulado de los que nos gobiernan. ¿Por qué no funcionan, o son poco atractivas, por ejemplo, las asociaciones vecinales que tanto contribuyeron a unirnos y a cambiar nuestros barrios durante el franquismo? ¿Tan

poco nos importa lo que sucede debajo de nuestras casas? ¿Por qué la lucha en los barrios ya no resulta tan excitante como entonces?

La liviandad de pensamiento es una consecuencia de la sociedad capitalista. Nos venden la idea de que pensar genera poco beneficio y luchar no es rentable. Pero los ciudadanos no somos mercancía. No podemos esperar a que suceda algo, a que otros vengan y nos arreglen las cosas. En este sentido tengo plena confianza en la juventud, en su capacidad de iniciativa, como el ejemplo reciente del 15-M. Cada generación tiene la razón de su tiempo. Hoy, los jóvenes «indignados» serán los que se abran camino hacia el futuro. Y la sociedad con ellos. Me molesta mucho que se hable de los jóvenes de forma peyorativa. Tenemos que aprender a entender sus motivaciones. Debemos apoyar a la juventud en la ardua lucha contra la tiranía financiera y sus terribles consecuencias.

¿Dónde está aquella Europa de mis recuerdos? ¿Haciendo transacciones? ¿Rellenando de dinero los bancos, comprando dinero con dinero, olvidándose de los ciudadanos, del que lo pasa mal, de aquel que ya no tiene ni derecho al trabajo? Europa está más desunida que nunca. No hay una política común más allá de la que ofrecen los intereses bancarios.

Por eso creo que hay que mantener la resistencia; hay que seguir discrepando, hay que salir a la calle. Aquí quedan todavía muchas cosas que solucionar. Nos hemos quedado a mitad de camino. No estamos preparados para una insurrección y no creo que sea la voluntad de nadie. Tampoco creo que estemos preparados para un posible Estado socialista, pero sí para empezar a tomar en serio esta democracia y exigir que sea completa. En este país se han

desorganizado demasiado las cosas y hay que volver a ponerlas en su sitio. Los políticos que están en el poder han de ser honestos y honrados, y tener en cuenta los intereses de los ciudadanos, hacer frente a la injusticia y no amarrarse a oscuros intereses económicos. Eso les daría el crédito que les falta.

Después de tantos naufragios y fracasos, solamente las ideas permanecen. Por encima de los hombres y de sus equivocaciones. Por encima de los partidos y de los estados que las traicionaron. Hay que escapar de una educación que nos enseña solamente a ser consumidores.

Me preguntan muchas veces:

—¿Usted seguirá siendo comunista?

Y yo siempre respondo:

—Si usted me ofrece algo mejor, lo pensaré.

No es que otro mundo sea posible; es que es muy necesario y muy urgente.

SI TE DIJERA, AMOR MÍO...

*Si te dijera, amor mío,
que temo a la madrugada.*

LUIS EDUARDO AUTE

Después de volver a cruzar todos los recuerdos de mi vida, me quedo tranquilo sabiendo que la disfruté intensamente. A veces, cuando vuelvo a la terraza situada frente a la vieja cárcel de Porlier y pido un café, me pregunto cómo soy capaz de sentir nostalgia por aquellos tiempos de prisión. El destino quiso que aquella fuera mi juventud y la viví rodeado de amigos que me entregaron día tras día un ejemplo de dignidad y rebeldía. Esa es la actitud que siempre me ha acompañado. También ahora.

Espero que hayas encontrado en estas páginas a un hombre sencillo que se enfrentó a los acontecimientos de la única forma que supo. Ojalá te haya contagiado mis ganas de seguir resistiendo, de permanecer de pie, frente a todo aquello que pretende quebrarnos. Sea cual sea la circunstancia, siempre hay motivos que nos llenarán de fuerza. De algún lugar remoto de ti mismo, aunque la vida no te haya obligado aún a acceder a él, partirá una energía que te levantará frente a la opresión, que te indignará ante a lo injusto.

A fuerza de revisar estas vivencias, a veces parece que perdieran su importancia, desdibujadas por el paso del tiempo. Me gustaría invitarte a reflexionar sobre algo: en una sola noche un hombre se despide de ciento cinco compañeros a los que sabe que nunca volverá a ver porque están a punto de morir injustamente. ¿Cómo se puede seguir viviendo tranquilo sin convocar su recuerdo? Siempre, como me dijo el poeta Nicolás Guillén, llevaré a mis presos auestas. Son parte de mí. Pero todas aquellas torturas, aquella maquinaria del dolor, la tiranía, no pesan lo que una vida, no valen lo que una sola palabra nuestra y nunca tendrán la fuerza necesaria para borrar mi dignidad y la de todos mis compañeros.

Yo llevé a cada rincón del mundo mi mensaje, que era el de mis compañeros de prisión. Se lo conté a cada persona que se cruzó en mi camino. La vida me ha enseñado que esa mano que una vez te ofreció su ayuda podrá necesitarte en el futuro, da igual de dónde proceda, en qué crea o por qué razón no sea libre. América Latina nos tendió su abrazo solidario durante el franquismo, y nosotros se lo devolvimos cuando las dictaduras destruyeron sus demo-

cracias. La solidaridad es un viaje desinteresado de ida y vuelta.

He sido feliz con todo lo que me ha tocado vivir. Y estoy seguro de que tomaría las mismas decisiones si volviera a darse la ocasión. Porque encontré un motor que nunca me ha abandonado. Si crees en un ideal, aunque sea una utopía, encontrarás el camino para llegar a él.

Quisiera que, como yo, encontrases la motivación necesaria para alcanzar tus sueños, rodeándote siempre de compañeros. A esta edad ya puedo decir que solamente se hace viejo aquel que pierde su proyecto en la vida. Nunca te excluyas de los demás, pues ese sería el camino para sentirte verdaderamente solo.

Vivimos una época difícil, pero la quiebra de la economía no debe traer una quiebra de valores. Comprométete con ellos y no consientas ni un recorte más de tu libertad. No envejezcas, mantén la juventud de tus ideas. Disfruta del amor, que es la aventura más apasionante, y vive siempre para los demás, que es la mejor forma de vivir para ti mismo.

Puede que ahora te sientas cómodo y tranquilo, pero debes mirar más allá de tu propia realidad, de tu propia casa, de tu propio barrio. Si te detienes a observar con atención confirmarás que hay muchas personas pasándolo verdaderamente mal. ¿Vas a permitirlo?

Este Estado, cada día más envejecido, y este Gobierno, cada vez más arrinconado, con todos sus recortes sociales, con la vulneración permanente de los derechos de los trabajadores..., en definitiva, este sistema capitalista que sigue mostrando sus fauces hambrientas precisa un freno que tendrá que ser orquestado entre todos. Ha llegado la hora de organizarse para conseguirlo.

Cada vez quedan menos amigos de aquella generación mía; los testigos han ido marchándose. Es momento de exigir su memoria y la reparación de su sufrimiento. En mi caso parece que la vida quiere regalarme los años que la cárcel me robó. Pero sé que el final de mi tiempo se está acercando sigilosamente. Así lo siento. La muerte no vendrá ahora armada de fusiles, sino con la ley natural bajo el brazo.

AGRADECIMIENTOS

Aroa, toda mi gratitud por tu generosa colaboración, tu talento y tu imaginación, y por acompañarme en los duros, pero hermosos también, caminos de este libro.

Vale la pena luchar

Marcos Ana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión

en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,

sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción

de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes

del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, María Jesús Gutiérrez,
2013

© Marcos Ana, 2013

© Espasa Libros, S. L. U., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2013

ISBN: 978-84-670-4008-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

